

EL SENTIDO DE LA VIDA DE **CARLA PI**



A. M. Irún

El sentido de la vida de Carla PI

A. M. Irún

A. M. Irún (Zaragoza,1983) se ha propuesto acabar con las historias lésbicas con final trágico. Lo consiguió con su primera novela, *Nico, por favor*, con la que cosechó un gran éxito de crítica y público, y repite ahora con *El sentido de la vida de Carla Pi*.

A. M. Irún © 2016

PRÓLOGO

Mi novia ha insistido en que cuente cómo nos conocimos. Yo no soy periodista como ella y no sé mucho acerca de cómo estructurar un relato, así que lo voy a hacer a mi manera intentando encontrarle un sentido a todo esto.

Yo soy una chica de rutinas. Lo sigo siendo a pesar de todo. Desde que destripé un reloj con seis años supe que era así como quería ser. Precisa, puntual, un diente de la rueda detrás de otro, esperando paciente su turno.

Me levantaba, corría cinco kilómetros en menos de 25 minutos, me duchaba, desayunaba algo con alto contenido en fibra (unos cereales concretos y algo de fruta). Me secaba y me planchaba el pelo y bajaba al metro a una hora determinada para poder entrar en el mismo vagón de siempre.

Con tanta precisión era fácil olvidarse de esa puesta a punto necesaria de vez en cuando debido a ese ligero desvío de los elementos que hace que todo se vaya a la mierda.

Tenía unos ocho años cuando creí comprender por primera vez el sentido de la vida. Huía de mi hermano Jaime al que le encantaba pelearse conmigo y me escondí en la habitación de mis padres. Con la emoción, no me dio tiempo a frenar y choqué contra una de las mesillas. El reloj despertador que había sobre ella se cayó al suelo y se rompió, dejando al descubierto el mecanismo que lo hacía funcionar. Mi hermano no paraba de reírse y de decirme que me la iba a cargar cuando se enteraran nuestros padres, pero pronto dejé de oírle. Quedé hipnotizada por el tic-tac del segundero y el movimiento milimétrico de las ruedas dentadas que había en su interior. Comprendí al instante su funcionamiento. Era un mecanismo muy complejo, casi inescrutable, pero con una precisión propia de un súper ingenio.

Como digo, trasladé aquello a mi vida y me convertí en un reloj. Puntual,

rutinaria, paciente. Como uno de aquellos dientes de la rueda del reloj, a la espera de mi turno para hacer sonar la alarma. Encontraba series, secuencias y patrones en todos los lados, explicaba mis dudas existenciales con cadenas de causa y consecuencia. Si algo había salido mal, lo analizaba, destripaba sus partes y daba con el error. Lo corregía y lo incorporaba a mi manual para una vida feliz.

Pero todo reloj pierde el compás, la precisión. La hora no es algo exacto, sino que depende de la órbita de la Tierra alrededor del Sol y, si no se corrige, un reloj puede acabar siendo una pieza completamente inútil. Sólo cuando la órbita de mi vida perdió completamente el eje entendí que no entendía nada de la vida.

SEPTIEMBRE

|

Es difícil decir dónde comienza una historia. Si nos pusiéramos a buscar el punto exacto donde todo empieza, podríamos remontarnos hasta el origen del universo porque es ahí desde donde surge todo. Pero somos humanos y nos gusta pensar que todo empezó con nosotros. Y no ya sólo con nosotros como especie, sino en nosotros como personas únicas. Así que yo no voy a ser menos porque esta es mi historia.

Siempre recomiendan arrancar una historia con una imagen visual que ponga a la persona que escucha en un estado de atención y que le ayude a empanizar con el protagonista. Así que esta historia comienza conmigo, Carla Pi Fonseca, corriendo a primera hora de la mañana, una rutina que rara vez me saltaba. Correr cinco kilómetros al punto de la mañana me ponía en modo superheroína y sentía que podía con cualquier cosa que ocurriera ese día.

Era finales de septiembre y hacía calor pese a que eran las 8 de la mañana. Me puse los auriculares con una playlist que había hecho el día anterior eligiendo cada canción según sus revoluciones por minuto, y salí a correr. Empecé con fuerza, pero a los dos kilómetros noté que me había pasado con la motivada. Bajé un poco el ritmo pensando en recuperarme un poco y aumentarlo en el último kilómetro. Pensé que quizá me había pasado con lo de las revoluciones por minuto. Corregir, rediseñar, aplicar de nuevo.

Dios, cómo me gustaba el aire fresco en la cara, los pulmones a pleno rendimiento, el corazón a tope, el viento haciendo remolinos en mis oídos. A pesar del flato, las piernas me iban solas y la aplicación del móvil me señalaba que llevaba mi mejor ritmo hasta la fecha.

Ahora es cuando la cosa se tuerce. Noté un pinchazo en el vientre. No muy

fuerte. Algo ligero y fugaz. No paré de correr pero sí me vi obligada a bajar el ritmo. Adiós, record personal. Hola, meses de pesadilla.

No batí mi record y me costó bastante completar los cinco kilómetros de mi recorrido habitual. Me sentía lenta y pesada. Algo no iba del todo bien. No pasa nada, me dije. Mañana irá mejor.

Me diagnosticaron síndrome de colon irritable hace un par de años. Al principio lo achaqué al cambio del Instituto a la Universidad. El menú de la cafetería, las prisas, el estrés. Ingeniería Industrial mola pero exige mucho. Y el divorcio de mis padres lo agravó. Me dolía la tripa y mi médico me dijo que tenía el colon irritable, que hiciera deporte, comiera sano y evitara las bebidas gaseosas y el alcohol. Fiestón.

Al principio fue duro, sobretodo lo de ir a fiestas y ser la rara que bebe agua o zumos. Pero enseguida noté el cambio y seguí con un estilo de vida saludable. Comenzaron a definirse los músculos de mis brazos y piernas, desapareció por completo mi dolor de espalda causado por horas y horas de estudio y tenía un vientre plano que era la envidia de mis amigas en verano.

Recuerdo cómo fue mi primer kilómetro corriendo sin parar. Pensé que se me iba a salir el hígado por la boca, tenía la garganta sequísima y los hombros me pesaban. Me obligué a superar la pájara hasta que conseguí mi objetivo. Si hubiera tenido fuerzas habría bailando, pero apenas podía sostenerme en pie. Estaba a punto de caer de rodillas y sin embargo me sentía toda una ganadora.

—¿Qué tal ha ido, hija? —me preguntó mi madre nada más salir de la ducha aquella mañana en que todo iba a cambiar.

—Mal. He notado un pinchazo aquí —le dije tocándome un lateral del estómago—. Me ha costado mucho acabar.

—Mañana irá mejor.

Madres. Aunque estén destrozadas por dentro siempre tratan de animar a sus hijos.

Mi padre nos dejó por una chica más joven. Digo "nos" porque nos abandonó a los tres: a mi hermano, a mi madre y a mí. No fue un abandono en plan "ahí os quedáis". Le seguimos viendo, paga lo que le corresponde de nuestra universidad, y si necesitamos algo más, sabemos que va a estar ahí, pero por lo demás, se ha quedado una relación bastante fría.

Jaime y yo teníamos 18 cuando dejó a mi madre. Nos quedamos helados. Mi madre un poco menos porque supongo que se lo esperaba. Así que ahora somos sólo los tres. Tenemos un hermano más, Darío, pero vive en Berlín con su increíblemente adorable y sexy novia alemana Gertha, y le vemos tres o cuatro veces al año.

—¿Dónde están mis cereales? —pregunté rebuscando en los armarios de la cocina.

—Aquí —señaló mi hermano. Tenía la caja delante de él y una sonrisa malévola en la boca.

Mi hermano es en términos generales lo que llamaríamos un gilipollas. Mis padres tuvieron a Darío, y enseguida quisieron ir a por la parejita. Les costó cuatro años hasta quedarse embarazados, y al final, la tan ansiada parejita vino junta. Jaime y yo somos mellizos. Sólo tenemos igual los ojos, con forma de dos pequeñas almendras y del color de la miel. El resto no podría ser más diferente. Él es de Letras, yo de Ciencias; él es un vago, yo me lo curro cada día; él se ligaba a una tía cada finde, y yo... yo sólo bebía los vientos por una.

Me acerqué a la mesa donde estaba mi hermano desayunando para coger la caja de cereales. La levanté y noté que estaba vacía. Jaime se llevaba a la boca la última cucharada de leche con cereales. Sonreía tontamente mientras la leche le caía por el labio de abajo.

—¿Te has comido mis cereales? —le grité.

—Oh, lo siento —respondió con parsimonia. Se levantó y dejó el bol en el fregadero.

—Mamá, dile algo a este gilipollas.

—¡Carla! —me regañó mi madre—. No llames gilipollas a tu hermano. Jaime me hacía la burla a espaldas de mi madre.

—Sabes que necesito desayunar esos cereales para...

—¡Para cagar! —terminó Jaime que hizo una pedorreta con la boca y salió de la cocina. Y ese tío quería entrar en la Sorbona.

El día había empezado torcido y no parecía que fuera a enderezarse. Sólo había una cosa que sí sabía que iba a ocurrir. Y era lo único que me podía alegrar la mañana.

Me planché el pelo con esmero. Lo tenía largo y negro y si no me lo planchaba se me erizaba y quedaba fatal. Busqué las lentillas, pero en la caja sólo había una. Seguro que mi hermano habría perdido alguna suya y me habría robado la mía. Gruñí, me puse las gafas y salí de casa para ir a la facultad.

||

Una mañana de hace un par de semanas, nada más empezar el curso, me subí al metro pensando que sería un trayecto más. Entré al vagón y me senté sin prestar mucha atención a la gente. Escuchaba música y, en un momento dado, me sorprendí a mí misma cantando por lo bajo. Paré en seco y miré a mi alrededor por si alguien me había escuchado. Entonces la vi. Vi a la chica del metro.

La chica del metro tenía algo que me gustaba mucho, pero no sabría describirlo. Tenía el pelo y los ojos castaños. Unas pestañas largas y preciosas que no hacía falta maquillar y un look desaliñado. Echaba vistazos rápidos a la gente y se detenía en detalles aparentemente insustanciales del vagón como señales o carteles. Parecía un gorrión asustado que acababa de caer del nido.

Solía pensar que eran idas de olla mías, pero cada día que pasaba y la veía, me convencía de que la chica del metro era sensible y divertida. Así era como

yo me la imaginaba. Y me encantaba.

Toda aquella primera semana traté de encontrar el momento para coincidir con ella en el metro, y lo conseguí. No fue fácil puesto que era comienzo de curso y aun no teníamos las rutinas definidas.

La siguiente semana me dejé ver, me esmeré en arreglarme con mis mejores prendas. El verano se estaba acabando, pero la ropa aun daba algo de juego. Camisas con un botón de más desabrochado, tirantes, coletas para mostrar el cuello...

Supe que había conseguido llamar su atención cuando, a la tercera semana, coincidimos todos los días.

Creía eso de verdad. Creía que habíamos hecho un pacto silencioso en el cual quedábamos en un vagón concreto, a una hora determinada. Quería creerlo.

El tren entró en la estación. Miré mi reloj de pulsera, regalo de mi padre tras acabar el Instituto, pocos días antes de que nos anunciara su decisión de dejarnos. Cuando nos lo dijo, hubiera lanzado el reloj por la ventana, pero era precioso y me encantaba. A la saeta del minuterero le faltaban tres rayitas para llegar a la hora señalada, así que dejé pasar el tren.

Esperé al siguiente tren. Siempre tenía cosquillas en el estómago durante ese rato, como si estuviera pixelado. Cuando por fin llegó, respiré hondo y entré. Ahí estaba ella, con sus vaqueros caídos, su camiseta de rayas y su cazadora vaquera.

Suspiré y, como en todos los viajes, nos dedicamos a esquivarnos la mirada.

No sé por qué lo hacíamos. No sé por qué ninguna de las dos no daba el paso después de tanto tiempo. O sí lo sé. Lo sé perfectamente. La razón romántica era para no romper la magia. La razón real era porque ninguna de las dos habíamos hecho eso antes y no estábamos seguras de si lo que veíamos en la otra eran señales o imaginaciones.

Días y días perdidos por no atrevernos a dar un paso, por pequeño que

fuera, que corroborara si estábamos o no en el mismo punto.

Aquella mañana, sin saber muy bien por dónde me vino la valentía, aproveché el momento en que el asiento junto al suyo quedó vacío para sentarme yo. Nuestros reflejos en el cristal de enfrente continuaron con el juego diario de esquivarse las miradas.

Como quien no quiere la cosa, pegué mi pierna a la suya. Una bola de fuego me recorrió todo el cuerpo y se me posó en las mejillas. Ella no retiró la pierna, pero eso seguía sin significar nada. Somos mujeres. Estamos acostumbradas a ceder espacio porque defender lo nuestro nos parece de mala educación.

Me la jugué un poco más. Dejé caer la mano en mi muslo y comencé a bajarla hasta tocar con el meñique su pierna. Me quedé petrificada. No sabía cómo seguir el juego. No sabía si mover el meñique o dejarlo quieto.

En ese momento recordé que en una ocasión me hicieron algo parecido. Había un espectáculo en la calle. Unos músicos, creo. Iba con mi amiga Tere y nos paramos a verlo. Cogimos los bolsos y nos los pusimos en el pecho para evitar que nos robaran. Noté que un tío se ponía a mi espalda demasiado cerca y que frotaba algo contra mi culo. Algo que se movía. Di un paso hacia delante, como si quisiera acercarme más al grupo de música. Pero el hombre se acercó a mí para estar a una distancia que le permitiera tocarme el culo con un dedo. Di otro pasito. Me alejaba de Tere que me miraba sin comprender. Lo peor, ahora que lo pienso, es que lo hice con disimulo, para que nadie se enterara de que aquel tío era un cerdo que me estaba acosando y evitar así que se sintiera ofendido.

Mi mente volvió al metro y pensé en retirar el dedo de su muslo. Instantes antes de hacerlo ella apoyó su mano sobre su pierna y empezó a bajarla despacio. El corazón se me salía del pecho con la sola idea de que nuestros dedos se tocaran.

Un carraspeo nos cortó el momento. Era una señora embarazada que reclamaba un asiento en el que descansar. La chica del metro se lo cedió, se levantó y quedó engullida por la gente del vagón.

Mi día seguía sin mejorar.



Me noté rara toda la mañana. La suma del agotamiento tras correr a duras penas, el no haber desayunado bien y el momento frustrado con la chica del metro me sacaron de mi rutina y me pusieron un poco del revés.

Mi amiga Tere y yo éramos de las pocas chicas en Ingeniería Industrial. Es verdad que cada año había más chicas pero seguía siendo una carrera dominada por la presencia de los tíos. Tere estaba encantada porque ligaba bastante. Yo menos. A pesar de la amplia oferta, no ligaba nada. Y eso empezaba a resultar sospechoso.

Me decanté por Ingeniería Industrial porque, desde que vi el interior de aquel reloj de mesilla, siempre me había interesado el funcionamiento de las cosas. Me reconforta de alguna manera saber que hay leyes físicas, termodinámicas, mecánicas... que hacen que el mundo ruede, que no es cosa de brujería que, por ejemplo, un microprocesador sea capaz de hacer las cosas que hace.

Una vez, de pequeña, y aprovechando que mis padres me habían dejado sola en casa, hice otra de las mías. Creo que habían ido a una tutoría con Jaime y creyeron que ya tenía edad para quedarme sola en casa sin dar muchos problemas. Tendría unos diez u once años. Me puse una cinta de vídeo pero me aburría mucho. No se me ocurrió nada mejor que hacer que destripar el reproductor de vídeo VHS de última generación que habíamos comprado hacía poco. Aluciné bastante al ver su funcionamiento. Me resultó tan burdo y complicado a la vez... Una pieza tras otra iban actuando para que finalmente se pudiera ver una película. No entendí muy bien en aquel momento todo lo que implicaban las diferentes piezas, pero me fascinó cómo, al meter la cinta, un par de pestañas a los lados levantaban un lateral de la misma para dejar al descubierto la cinta magnética en la que estaba grabada la película.

Mis padres también fliparon cuando lo vieron, pero no para bien. Me pillaron en mitad de la operación de despiece y pusieron el grito en el cielo.

—Como no lo montes y funcione correctamente, compramos otro con tu paga —dijo mi padre.

Lo monté y funcionó. Desde entonces soy la "arreglacosas" de la familia.

—Nos piramos la primera hora —ordenó Tere nada más verme.

Tere siempre me arrastraba por el mal camino. Es divertida, un poco bocazas y una chica orgullosa de sus curvas.

—No, gracias —le respondí.

Hace tiempo que nos repartimos los papeles. Ella me arrastra al lado oscuro y yo al lado lleno de luz. De luz de flexos, concretamente.

—¡Qué rollo de amiga tengo!

Este diálogo también era una ley de la naturaleza que se repetía todas las mañanas.

—Pero a la fiesta vendrás, ¿no?

—¿Qué fiesta? —pregunté.

Sabía perfectamente a qué fiesta se refería, pero le estaba previniendo para el rechazo.

—No me vengas con esas que lo sabes perfectamente. Si tú no vienes, ¿vendrá tu hermano?

Sí. A Tere le gusta Jaime. Nunca lo entenderé porque no hay teoría ni ley que lo pueda explicar.

—No sé por qué te mola mi hermano. ¿Sabes que te llama ballena?

Tere se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que le haga? Es lo más parecido a salir contigo, pero no me va el rollo bollo, ¿sabes?

Dijo ese "sabes" con retintín. O eso pensé. Llevaba un tiempo emparanoiada con que Tere sabía cuál era mi orientación sexual antes siquiera de que yo misma me lo planteara.

Pensándolo bien, tampoco era difícil de averiguar. Ya habíamos pasado muchas juergas juntas en colegios mayores llenos de tíos en los que no me

gustaba ninguno. Raro era.

Me pasó el brazo por encima de mis hombros y tiró de mí en dirección a la salida de la facultad. Le seguí el rollo unos pasos hasta queforcé la media vuelta y volvimos hacia la facultad.

Nos llamaban "la gorda y la flaca" y lo llevábamos con orgullo.

Subiendo las escaleras, me entró un retortijón.

—Baño —le dije a Tere.

—Tira, cagona. Te espero en clase.

Ya lo he dicho antes, me gustaba la idea de ser como un reloj, y mi cuerpo funcionaba como tal. Antes de clase tenía que pasar por el baño para hacer de vientre. Solía ir rápido, pero en aquella ocasión la cosa se atascó. La tripa me pinchó un par de veces y sufrí un buen rato hasta que pude desahogarme. Es una putada cuando te pasa algo así porque tú crees que la cosa va a salir suave y fácil y te encuentras con que no sale, pero tampoco puedes subirte los pantalones y quedarte a medias porque sabes que está ahí, a punto. Tienes que morir al palo y forzar. Moví el tronco, levanté una nalga y otra sucesivamente, tratando de ayudar a mi tracto intestinal. Sudé como un cerdo, pero finalmente salió. Demasiado tarde para mí. Ya llevaban media hora de clase y no iba a entrar a medias. Tere me iba a matar.

Tiré de la cadena. La cisterna soltó toda el agua que contenía empujando mis deshechos que saltaron el sifón para perderse definitivamente por la tubería directa al desagüe. No me dio tiempo a fijarme qué era aquella motita roja que manchaba mi hez. Fue tan fugaz que no lo vi en el momento, sino unos segundos después, cuando mi cerebro, un poco lento por las mañanas, procesó la imagen de la caca con la mancha roja que había captado mi ojo.

Esperé a Tere fuera de clase y me quedé pensando qué podría significar aquella motita roja. Podría ser que, de la fuerza, se me hubiera desgarrado el ano. Pasa más a menudo de lo que creemos. Podría ser un trocito de piel de tomate de la cena de anoche. O podría ser sangre de algún punto de mi tracto intestinal.

—¡Qué puta eres! —me dijo Tere al salir—. Te has fumado la clase sin mí.

—Perdona, Tere. Me ha surgido un tema.

—Sí, que iba duro. Ese es el tema —dijo—. Anda, vamos a la biblioteca antes de que estos buitres se nos adelanten.

Porque Tere, en el fondo, era una empollona de tomo y lomo.

IV

El motivo por el cual no le he dicho a Tere que me gustan las tías es porque es poco discreta. Sí ya sé que debería confiar más en ella, pero la conozco. No podría guardar un secreto ni aunque su vida dependiera de ello. Se lo soltaría a mi hermano para ganárselo y ahí ya la tendríamos liada. Primero porque mi hermano me vacilaría un montón. Y lo segundo porque me chantajearía para no contárselo a mi madre. Y bastante tiene mi madre encima como para decirle que su hija, su única hija, es lesbiana.

Mi madre no levanta cabeza desde el divorcio. Lo cual es normal si el hombre al que has amado toda tu vida te deja por una más joven que ella. Más joven, más estúpida y más tetona. Es tan típico el tópico que me da vergüenza ver que mi padre, el único hombre por el que lo hubiera dado todo, ha caído en el cliché.

Tras el divorcio, la autoestima de mi madre adquirió ángulo negativo para, finalmente, hundirse como el Titanic. Mi hermano y yo tratábamos de levantarle el ánimo cada día, pero era una carga muy pesada para dos jóvenes. Él se quería pirar de España y yo quería besar a una chica de una vez por todas. Las dos cosas hubieran acabado definitivamente con mi madre, así que pusimos nuestra vida en *pause* hasta que ella se recuperara.

Mi hermano y yo discutíamos constantemente por tonterías. A mí no es que me gustara mucho pero era la única manera de ver a mi madre de otro humor. Aunque fuera de mal humor. Siempre era mejor eso que no verla melancólica perdida revisando una y otra vez sus fotos del viaje de novios a las Islas Canarias.

Así la encontré aquel día que había empezado torcido: sentada en el suelo, con las fotos desperdigadas y contando a una audiencia invisible anécdotas de aquel viaje.

—Hola.

—Hola, hija —contestó mi madre—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Normal —mentí—. ¿Qué haces? —le pregunté y me senté en el suelo con ella.

Pareció como si mi madre tomara conciencia en ese instante de la tontería que estaba haciendo. Su audiencia se esfumó ahí mismo y bajó la mirada avergonzada.

—Nada —respondió y se puso a recoger las fotos como si, efectivamente, ahí no hubiera pasado nada.

Me levanté con ella y le ayudé. Quería decirle que deberíamos quemar esas fotos, pero no me salieron las palabras de la boca.

—Ya recojo yo la caja, mamá —le dije.

—Vale. Voy a hacer la cena.

Mi madre se fue a la cocina y yo me llevé la caja para esconderla en mi cuarto.

V

A la mañana siguiente, intenté de nuevo correr cinco kilómetros, pero me fue peor que la anterior. A los tres kilómetros y medio me entró un flato tremendo que me obligó a caminar doblada. Reconocí mi derrota y volví a casa andando.

Esta vez sí pude desayunar mis cereales de fibra, pero ni siquiera eso mejoró mi día.

Sí lo hizo, como siempre que la veía, la chica del metro.

Nos encontramos de nuevo en el vagón y nos dedicamos a esquivar las miradas. Me parecía tan loco todo aquello... Seguro que si fuéramos chicos

no tendríamos tantos miramientos y nos habríamos acercado ya para intercambiar nuestros números de teléfono. ¿Por qué no lo habíamos hecho ya? ¿Acaso no era eso señal de que no estábamos en el mismo punto, de que no le interesaba, de que sólo pretendía ser educada?

Cada día trataba de memorizar una parte de su cuerpo. Me centraba en, pongamos, la boca, y analizaba cada detalle que me permitía la distancia y el disimulo. La carnosidad de sus labios, sus colmillos un poco torcidos, las líneas que hacen de paréntesis a su sonrisa. La chica del metro se repasó los labios con la lengua, y se los mordió. Un momento. ¿Me había pillado y en realidad me estaba mandando señales? Le miré a los ojos en busca de una respuesta pero ella giró la cabeza a otro lado y no llegamos a encontrarnos.

Me estaba volviendo loca. Quería poner fin a aquello de una vez, pero tenía miedo. Miedo al rechazo y muchísimo miedo a que no fuera real. Aunque en realidad, ambas cosas venían a ser lo mismo.

Pensar aquello me entristeció, y dejé de mirar a la chica del metro.

—¿Y a ti qué te pasa hoy? —preguntó Tere después de proponerme saltarnos la clase.

—No me encuentro muy bien.

—¿Baño?

Asentí con la cabeza.

—Ve tranquila. Yo te paso los apuntes.

Pensé que me estaba vacilando, pero su tono no fue de broma. Tere sí que se sabía de memoria mi persona.

Fui al baño, me senté en la taza y esperé. Sospechaba que se iba a repetir lo del día anterior.

A veces pienso en el acto de cagar como una metáfora. Al final, es echar lo peor de uno mismo. Y supongo que a algunas personas nos cuesta más que a otras.

Me lo tomé con calma, pero pronto comencé a perder la fe. Yo apretaba el estómago y manejaba los esfínteres pero de ahí no salía nada.

—Normal que haya sangre en la caca. Me estoy rompiendo el ojete del esfuerzo —pensé.

Me entró la risa y el abdomen me dolió cada vez más. Aquello no era normal y empecé a preocuparme de veras. Llevaba más de cuarenta minutos en el baño y no salía nada. Me dieron ganas de llorar y de gritar.

Me la jugué: me levanté los pantalones y me fui directa al metro, dirección a mi casa.

Entré en una farmacia. Debía tener muy mal aspecto porque la mujer se asustó al verme. Le expliqué mi problema y me dio un laxante.

Me lo puse nada más llegar a casa y me ayudó a despejar las tuberías casi de inmediato. Había sangre en la caca. Bastante como para confundirla con un trozo de tomate o como para que se tratara de un desgarro.

Me metí en la cama, mandé un par de mensajes a Tere y a mi madre y me dormí temblando.

Mi madre llegó por la tarde y yo aún no había salido de la cama.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Creo que no. Tengo sangre en la caca.

Vi claramente cómo una losa de granito de dos toneladas caía sobre mi madre y la aplastaba contra el suelo. Quedó medio minuto en silencio, tratando de reponerse del golpe. Finalmente, levantó la losa con las pocas fuerzas que tenía y se hizo cargo de todo. Pidió cita para el médico, me hizo una cena de dieta blanda y me tomó la temperatura un par de veces a lo largo de la noche.

Tere también vino a casa para ver qué tal estaba. Sospechaba que su segunda motivación era ver a mi hermano. Y lo consiguió. Fue cuando Jaime entró a mi habitación a meterse conmigo y aprovechó que estaba Tere para hacer un dos por uno.

—Así que cagas sangre, eh —dijo nada más entrar a mi habitación sin llamar—. Anda, pero si está aquí la ballenita—. Se acercó a Tere y le acarició la barbilla—. ¿Qué te cuentas, gordi?

A Tere se le subió el pavo y no hizo más que reírle las gracias y unirse a él para vacilarme. Nunca entenderé cómo puede ser tan lista para unas cosas y tan boba para otras.

—Escuchad, si venís para molestar os podéis ir a tomar por el culo de la manita —les solté.

—No, a la que le van a dar por el culo es a ti —respondió mi hermano cuando salía de la habitación. Llevaba levantado el dedo corazón.

—¿No te vas con él? —pregunté a Tere.

—Carla, no te pongas así. Seguro que no es nada. Mañana pasarás un mal rato y ya está —hizo una pausa y luego soltó—: Al menos, alguien te tocará los bajos...

—Mira, pírate tú también, que me tenéis harta entre unas cosas y otras.

—Perdona, perdona —se disculpó con su tono más dulce.

Yo estaba hecha una bola bajo la ropa de mi cama. Por más que intentara relajarme, mi cuerpo temblaba. Tere se puso sobre mí como una manta más y me dio un beso en la mejilla.

—Todo irá bien, ya lo verás.

VI

Pero estuvo muy lejos de ir bien. Primero porque la cita con el médico me rompió la rutina, mi mecanismo personal de cada mañana: correr, ducha, desayuno y chica del metro. Sólo cumplí la ducha.

Estaba preocupada. Preocupada por mí y por la chica del metro. No me vería. Le fallaría por primera vez en semanas. ¿Se preocuparía por mí? Quizá ni siquiera notase mi ausencia.

—¿Tiene algún antecedente en la familia de enfermedades relacionadas con el aparato digestivo?

El médico miraba directamente a mi madre.

—No, nadie. Carla es la primera en tener colon irritable.

—¿Llevas una vida sana, como te dije? —me preguntó.

—Sí, hago deporte, como bien y no bebo alcohol. Mi vida es una fiesta continua.

Por aquel comentario me gané un reproche silencioso de mi madre, pero era la única manera que tenía de manifestar mi cabreo por cumplir las reglas y aun así tener castigo.

—Bueno —dijo el médico alargando la e—. Ponte ahí detrás y desnúdate de cintura para abajo.

Sabía que iba a pasar pero no pude evitar entornar los ojos y morderme el labio inferior.

—Seré delicado.

Por muy delicado que sea un médico, es imposible tomarse un tacto rectal de manera relajada. Me vino a la cabeza la frase de Tere, esa en la que me decía que ya era hora de que me tocaran los bajos. Yo quería que lo hicieran, de verdad, pero no así. Y, desde luego, no ese señor.

Respiré hondo y me tumbé boca abajo sobre la camilla.

—Ponte de rodillas, por favor —dijo el médico con cierto rubor.

Lo hice. Escondí mi cara entre las manos mientras escuchaba cómo el doctor estrujaba un bote de lubricante a punto de gastarse.

Dios.

Traté de poner la mente en blanco, imaginarme que estaba muy lejos de allí, en el vagón del metro, con la chica que me gustaba sin saber muy bien porqué. Imaginé que me miraba de frente, que no nos esquivábamos la mirada, que me sonreía y que se acercaba a mí.

—Voy, eh.

El médico agarró el moflete izquierdo de mi trasero y tiró de él para hacer más visible el ano. Noté el frío del lubricante y sus dedos dentro de mí.

—Cuando acabe esto, nos iremos a tomar algo —imaginé que me decía la chica del metro.

Yo sonreía en mi imaginación, aunque en la vida real estaba a punto de romper a llorar.

—Ya está —concluyó el médico. El ruido de la goma del guante al quitárselo hizo de efecto sonoro. Como un platillo tras un redoble—. Me temo

que vas a tener que acostumbrarte a esto.

Me dejó tras el biombo a que me vistiera mientras él volvía a su mesa.

—¿Por qué dice eso? —preguntó mi madre.

El médico esperó a que saliera ya vestida del biombo para explicarse. Me senté en mitad de la silla, con una nalga en el aire.

—No he visto nada que pudiera dar origen a esa sangre. Ni hemorroides, ni fecalomas, ni tejido desgarrado, por lo que tendré que derivarte a Digestivo y que te hagan una colonoscopia.

El médico apuntó algo en el ordenador y luego nos imprimió una copia.

—Id con esto a Información. Os llamarán para la cita.

Y ya está. El hombre que me había metido el dedo por el culo nos despachó así de rápido.

Salimos de la consulta. Mi madre caminaba deprisa, con un nervio impropio de ella.

—Seguro que no será nada —dijo.

Empezaba a hartarme de aquella frase.

—Y si lo es, te pondrán medicación, te la tomarás y te curarás.

No estaba segura de si trataba de tranquilizarme a mí o a ella.

Mi madre se fue a trabajar y yo volví a la facultad, pero todo era distinto. El horario, la gente del metro, hasta la luz del cielo.

Había asientos libres en el vagón, pero preferí quedarme de pie.

Aproveché un rato en que me quedé sola en casa para llamar a mi padre. Aunque sólo se tratara de una simple colonoscopia, sentí que debía avisarle.

Siempre tuve una buena relación con mi padre, pero desde el divorcio se ha enfriado mucho. Me llevaba a museos, a algún partido de baloncesto, me llevaba y traía a los entrenamientos cuando me dio por hacer kárate... Era un padre paciente y amable, casi aburrido. Por eso me sorprendió tanto que se liara con otra. Estuve meses sin hablarle, y desde que lo hice porque necesitaba su firma para no sé qué, nuestra relación es cordial pero fría. Y los dos sabemos que no volverá a ser de otra manera.

Cogí el teléfono, busqué su número en la agenda y me quedé mirando un

rato la pantalla pensando en qué le iba a decir. Tanto rato estuve que el teléfono se cansó y la pantalla fue a negro. Pulsé instintivamente con el pulgar para que volviera en sí, y el teléfono se rebeló contra mi indecisión marcando el número que aparecía en la pantalla.

Mientras pensaba si debía colgar o no, alguien contestó al otro lado de la línea.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina.

—Hola, Luna. Soy Carla.

—¡Hola, Carla! ¿Qué tal? ¿Cuánto tiempo sin hablar contigo? —La voz de Luna sonaba tan falsa como una moneda con dos caras.

—Bien, bien. ¿Está mi padre? —le pregunté antes de que se lanzara a contarme sus penas.

Contestó que sí y oí cómo posaba el teléfono en alguna superficie y llamaba a gritos a mi padre. Escuché también sus pasos acercándose al teléfono y cómo cogía aire antes de hablarme.

—Hola, Carla, ¿qué tal estás?

—Hola, papá.

Me quedé cortada. Me había preguntado qué tal estaba y le llamaba precisamente para eso, para decirle que no estaba del todo bien, pero dudé si soltárselo sin más.

—¿La carrera bien? —preguntó para llenar el vacío que habíamos dejado.

—Sí, sí. Bueno, hay que echarle muchas horas, pero voy tirando.

—Bien. Siempre has sido buena estudiante. La sacarás adelante.

Se generó otro vacío que me apresuré a cortar.

—Papá, la semana que viene me hacen una colonoscopia.

—Vaya —tartamudeó—. ¿Y eso?

—Hay un poco de sangre en mi caca.

—¿Le dijiste al médico que tienes el colon irritable? Podría ser eso.

Suspiré con impaciencia.

—Sí, papá, él fue quien me lo diagnosticó, y tenía mi historial delante.

—Claro, claro... —susurró—. ¿Necesitas que te acompañe?

Él sabía la respuesta pero era su obligación proponérmelo.

—No hace falta. Voy con mamá.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

Palabras vacías que decimos todos y que duelen más si vienen de alguno de tus progenitores.

—Sí. Te mantendré informado.

—Gracias, hija. Y no te preocupes. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

Maldita frase.

Me pareció ver un gesto de alivio en la cara de la chica del metro cuando me vio aparecer en nuestra cita diaria. Pero no sabría decirlo con claridad porque me dediqué el trayecto a esquivar su mirada.

OCTUBRE

|

A pesar de que tenía la colonoscopia a última hora de la mañana y mi madre me había dado permiso para no ir a clase, no quería faltar. Ella pensaba que yo era una chica aplicada, que lo soy, que conste, pero lo que no sabía era que lo hacía por la chica del metro.

Trazaba mentalmente una estrategia para acercarme a ella. Había probado con la táctica del dedo, pero no había obtenido los resultados deseados. Había que probar una segunda vez.

Pensé en acercarme a ella simulando un empujón o una caída para tener una excusa cualquiera, por tonta que fuera, y hablar con ella.

Pensé en anotar mi número de teléfono en un papel y dárselo sin más.

Pensé en hablarle directamente.

Pensé, pensé... Posponía todos esos planes un día tras otro. No es el momento, me decía. ¿Por qué no?, me preguntaba. Porque, porque... Nunca encontraba una respuesta clara.

Aquel día en que me iba a hacer la colonoscopia, la chica del metro llevaba un jersey verde, unos vaqueros ajustados y unas botas de piel o algo parecido. Llevaba el pelo suelto, pero se lo había puesto todo a un lado, dejando la otra parte del cuello al desnudo. Dios, qué ganas tenía de besar ese cuello. Ella hacía como que escuchaba música, pero debía estar sólo en su cabeza porque no llevaba auriculares. Meneaba la cabeza de un lado a otro, sus labios formaban una u y hasta daba leves palmadas a sus muslos como si estuviera siguiendo el ritmo de alguna canción. Por lo demás, seguía ignorando mi presencia. Esa obstinación en hacer como que yo no estaba ahí me volvía loca. Mucha casualidad como para que no fuera deliberado. Aunque quizá no lo fuera. A lo peor era verdad que ignoraba mi presencia día tras día.

Un rayo de sol se coló por las ventanas en un tramo al descubierto y se coló entre los mechones de la chica del metro. Hundí mi mente en aquella

imagen. Nos quitamos la ropa, nos pusimos el bikini y cambiamos el metro por la playa. Paseábamos por la orilla agarradas de la mano. Las olas mojaban nuestros pies y cada dos pasos teníamos que parar a besarnos.

La voz metálica del metro me sacó de mi ensoñación. Aquella mañana tampoco tuve el valor de lanzarme a hablar con ella.

—Chiquilla, estás en la inopia —me soltó Tere dándome un codazo en mitad de clase.

—Sí, perdona, es que estoy rayada con la colonoscopia.

—Tranquila, te van a dormir y no te vas a enterar. En unos días te darán los resultados, te medicarán y podrás seguir con tu aburrida vida de runner abstemia. Hablando de lo cual..

—No voy a ir a la fiesta.

—¡Venga ya! —protestó—. Al menos acompáñame hasta que pueda acoplarme con alguien. Entonces dejaré que te vayas.

Me daba mil patadas en el estómago la sola idea de acudir a una fiesta y rodearme de gente borracha. Yo sólo quería sofá, peli y mantita con la chica del metro. Lo bueno es que Tere se acopla fácilmente a cualquiera. Además, le había prometido ir.

—Vale. Te acompañaré.

Tere me agarró la cabeza y la posó sobre sus pechos. Yo me sentí en la gloria.

—Pi y González, ¿os pongo en mesas separadas como si estuviéramos en el cole? —dijo desde el estrado el profesor.

Nos separamos y fingimos tener modales de señoritas decimonónicas. El profesor puso los ojos en blanco y continuó con la clase.

||

Sabía que me dormirían durante la colonoscopia y no me enteraría de nada, pero no fue del todo así. No fue anestesia general sino sedación. El efecto es el mismo, pero menos prolongado, de manera que podía irme a

casa pasadas un par de horas después de la intervención.

Me instalaron en una habitación del hospital, me pusieron esa particular bata que expolia la dignidad de cualquier paciente y quedé con el culo al aire a la espera de que me llevaran a quirófano.

Odié ponerme esa bata, pero no era más que el principio de todo. No encontraba una posición cómoda en la cama y gruñía a cualquier cosa que me dijera mi madre.

En mitad de uno de esos gruñidos, apareció el doctor que me iba a hacer la colonoscopia.

Era bajito, rechoncho y de pelo escaso y canoso. La carnosidad de su papada, junto con sus mejillas sonrosadas le hacían parecer un hombre inofensivo.

—Buenos días, Carla, soy el doctor Sillares —dijo extendiéndome la mano.

Se la estreché con un poco de repelús. ¿Cuántos años habrían tocado aquellos dedos?

—La cosa será rápida, no te preocupes. Exploraremos el colon y veremos qué es lo que provoca el sangrado —Sonreía sin parar intentando, supongo, transmitirme seguridad—. ¿Te han puesto el enema?

—No, tampoco sacarían nada. Entre los nervios y las clases no he comido nada en... —calculé mentalmente— doce horas.

—Estupendo. Aun así, pediré que te pongan uno. Cuanto más limpio mejor —el señor seguía sonriendo.

Me sentó como una patada en el culo, valga la expresión. Ya sé que los médicos tienen por norma no fiarse de sus pacientes, pero ¿acaso no veía mi cara consumida? ¿Acaso no le llamaba la atención mi palidez? ¿Acaso no se fijaba en cómo les miraba a él y a mi madre como si fueran dos pollos asados dando vueltas en una *rotisserie*?

Enseguida vino una auxiliar a ponerme el dichoso enema. Me pidió que me pusiera en posición fetal, me introdujo el tubo por el ano y enchufó el enema. Noté cómo el líquido entraba por mi cuerpo y me recorría las entrañas. Lo noté tan adentro que me entraron náuseas y le pregunté a la señora si era posible que acabase vomitándolo. La mujer soltó una carcajada ante mi

ocurrencia y a mi madre y a mí nos cayó mal desde ese momento.

No tardé ni diez minutos en echarlo por el baño. Por la vía reglamentaria, eso sí. Ya estaba limpia como la patena, lista para ir a quirófano. Los nervios porque no llegara el momento se transformaron en ansiedad porque todo acabara.

Un celador vino a buscarme y se me llevó con cama y todo por los pasillos y ascensores del hospital. El celador silbaba pero no dijo nada en todo el trayecto.

Yo veía las luces del techo pasar sobre mí e intercañándose con espacios en semipenumbra creando un efecto estroboscópico un poco cutre.

En aquel trayecto me arrepentí de haberle dicho a Tere que le acompañaría a la fiesta.

El quirófano estaba frío, pero se oía música clásica en un volumen muy bajo que aportaba algo de familiaridad al lugar. Ahí estaba el doctor que me había visitado antes en la habitación. Con su voz aflautada, opaca bajo la mascarilla, me pidió que me pusiera de medio lado, en posición fetal. Me administraron los sedantes en vena. Eso sí que me gustó porque permitió evadirme de esa realidad que me parecía tan lejana.

En ese momento, cuando el frío me recorrió la espina dorsal, me sobrevino una tristeza enorme. Yo no tenía que estar ahí.

—Cuenta hacia atrás desde el diez y piensa en algo bonito —escuché que me pedía una voz de mujer.

Le hice caso intentando mantener la calma. Empecé muy segura con el diez. Al continuar con el nueve, una lágrima resbaló por el rabillo del ojo, y en el ocho me hizo cosquillas en la sien.

Al llegar al siete, la lágrima se evaporó y yo me sumí en un profundo sueño. Bendito sueño.

Me encontré sentada en el vagón donde solía quedar con la chica del metro, pero esta vez no había gente: sólo estábamos ella y yo. Y a pesar de eso, nos mirábamos con timidez desde la distancia, jugando a que no nos moríamos de ganas por acercarnos y hablar. Ella vino hacia mí y me dijo hola.

Llevaba puesta la misma ropa que aquella mañana. Era sexy sin proponérselo. Sin ni siquiera saberlo. Sonreía sin parar. Yo seguía jugando a esquivarle la mirada.

—No seas tonta, Carla. Deja de perder el tiempo. Ven aquí —dijo, y abrió los brazos.

Dudé dos segundos y luego me lancé hacia su cuerpo. Era cálido y blandito, como si estuviera abrazando una nube de verano. Tras un rato abrazadas, me separó de su cuerpo y ladeó la cabeza dispuesta a besarme, pero su cara cambió súbitamente. Abrió los ojos de par en par.

—Mierda —soltó.

—¿Qué ocurre?

—Joder. ¡Vaya mierda! —volvió a decir.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —dije tocándome la cara.

—Menuda hamburguesa.

—¿Has dicho hamburguesa? No te entiendo...

—Esto es lo que llaman un cuarto de libra —insistió la chica del metro.

A mí ya no me salían las palabras. Sentía algo en el interior de mi boca que me impedía hablar.

La chica del metro salió repentinamente del tren. Mis rodillas flaquearon y caí al suelo. Quedé tumbada boca arriba. Los focos del vagón me escocían en los ojos hasta que el tren se metió en un túnel y todo quedó a oscuras.

Desperté en mi habitación. Mi madre debía estar mirándome con atención porque acudió en mi segundo parpadeo.

—Ya estás despierta —anunció como si yo no lo supiera.

Me puso la mano en la frente. Ese gesto me ayudó a ubicarme. Me acababan de hacer una colonoscopia y salía de la sedación. En ese momento no recordé nada de lo que había soñado. Tenía muchísima sed y mi madre salió de la habitación en busca de alguien que pudiera ayudarme.

—He hablado con una enfermera. Ha dicho que iba a avisar al médico para que te diera el alta.

Media hora más tarde seguía teniendo la boca pastosa, pero el aire fresco

del atardecer me acariciaba la cara.

—Ha llamado papá, para saber cómo había ido lo del tubo por el culo — dijo Jaime cuando entramos a casa.

Mi madre me miró con una enorme interrogación en la cara.

—¿Lo sabe?

—Sí, le llamé el otro día. Creí que debía saberlo —respondí.

—¿Y al tato no le has avisado? —preguntó mi hermano.

—No, a él no.

—¿Por qué? —insistió Jaime.

—Yo qué sé. Está en Berlín, es una colonoscopia, tampoco creo que sea para tanto.

—Papá es como si estuviera en Honolulu y le has avisado.

—Bueno, vale ya —sentenció mi madre, que se llevó su cara de interrogación a donde no pudiéramos verla.

—Uh, la que has liado por chivata. Te va a desheredar —dijo mi hermano.

No estaba de humor para enredar con él y yo también me fui a mi habitación.



La colonoscopia había abierto un paréntesis en mi vida. Iba a ser un fin de semana extraño. Tenía que ir a una fiesta y yo me sentía como el gato de Schödinger, ya que, hasta que me dieran los resultados, estaba enferma y no lo estaba a la vez. Igualmente, yo deseaba abrir la caja y dejarla cerrada.

Aquellos días, iba a clase con normalidad y seguía trazando planes y pensando en tácticas para aproximarme a la chica del metro... cuando el paréntesis se cerrara.

—Esta noche tenemos fiestuqui, eh —me dijo Tere.

Ni me acordaba de eso. Respondí con un lacónico «Sí» que Tere interpretó

a la perfección.

—No te rajes. Me lo prometiste.

—Sí, ya lo sé.

—Me acompañas, miramos lo que hay, me acoplo con alguien y te piras.

—Ya, ya...

Tere pasó el brazo por encima de mis hombros y me atrajo hacia ella.

—Sé que estás rayada por lo de la colonoscopia, pero ahora no puedes hacer nada. Sal, conoce gente y disfruta un poco. Que a lo que nos demos cuenta, la uni se habrá acabado y estaremos casadas, gordas y con cuatro churumbeles dando mal.

—Tú ya estás gorda.

—Pues más todavía. Imagina cómo serán mis tetas.

Se me abrieron los ojos sólo de pensarlo. Pensé que no podía ser normal que me llamaran tanto la atención las tetas grandes de Tere. Tenían órbita propia y yo era su satélite favorito.

Cumplí mi palabra y acudimos juntas a la fiesta. No es que sea una antisocial ni nada de eso, pero cuando te prohíben tomar bebidas alcohólicas o con burbujas una fiesta no es realmente una fiesta. Eres la única sobria en un ambiente lleno de tíos con una copa de más, deseosos de hincarle el diente a cualquier chica para poder contarlo a sus amigos al día siguiente.

Tere me la ha liado muchas veces. Se ha pasado de rosca con el alcohol y me ha tocado aguantarla, física y anímicamente. Y es pesada en los dos sentidos.

Además, cuando entro con Tere en una fiesta, o simplemente, en una habitación con gente, es imposible no captar la atención de los presentes. No tanto por su físico, sino también porque es divertida, alegre y muy sociable. No le hubiera hecho falta que le acompañara pero aún tiene resquicios de inseguridad que le cuesta superar. Sus etapas en el cole y en el instituto fueron un infierno que la dejó marcada.

Tal como predijo Tere, entramos a la fiesta y no tardó en encontrar a alguien a quien acoplarse.

—¡Tere! Has venido —gritó desde el otro lado de la sala un chico alto y cuadrado.

—Hola, Rai. Sí, al final me he animado.

—Cuánto me alegro —el chico dio dos besos a Tere. Tenía los ojos achinados y una tirita en la ceja.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, cosas del rugby. Me placaron y en la caída me golpeé con la rodilla del contrario.

—¡Ouch! —dijimos Tere y yo al unísono. Fue entonces cuando el tal Rai reparó en mi presencia.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté.

—Se llama Carla. Es mi mejor amiga.

Rai se aproximó a mí para darme dos besos y quedé engullida por su sombra.

—Qué grande eres —balbucí.

—¿Quieres que te presente a algún chico, Carla? —dijo Rai—. Son majos, eh —aclaró dirigiéndose a Tere.

—¡No! —exclamamos a la vez Tere y yo.

Miré a Tere sin comprender por qué ella se había negado a que Rai me presentara a alguien.

—¿Nos perdonas un momento, Rai? —pidió Tere.

El chico asintió y dio un par de pasos hacia atrás para darnos espacio.

Tere puso una mano en mi hombro y me miró fijamente.

—Carla, no hace falta que te quedes si no quieres. Sé lo que te supone todo esto para ti.

—¿Todo esto? —pregunté confundida.

—Sí, ya sabes. Los convencionalismos. El jiji-jajá con un chico, el estar en un sitio en el que no te apetece estar...

Tere tenía razón. No me gustaba todo aquello, pero nunca hasta ahora lo había verbalizado. Ninguna de los dos lo habíamos verbalizado. «El jiji-jajá con un chico», había dicho.

—Es pronto todavía. Puedes volver en metro. O si quieres, te pago un taxi
—Tere rebuscó en su bolso.

—Para, Tere —le detuve—. Me voy en bus. Pero me da la sensación de que me estás dando puerta.

Tere ladeó la cabeza y apoyó una mano en la cadera.

—Tú no quieres estar aquí, y yo no quiero estar pendiente de ti. Basta de chorradas.

Me encogí de hombros y enfilé el camino a la salida.

—Carla —me llamó desde lejos—, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Si Tere pretendía que me pasara toda la noche rayada, lo consiguió con creces.

Paseé hasta la parada de autobús más cercana. Intenté imaginar cómo podría ser esa conversación pendiente. Esperaba que Tere me lo pusiera fácil y me dijera: “Ya lo sé, Carla. Y sé que no te apetece que hablemos de ello porque no quieres sentirte rara ni especial ni diferente. Pero si tú eres feliz, yo soy feliz”, o algo así. No se me ocurría otra manera de llevar esa conversación. No podía hablar con Tere de mi homosexualidad si ni siquiera yo había hablado conmigo misma.

Resoplé y me apoyé en la mampara de la parada. Aquella noche no había nadie más esperando el autobús, pero hace un par de años sí había otra persona.

Hace un par de años, antes de la chica del metro existió la chica de la parada. También venía de una fiesta con Tere. Estaba esperando un autobús de madrugada. Aquella noche, como casi todas las anteriores, había sido una mierda. Gente borracha, tíos con la mano larga y dolor de rodillas por tantas horas de pie. Se acercaba la Navidad y la ciudad estaba llena de luces. No hacía mucho frío para ser diciembre y además había estrenado una bufanda muy calentita de la que no me despegué en toda la noche por miedo a perderla en cualquier garito. En ese momento de reconciliación con el universo noté que una chica me miraba al otro lado de la parada sin disimulo alguno. Me miraba

de manera directa y franca. Casi podía leer en su cara que me quería comer la boca. Rasqué algo de valor para derribar una de mis barreras más infranqueables y le sonreí.

Hacía tiempo que quería sonreír a una chica, pero nunca había encontrado el momento adecuado. Veía a chicas que me gustaban constantemente. Pero si las veía por la calle, el momento era fugaz. Si las veía en la facultad, podría ser peligroso. Si las veía de marcha con Tere... Más peligroso todavía.

Sin embargo, aquel parecía ser el momento ideal y la chica me gustaba. Ella me devolvió el gesto y acto seguido se despegó de la pared de cristal en la que estaba apoyada para venir hacia mí. Se me borró la sonrisa y me pinté la cara de terror, pero la chica no dio marcha atrás. Le había sonreído, pero para mí era más bien un entrenamiento que otra cosa. No esperaba nada más. Sólo un poco de flirteo en la distancia.

Ante el pánico, me giré y eché una ojeada a mis espaldas. Quizá me estaba preocupando sin necesidad ya que la chica se dirigía a alguien que estuviera detrás de mí, pero no había nadie. Sólo un autobús que venía a la parada. Y encima no era el mío.

La chica llegó a mi altura y, sin mediar palabra, me dio un beso con sabor a vino. Fue jugoso, dulce, con reminiscencias de arándano y cereza. Noté la humedad de la bodega y el sabor de la madera de roble en los laterales de mi lengua.

Joder, qué beso. Me agué la entrepierna, y aun hoy lo hace cada vez que lo recuerdo. Quería más así que me envalentoné y le acaricié la nuca. Mis dedos se enredaron en su pelo. Nuestras lenguas jugaban como si lo hubieran hecho toda la vida. Le agarré de la cintura, pero ella parecía librar una batalla interior. Quería seguir besándome, pero algo tiraba de ella para llevársela lejos de mis brazos.

Finalmente, se despegó de mí y corrió hacia el autobús que acababa de llegar antes de que el conductor cerrara la puerta. La seguí con la mirada a través de las ventanas del bus, pero ya era inútil. La tuve y la perdí en apenas unos segundos.

La chica del metro no fue la primera. Tampoco fue la segunda.

IV

Si diseñas un circuito eléctrico en papel y lo trasladas al mundo físico, las cosas funcionan como pensabas que iban a hacerlo. Es cierto que a veces te encuentras con alguna sorpresa, pero suelen ser fruto de un error de cálculo, un error humano. Repasas el diseño, retocas la maqueta y ¡voilà! Funciona. Nos inculcan el pensamiento lógico y somos capaces de establecer silogismos en base a principios físicos, químicos, mecánicos, etcétera. Sabemos que si sumamos $2+2$ dan cuatro, que si A, luego B, que si un plano se inclina, la bola cae. Si no lo hace, buscamos el porqué, establecemos nuevas leyes o principios y así logramos explicar y dar sentido al mundo. Es alentador.

Por ejemplo, el trastorno de colon irritable surgió a raíz del divorcio de mis padres, tras un periodo de estrés. Desde entonces, mi colon no funcionaba correctamente y no debía estimularlo con bebidas gaseosas, ni comidas grasas. Y mucho menos con estrés. Procuraba no complicarme la vida y me tomaba la carrera con calma. Seguía una dieta sana, comiendo pequeñas porciones y alimentos con fibra, y hacía ejercicio habitualmente. Aunque ya no pudiera correr por aquel entonces los habituales cinco kilómetros, salía y hacía lo que podía.

Hasta entonces me gustaba la vida que hacía, pero comprobé que había hecho el idiota creyéndome a pies juntillas que aquello también era una ciencia cierta. Fue desalentador.

La mañana del lunes mi madre recibió una llamada a su móvil. Estaba en mitad de su jornada laboral y le dieron permiso para volver a casa porque le temblaba todo el cuerpo.

La llamada era de la sección de Oncología del hospital donde me hice la colonoscopia. Lógicamente, mi madre se mostró muy confundida al recibir esa llamada.

—Perdone, pero nuestro médico es el doctor Sillares, de Digestivo.

La voz femenina del otro lado comenzó a titubear.

—¿Es usted la madre de Carla Pi Fonseca?

—Sí, soy yo. El pasado miércoles mi hija se hizo una colonoscopia. Con el doctor Sillares.

—¿Y no le ha llamado nadie?

—No, señora —respondió mi madre que empezaba a perder los nervios—. Aquí no ha llamado nadie de Digestivo.

El departamento de Oncología de mi hospital fue más diligente que el de Digestivo y nos puso en la pista de lo que más tarde nos confirmaría el doctor Sillares. La biopsia practicada a la muestra que extrajimos del pólipo durante la colonoscopia determinaba que lo que tenía en el colon no era un pólipo cualquiera, sino un tumor canceroso.

Cáncer.

Cáncer. Cáncer. Cáncer.

¿No te pasa que cuando repites mucho una palabra al final pierde el sentido y se te hace extraña?

Eso me pasó cuando mi madre me contó la llamada. Esperó a que llegara a casa de la universidad. Tenía la cara desencajada y estaba pálida. Me hizo sentarme en el sofá, al lado de ella, al alcance de su mano. La extendió y agarró la mía. Las dos acabamos temblando en aquella tarde primaveral de otoño.

El paréntesis estaba muy lejos de cerrarse y añadía más factores a la ecuación.

V

Por su parte, Tere estaba entusiasmada con Rai. Se había pasado el finde con él, aunque todavía no se habían acostado. Tenían muchas ganas de hacerlo, pero Tere quería esperar un poco. Las cicatrices de su adolescencia se manifiestan así. Tarda un tiempo en dar un voto de confianza a la gente porque ya ha tenido episodios en el pasado en los que la han traicionado.

—No quiero pillarme tan rápido, pero es que estoy pilladísima. Es super dulce, ahí donde le ves. ¿A que no lo parece?

Negué con la cabeza sin apenas mirarle.

—Y tiene unas manos... ¡Qué manos! Seguro que es capaz de agarrarme un pechote con una sola mano.

—Ajá—dije.

—Pero, peque, ¿a ti qué te pasa? ¿Te aburro?

Tere me cogió de la barbilla y me vio los ojos llorosos. Estábamos en la cafetería durante un descanso entre clase y clase.

—Carla, ¿qué pasa?

Me sorbí los mocos y me sequé las lágrimas con la palma de la mano.

—Ayer llamaron a mi madre del hospital.

El horror se apoderó de la cara de Tere.

—Eran de Oncología. Tengo cita el jueves.

—No me jodas.

—Quimio, tía. Me van a dar quimio y se me va a caer el puto pelo.

Una puerta se abrió y entró una corriente de aire que se escabulló entre mi pelo y lo hizo bailar.

Tere hizo lo único que podía calmarme en aquel momento. Se llevó mi cabeza a sus pechos y me abrazó con fuerza.

VI

El doctor Sillares nos lo explicó muy bien cuando fuimos a su consulta.

—Lo primero, quería pedirnos disculpas por el tema de la llamada. Estamos bajos de personal y...

Dejó la frase en el aire como si fuera suficiente para que lo entendiéramos.

Mi madre trataba de mantener la entereza, pero yo no había dejado de temblar desde el día anterior.

—Cuando te hicimos la colonoscopia vimos lo que parecía un pólipo y extrajimos una muestra. Era grande, del tamaño de una hamburguesa, por así decirlo.

Cuando dijo esa expresión, algo se me iluminó, aunque aún no sabía el qué, y levanté súbitamente la cabeza.

—¿Cómo un cuarto de libra? —pregunté.

—Sí... así es — El cirujano se mostró confuso—. Los análisis han determinado que es canceroso y que es necesario extraerlo.

—¿Y por qué nos llaman desde Oncología? ¿No lo puede extirpar sin más? —preguntó mi madre.

—El tratamiento de quimioterapia tratará de reducir el tamaño del tumor para después extraerlo más fácilmente en una operación. Es para reducir riesgos.

El doctor se calló unos segundos. Yo apenas había levantado la cabeza para hablar. Con la mirada clavada en el suelo escuchaba cómo caían poco a poco las piezas de la armadura de mi madre.

—El cáncer de colon tiene alto riesgo de propagarse a los órganos más próximos. El tumor es compacto, pero tenemos que prevenir que se extienda. Como se suele decir, lo hemos cogido a tiempo. Y no es sencillo. Muchos médicos confunden sus síntomas con un simple síndrome de colon irritable y a lo que se descubre puede ser demasiado tarde.

¿Había dicho simple? ¿El doctor sonriente tocaculos había dicho simple? ¿Llevaba toda mi postadolescencia privándome de comidas grasas y bebidas gaseosas, pilares de la dieta de una joven española en edad de merecer, para que me dijera este señor que es un síndrome simple?

Me cabré por aquel comentario y tardé en darme cuenta de que me habían diagnosticado cáncer y que mi colon irritable palidecía ante aquella enfermedad. Quería volver a mi simple síndrome de colon irritable.

Mi madre y yo nos quedamos sin palabras al salir de la consulta. Volvimos en transporte público a casa. Éramos dos sombras de nosotras mismas y me imaginé viéndonos desde fuera, como si la cosa no fuera conmigo y me fijara sin fijarme en esa madre con su hija a las que algo grave les debía pasar a juzgar por su semblante triste.

Aunque no fue de la noche a la mañana sí lo sentí así. Un día era una chica

sana y al siguiente tenía cáncer. Había hecho los deberes pero aun así tenía cáncer. Se me caería el pelo, podría tener metástasis y no superarlo, podría morir a los 22 años. Así no es cómo funciona la vida. El cáncer es para otras personas que no se han cuidado, la gente se muere de mayor y el pelo se le cae a los hombres.

Me golpee tres o cuatro veces en la frente con la palma de la mano. Pensé que sería un buen somnífero pero a esas alturas ya no sabía nada de nada.

Creo que aquella noche dormí quince minutos. Así tenía la cara a la mañana siguiente: pálida, ojerosa y cansada. Menuda despedida para la chica del metro.

Sí, me iba a despedir de ella. En silencio, claro. Quería mirarla, o esquivarle la mirada, una última vez. Adiós a los planes para hablar con ella. No me sentía con derecho a conocerla, a entablar una relación, de la índole que fuera, si me iba a conocer en el peor momento de mi vida, si tenía que aguantar la peor versión de mí.

El tren llegó, miré mi reloj de pulsera y respiré hondo.

Las puertas del vagón se abrieron y enseguida noté que algo iba mal. Parecía que había más gente de lo normal, pero no era así. Lo que ocurría era que había un equipo de baloncesto en la parte central del vagón, y ocupaban mucho espacio, tanto por alto como por ancho, por lo que me resultó complicado localizar a la chica del metro.

Traté de encontrarla entre los cuerpos de los jugadores. Me pareció verla, pero uno de ellos se movió y me cerró el hueco. Encontré otro agujero por el que buscar. Ahí estaba. Parecía nerviosa. Creo que hasta pudimos vernos entre los cuerpos de los jugadores, pero enseguida nos hicieron pantalla. ¡Qué mierda! No podía ser así mi última vez con la chica del metro.

Llegamos a la parada donde nos solíamos bajar. Ella fue arrastrada por el grupo de jugadores y le perdí la pista. Seguí mi camino un poco contrariada. Podría volver a intentarlo al día siguiente. Bueno, no, al otro. Al día siguiente tenía cita en Oncología. Al otro ya era fin de semana y el lunes tenía análisis. Quisiera o no, aquel parecía el fin de mis días con la chica del metro. Y ni siquiera había podido averiguar si estábamos en el mismo punto, si yo le

gustaba, si le gustaban siquiera las chicas.

Tampoco sé de qué me sorprendía: toda mi vida había sido así. Esperar al momento oportuno, siempre sonriente, siempre paciente. Como las saetas del reloj. La vida me daría lo que me merecía. Vaya filosofía inútil. La vida no te da una mierda. La vida es una sucesión de cosas que pasan desde que naces hasta que mueres. Crees que tienes el control pero no es más que una falsa ilusión.

Sumida en mis pensamientos, me dejé llevar por la marea de gente. Mis pies apenas tocaban el suelo y daba vueltas como una peonza porque ni siquiera trataba de esquivar a la gente. Me empujaban, me daban codazos, me ponían de medio lado.

Sabía que iba a meterme al vagón, pero no iba de cara, sino de espaldas. Así me había dejado el último empujón de la multitud.

Levanté la cabeza y ahí estaba: la chica del metro dando unos saltos para ver por encima de las cabezas. Tenía un papel en la mano y me buscaba con la mirada. Llegó a localizarme y me miró directamente, con ilusión, sonriente, como en mis sueños. Pero yo ya no era yo y no pude responderle de igual manera.

La tristeza me invadió. Ella la vio reflejada en mi cara. La sonrisa de la chica del metro fue desapareciendo poco a poco de su cara. Las comisuras de sus labios bajaron al tiempo que lo hacían sus cejas, cada vez más juntas en su ceño arrugado. Ese gesto lo tendré grabado para siempre en mi memoria. Aun con todo, un resquicio de mi mente pensó que, si estábamos predestinadas, el universo conspiraría para volvernos a ver, pero sepulté aquella idea estúpida de la cabeza y seguí con mi no-vida.

VII

—¿Y ahora qué? —preguntó Tere.

—Yo qué sé. Me dijeron que la quimio me dejaría hecha una mierda. Creo

que habrá días que ni saldré de casa.

Estábamos sentadas en la cafetería de la facultad.

—No te preocupes. Yo iré a tu casa y te daré clases particulares.

—Te lo agradezco mucho. Aunque ahora mismo, la carrera es lo que menos me importa.

Tere puso cara triste.

—No quiero perderte como compañera de clase.

—Confórmate con no perderme —respondí lúgubre.

Rai se acercó a la mesa alegre y Tere le hizo un gesto con la mano para que se marchara porque aquel no era el momento. Rai obedeció y se sentó en otra mesa.

—¿Os habéis acostado ya? —pregunté.

Tere se acomodó en la silla y soltó una risita divertida.

—Si me preguntas sobre mi vida sexual, ¿me dejarás preguntarte por la tuya?

—Olvida la pregunta —respondí con rapidez.

—Ya me parecía a mí...

Si tuviera que contarle a Tere mis relaciones sexuales acabaría pronto porque sólo he tenido una, y ni siquiera sabría decir si podría catalogarla como relación sexual.

Fue en un viaje de estudios. Fuimos a París. Catorce horas de autobús que no se las deseo a nadie. Al llegar al hotel, en recepción nos informaron de que todas las habitaciones eran dobles salvo tres: dos individuales para cada profesor que nos acompañaba, y una de matrimonio que nadie quería puesto que significaba compartirla con alguien.

—Ya nos la quedamos Carla y yo, que no tenemos problema en dormir juntas —soltó María, mi mejor amiga de entonces.

Los compañeros silbaron con entusiasmo mientras las chicas escondían la cara avergonzadas. Podía ser que hubiera rumores acerca de nosotras porque no nos separábamos jamás, pero, pese a mis ganas locas, María no estaba interesada en mí de ese modo. O eso creía yo.

—Sois todos gilipollas —sentenció María. Cogió la llave y nos instalamos en la habitación.

—Lo he hecho queriendo. Si me acuesto con Dani, lo tendremos que hacer en su habitación —me confesó—. Así yo luego puedo largarme cuando quiera y venir aquí. Si fuera al revés, cualquiera le echaba de mi cama...

María siempre llena de confianza en sí misma, siempre un paso por delante. O dos. Era difícil escudriñar su mente.

Lo pasamos bien, París era bonito y a muchos nos salieron ampollas en los pies de tanta caminata. Llegó la noche y la mayoría se pasaron a la habitación de Pepe, dos o tres años mayor que el resto, porque tenía una china de chocolate y muchas ganas de compartirla. A mí el olor me atufó desde el primer momento y sin darle ni una calada empecé a sentirme mal.

—Me voy a dormir —anuncié.

Nadie me prestó atención. Sólo María me dijo que era una aburrida, y se quedó con el resto. Rabiaba por dentro porque había viajado con una panda de paletos. Podíamos estar paseando por la orilla del Sena, con Notre Damme iluminada proyectando su reflejo en el agua, dejándonos llevar por la brisa y en lugar de eso todos estaban colocados. Tuve tentaciones de irme a dar ese paseo yo sola, pero me retuvo el miedo a perderme.

Me puse el pijama y me metí bajo las sábanas. Para desquitarme un poco, imaginaba que hacía todo lo anterior pero cogida de la mano de alguien, una persona indeterminada, sin género, sin cara, sólo el tacto de su mano sobre la mía. Paseábamos por las postales que había visto a lo largo del día en los kioskos de los Campos Elíseos. Parábamos a cenar en la terraza de un restaurante y nos ponían una tabla de quesos con nueces, uvas y una baguette.

Estaba a punto de encadenar mi imaginación con el sueño cuando me despertó el ruido de la puerta.

—¡Qué susto!

—Perdona, Carla. Estoy un poco que no sé dónde estoy —María caminaba por la habitación tanteando con las manos los bultos que encontraba a su paso—. Llevo un colocón importante. Quiero dormir.

Se quitó la ropa y se quedó en bragas.

—¿No te pones el pijama? —le pregunté.

—No. Sólo quiero dormir.

Se metió en la cama casi desnuda. Yo me arrinconé en mi lado del colchón tratando de no rozar su piel, pero ella no me lo ponía fácil. Se movía mucho y cada vez estaba más cerca de mí.

Al final, pegó sus pechos a mi espalda y me abrazó por detrás. Se me salió el corazón por la boca y temí que ella notará los frenéticos latidos de mi pecho. Me quedé inmóvil. María respiraba en mi nuca y no paraba de moverse. Empezó a gemir y yo dudaba si estaba despierta o se había dormido ya. Me di la vuelta como pude y quedé frente a ella. Dormía profundamente.

—María —le desperté—. María, vete hacia tu lado.

En la oscuridad de la habitación vi el brillo de sus ojos. Se había despertado.

—Me estás arrinconando —le dije.

María parpadeó un par de veces. Hizo amago de moverse pero se detuvo en seco. Parpadeó otro par de veces y me besó en la boca. Dos, tres veces. Besos breves, fugaces. Le supieron a poco y me besó de manera más prolongada.

—¿Qué estamos haciendo, María?

Soné infantil, estúpida, insegura. Pero es que lo era.

—Follar, Carla, ¡qué coño vamos a hacer!

Aquello le parecía tan obvio a ella que no me atrevía a cuestionarla. Respondí a sus besos con los míos, un poco más torpes, menos experimentados, y con demasiada ansia.

María echó la cara hacia atrás. Pensé que ya la había liado, que había hecho algo mal y que se estaba arrepintiendo. Se sentó a horcajadas encima de mí pero sin despegar sus pechos de mi cuerpo. Quedé totalmente tumbada en el colchón, a su merced.

—Nunca lo he hecho con una chica —dijo María.

—Yo tampoco.

Ella se rió demasiado alto. Sabía que yo no mentía. Nunca lo había hecho con una chica, pero tampoco lo había hecho con un chico.

—Dios... —María me besaba sin parar—. Estoy tan colocada que... Uf..

Yo le seguí el juego. María abrió mucho las piernas y comenzó a frotarse contra mi cuerpo. Nos besábamos con locura y saliva, nuestras caricias dolían en la piel de la otra. Estábamos húmedas, disfrutábamos del momento, pero ella no paraba de repetir lo colocada que estaba, como si quisiera justificarse. Sin embargo, yo no tenía justificación posible. No había fumado nada. La única justificación que tenía era "María-desnuda-besándome". ¿Se suponía que tenía que parar aquello?

Tenía un calor horrible, pero dudaba si quitarme el pijama. María me acariciaba por encima de la tela, con miedo a tocar mi piel. Sin embargo, yo no podía evitar tocar la suya. Mis manos hacían surcos en su espalda, de arriba abajo. No sabía si podía acariciar alguna zona más. No sabía nada.

Me sobraba el pijama. Aunque era de verano, no estaba hecho para soportar aquellos calores. Pero no dije nada porque no quería quedarme desnuda. Así que en aquella cama estábamos María, yo y los ositos amorosos de mi camiseta.

María estaba despatarrada sobre mí, tenía las piernas tan abiertas que su rodilla rozaba mi codo. Se frotaba contra mi muslo. Empecé a notar cómo me mojaba la pierna. Le agarré el culo y le ayudé a empujar. No sé de dónde salió aquello. Instinto, supongo. Ella gemía cada vez más alto. Por fin, despegó su cuerpo del mío y pude ver sus pechos. Seguía moviéndose encima de mí. Se mordía los labios, fruncía el ceño, estaba completamente ida. Se apoyó sobre mis hombros y luego agarró mis pechos por encima de la camiseta, estrujando las cabezas de los ositos. Me hizo un poco de daño al principio, pero luego fue suavizando el magreo.

Entre la oscuridad y su pelo no pude verle la cara. Sólo escuchaba sus gemidos, cada vez más agudos, que le rasgaban la garganta.

María se corrió en mi muslo. Cuando paró el vaivén, se dejó caer de nuevo en su sitio, esta vez respetando los límites imaginarios del espacio de cada

una, y no dijo nada más en toda la noche.

Yo me levanté despacio para ir al baño. Temía mirarme al espejo por si encontraba algo que me delatara. Tenía la idea estúpida de encontrarme con un lunar o algo que me marcara de alguna manera, ya fuera como lesbiana o como desvirgada. Finalmente, me miré al espejo pero no vi nada fuera de lugar. Me lavé un poco el muslo y volví a la cama. María respiraba profundamente.

Aquella noche me dormí de puro agotamiento tan sólo una hora antes de que nos tocara despertar. A la mañana siguiente, María no parecía recordar nada y nunca más hablamos de aquello.

Tenía muchas preguntas sobre mi sexualidad y nadie con quién hablarlas. Pero sobre todas ellas, me asaltaba una... ¿Seguía siendo virgen?

NOVIEMBRE

|

La peor llamada que puedes hacer a una persona es para decirle que un ser querido ha muerto. La segunda peor llamada que puedes hacer a alguien a quien quieres es para decirle que tienes una enfermedad grave. Yo nunca he hecho la primera. La segunda tuve que hacerla dos veces. Una a mi padre y la otra a mi hermano Darío.

Lo quise hacer todo en una misma tarde. Anoté en un papel qué palabras exactas quería decir porque sabía que la emoción no me dejaría explicar con claridad lo que me pasaba. Llamé primero a mi padre. Esta vez me contestó él y no tuve que hablar con su novia.

—Hola, papá —dije y sin esperar a que me saludara, se lo solté—: ¿Recuerdas la colonoscopia que me hicieron? Pues han visto que hay un pólipo canceroso del tamaño de una hamburguesa obstruyéndome el colon.

Al otro lado, el silencio.

—¿Papá?

—Hija mía... —dijo.

—Papá, ya te llamaré en otro momento, si quieres.

Esperé a que contestara. Le oía moquear.

—No, no. Espera. Sólo necesito un momento.

Aquel fue un momento larguísimo. Yo trataba de mantener el pulso para que no se me cayera el teléfono mientras escuchaba la respiración forzada de mi padre.

—¿Te darán quimio? —preguntó por fin.

—Sí.

—¿Qué cáncer es? ¿Va por fases o...?

—Sí, está en estadio dos. El tumor es grande. Tienen que darme quimio para reducirlo y luego me operarán para quitármelo.

—Bien, bien.

Mi padre trató de iniciar varias frases pero no acababa ninguna.

—Está bien, papá. Va a ser jodido, pero no es un cáncer terminal.

—Vale. Me quedo más tranquilo —dijo sin convencimiento—. Si necesitas algo, lo que sea, me lo dices.

—Sí, papá.

—Joder —susurró antes de colgar.

Quería llamar a mi hermano pero me temblaba todo el cuerpo. Fui a la cocina y bebí un par de vasos de agua. Paseé por el pasillo, intentando controlar los nervios que agitaban mi cuerpo. Cuando logré calmarme, abrí el portátil y le mandé una solicitud de videoconferencia.

Contestó enseguida.

—¡Hola, Carla! —dijo con la boca muy abierta. Parecía haberse mutado en un berlinés. Tenía el pelo alborotado y de un castaño más claro de lo que recordaba.

—Hola, tato —le dije con una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Qué te cuentas?

Le veía trajinar con cosas de su mesa. Supuse que estaría trabajando en alguna cosa y odié interrumpirle así. La sonrisa se me borró de la cara.

—¿Carla? —dijo mi hermano cuando me vio llorar.

—Tato... —Empecé a hablar pero se me puso un nudo en la garganta que impidió que salieran las palabras.

—¿Carla, qué pasa? Me estás asustando.

Me limpié los mocos con la manga del pijama. Cogí la nota y la puse en la webcam. Entre lágrimas, pude ver cómo los ojos de mi hermano leían las letras de mi mensaje.

—Joder, Carla —dijo cuando terminó de leer—. Pero, ¿cómo puede ser?

Yo negué con la cabeza. Las lágrimas me caían por las mejillas y seguía sin poder articular palabra. El pecho me subía y bajaba sin control.

—Me hice una colonoscopia hace unos días —dije entre convulsiones.

Darío pasó por diferentes estados antes de volver a decir nada. Del cabreo

por no avisarle pasó a la rabia por mi cáncer, y luego a la tristeza. Finalmente, quedó vencido por el agotamiento. Los dos lo estábamos. Estuvimos varios minutos mirándonos a través de la pantalla.

—Estaré bien, tato —continué cuando estuve más calmada—. Sólo serán unas pocas sesiones de quimio y una operación. No parece que haya metástasis ni nada de eso.

Darío puso la mano sobre la pantalla y yo le imité.

—Sacaremos un hueco para ir a verte —dijo—. Sé fuerte. Como cuando te defendías de Jaime y de mí cuando nos daba por atacarte.

Me reí al recordar aquello.

—¡Qué cabrones eráis!

Darío dejó todo lo que estaba haciendo y se fue a la cama. Yo hice lo mismo.

||

Tras la primera sesión de quimio pensé que la gente era una exagerada y que no era para tanto. O que quizá, al ser una chica deportista, los efectos secundarios me afectarían menos.

De nuevo, el pensamiento mágico me dio una bofetada en la cara.

Las primeras horas de aquel día luché por no convertirlo en un día especial que debiera marcar a fuego en mi memoria. Madrugué, salí a correr un poco, me duché y me fui al metro. Primera bofetada de realidad: no lo hacía sola, sino con mi madre; el destino no era la facultad, sino el hospital; y, por supuesto, no estaba la chica del metro.

—Todo irá bien, cariño —intentó animarme mi madre.

Ella pensaba que yo tenía el ceño fruncido por la quimio, pero apenas pensaba en ella, sino en la chica que me gustaba.

Llegamos al hospital puntuales. Una enfermera nos acompañó a una sala. Yo seguía tranquila, como si aquello no fuera conmigo. Como si le estuviera pasando a otra persona y yo fuera una mera espectadora. Mi madre permanecía en silencio. Cuando entramos a la sala vi a tres personas más

sentadas en unos butacones con el brazo extendido y los goteros vaciándose en sus venas. Los tres estaban solos.

Una de esas personas, una señora con un pañuelo en la cabeza, me sonrió con amabilidad al verme entrar. Había un señor más mayor que dormitaba en el sillón, ajeno a los tubos que le rodeaban. A mi lado había un chaval con los auriculares puestos escuchando música. Tenía una fuerte mata de pelo negro y eso, de alguna manera, me tranquilizó.

Yo me senté en un sillón y mi madre se acercó una silla a mi lado. Las dos observamos con detenimiento cómo la enfermera me ponía una vía.

—Iremos viniendo para ver cómo va, ¿vale? —me dijo la enfermera.

Yo asentí pero seguía sin ser consciente de qué estaba pasando.

—¿Te duele? —preguntó mi madre.

Negué con la cabeza.

—¿Quieres una revista o algo? —volvió a preguntar. Había traído todo un arsenal de lecturas variadas.

—Luego si eso.

La sala era luminosa, los butacones cómodos y las enfermeras muy amables. Todo era amable. Hasta la señora del pañuelo en la cabeza era amable, como si formara parte de un decorado listo para que mi experiencia ahí dentro fuera lo menos dolorosa posible.

—¿Tu primera vez? —preguntó la señora.

Me horrorizó esa pregunta. No sabía que había que socializar en una sala como aquella y no me apetecía nada porque se suponía que yo no estaba allí. Era otra persona haciendo de mí.

—Sí —respondí lacónicamente.

Miré de reojo al chico de mi lado y tomé nota mental: la próxima vez, me llevaría unos auriculares.

—No te preocupes, ya verás cómo en menos de lo que te des cuenta, esto habrá pasado.

No supe si se refería a la sesión o al cáncer.

Nos quedamos en silencio escuchando el ruido de las máquinas que se mezclaban con las hojas de las revistas que leía mi madre. Mi mirada se clavó

en el gotero con la dosis justa para mí. Caía por el tubo y entraba en mi cuerpo a través de la aguja. El torrente sanguíneo arrastraría con fuerza los componentes de cada gota para destruir el tumor y lo que hiciera falta.

Aquel gotero iba a ser mi nuevo reloj. Estuve tres horas

Una enfermera entraba de vez en cuando. En una de sus idas y venidas, despertó al hombre porque su sesión ya se había acabado. Tan sencillo como eso: llegabas, te enchufaban, te dormías una siesta y a casa.

Lo peor vendría después.

—¿Cómo te encuentras, hija? —preguntó nada más salir del hospital.

Asentí con una sonrisa porque no me sentía mal. Ni náuseas, ni dolores de cabeza ni calambres en el estómago.

—Igual salgo a correr luego —le dije a mi madre.

—Ya veremos...

“Ya veremos” es la expresión que tienen las madres para decir que no.

Tere me llamó nada más llegar a casa para preguntarme qué tal me había ido.

—Chupado —le dije—. Esto me lo ventilo yo en un mes.

Ella se rió, pero las dos sabíamos que no había hecho más que empezar.

—Luego me paso y te dejo los apuntes. ¿Estará tu hermano?

—¡Tere! ¡Qué estás con Rai!

—Ay, hija, la costumbre...

Mi hermano sí estaba en casa, sin aportar nada positivo, como era habitual en él.

—¿Ya te han dado el chute?

Venía de entrenar y me restregó por la cara su sobaco sudoroso.

—¡Tío cerdo! —le grité, pero apenas acabé la frase me entraron unas horribles ganas de vomitar.

Fui corriendo al baño. Me incliné en la taza del váter pero no salió nada. Me daban arcadas pero eran estériles. Era como si estuviera expulsando de mi

cuerpo cachitos de vacío, de la más absoluta nada.

Mi madre vino a socorrerme, pero poco podía hacer.

—Hija, no fuerces.

Intenté decirle que no forzaba, que era un acto reflejo de mi cuerpo, pero la nada seguía saliendo por mi esófago.

Finalmente, escupí un poco de bilis. El líquido verdoso resbaló por el mármol de la taza hasta caer en el agua.

Me jugué la boca y me metí en la cama en posición fetal, la misma que tenía cuando me hicieron la primera colonoscopia, la que me acompañaría durante los días posteriores a las sesiones de quimio.

Llegué a pensar que mi cuerpo se olvidaría de estar erguido, que adquiriría para siempre la postura de la Z, como esa pieza del Tetris que encaja tan mal con el resto. Asumí que sería el eslabón perdido de la evolución humana, el que está entre el mono y el primer *homo erectus*.

La quimio me dejaba hecha una mierda, pero a los pocos días, resurgía de mis cenizas, me sentía fuerte, invencible, y con fuerzas para... la siguiente sesión que me dejaba otra vez hecha una mierda.

En realidad, la fase de los vómitos de cachitos nada fue corta. Luego pasé a las diarreas porque, claro, la quimio iba directa a mi intestino. Por no hablar del tema olores. A lo largo de todo el proceso fui vetando diferentes olores porque no los soportaba: comidas, productos de limpieza, la colonia de mi hermano...

Un día entré por la puerta de casa y un olor nauseabundo entró de lleno en mi nariz y se clavó entre las cejas.

Fui directa a la cocina y abrí la puerta con violencia. Vi a mi madre cocinando no sé qué. Igual era algo delicioso, pero le pedí que parara, que lo tirara a la basura, que abriera las ventanas y que no volviera a cocinar aquello. La escena se repetía cada inicio de ciclo, cuando estaba más sensible a los olores. Ni siquiera hacía falta que fueran malos olores. Un perfume o los productos de limpieza también me mareaban y me ponían el estómago del revés. Conforme avanzaban los días, la cosa se iba relajando y ya toleraba

mejor.

Todavía no sé cómo se las apañó mi madre para darnos de comer. Compraba mucha comida hecha, hacía ensaladas o pasta a la que luego le añadía salsa de bote. Mi hermano optó por los menús de la cafetería de su facultad o de cualquier otro sitio donde le dieran de comer caliente. Yo prefería la comida a temperatura ambiente, porque era como mejor me sentaba. Eso cuando tenía hambre. Los días posteriores a una sesión de quimio estaba débil y no tenía mucho apetito, lo cual hacía que estuviera más débil.

Perdía peso a pasos agigantados, los ojos se me hundieron en las cuencas y mi piel perdió todo el color y la gracia.

Y, sí, también se me cayó el pelo.

DICIEMBRE

|

Nada más comenzar diciembre, el oncólogo nos dio la cita del siguiente ciclo para 23 de diciembre.

—Ya lo siento —dijo.

Nosotras no llegamos a comprender por qué lo decía hasta un poco más tarde. Una sesión de quimio el día 23 significaba que los días posteriores yo iba a estar molida, de mal humor y con náuseas o diarrea o ambas.

Tardamos en caer porque en casa la Navidad hace mucho tiempo que dejó de ser algo que celebrar. ¿Adivinas en qué fecha nos dejó mi padre? Pues eso. Así que no iba a suponer una gran diferencia con el resto de días.

—Oye, mamá —le dije en el autobús de vuelta.

—Dime —respondió distraída mientras pasaba las hojas de una revista de cotilleos—. No conozco a nadie de los que aparecen aquí. Tenía que haber comprado el *Hola*.

—Mamá... —insistí.

—Ay, sí, dime hija.

—El año que viene me gustaría celebrar Navidad.

Mi madre me miró con desdén.

—¡Qué tonterías dices, Carla! Pero si no hay niños en la familia. No tiene sentido.

—¿Y qué? Podemos invitar a Gertha y Darío, cenar todos juntos, hacernos regalos.

—Es un gasto innecesario. Además, tu hermano está muy ocupado. No podrá venir —Mi madre no paraba de poner excusas.

—Si se lo decimos con un año de tiempo, igual pueden hacernos un hueco, digo yo.

—Bueno, hija, queda mucho para eso —dijo y sentenció—: Ya veremos.

Mi padre llamó al timbre con timidez. Si no llega a ser porque esperaba su visita, no lo hubiera escuchado. Le abrí la puerta y asomé la cabeza al recibidor.

—No está tu madre, ¿no?

Empezaba mal la cosa. El señor que nos había dejado por otra más joven y que tenía una hija con cáncer estaba más preocupado por no ver a su ex mujer que por otra cosa.

—No —respondí con impaciencia—. Hasta dentro de una hora no vendrá. Y Jaime lo mismo.

Lo había preparado yo así, de manera que pudiera ver a mi padre (que mi padre me viera, más bien) sin generar una situación incómoda.

Le acompañé al salón como si no supiera dónde estaba. Aquello fue muy raro. Trataba a mi padre como un invitado más pero aquella había sido su casa hasta hacía unos años. En ese pasillo que ahora recorriamos, me agarró de los deditos para dar mis primeros pasos. Él sonreía nervioso.

—¿Quieres un café, o algo?

—No gracias. Estoy bien.

Nos sentamos en el sofá y nos quedamos un rato sin decir nada. Fui yo la que rompí el hielo.

—¿Qué tal estás?

—Bien, bien —respondió como un acto reflejo. Entonces se percató de que era él quien tenía que preguntarme a mí y saltó como un resorte—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo lo llevas?

Suspiré y me encogí de hombros.

—De aquellas maneras. Hay días más duros que otros.

—¿Cuántas sesiones llevas?

—Tres.

—¿Y cuántas te quedan?

—No lo sé. Me van haciendo análisis y me cambian la medicación. Tres

meses más, por lo menos. Si en marzo el tumor ha menguado, me operarán.

Abrió la boca pero no dijo nada. La cerró casi al instante. Sabía lo que quería preguntar. ¿Y si el tumor no ha menguado? Respuesta: más quimio. Quizá, también, radioterapia.

—Estás muy guapa —dijo y estiró la mano hasta acercarla a mi pelo.

—Tienes el pelo muy largo.

Acarició un mechón que me bajaba por el hombro. Noté un ligero tirón y vi horrorizada cómo el mechón se desprendía de mi melena y se enredaba en sus dedos. Mi padre no supo cómo actuar. Se quedó quieto con mi pelo en la mano. No sabía dónde dejarlo y tampoco podía ocultar su gesto de asco. Aquello no podía ser cierto.

Al fin, mi padre se levantó y fue a la cocina. Le escuché pisar el pedal de la papelera. Entró al salón sacudiéndose las manos. Yo seguía paralizada.

—No te preocupes, hija, volverá a crecer.

Pasó su mano por detrás de mi cabeza. Quiso acariciarla de nuevo pero se arrepintió a medio camino y la posó en mi hombro.

—¿Puedes marcharte, papá? Necesito estar sola.

Mi padre no pudo ocultar su gesto de contrariedad, pero yo sabía que se sentía más aliviado que otra cosa.

—Claro, cariño —dijo, y se levantó del sofá—. Llámame cuando quieras. Y mantenme informado.

Me dio un beso en la mejilla y él sólo salió de casa.

Me recosté en el sofá unos minutos. No sabía qué pensar. Sabía que era probable que se me cayera el pelo pero hasta entonces no había sido una realidad.

La caída del pelo no era sólo algo estético. Quedarme calva significaba que ya no podía ocultar que estaba enferma. Y si no podía ocultarlo a los demás, también me veía obligada a dejar de fingir que aquello no iba conmigo, dejar de fingir que todo iba bien, que no me estaba consumiendo por dentro.

El ruido de la puerta al cerrarse me despertó de mi ensimismamiento. Debí haber pasado una hora en estado de shock por la caída del pelo.

—¡Hola! —saludó mi hermano desde la entrada.

Entró al salón y me vio sentada en el sofá, con la mirada perdida, blanca como la pared, con dos sombras bajo las cejas que se extendían hasta mis pómulos.

—Joder, tía, pareces un fantasma.

Le oí trastear en la cocina, prepararse algo para comer, pisar el pedal de la papelerera.

—Hostia puta. ¡Qué asco! —dijo al ver mi mechón de pelo.

Quise salir de ahí, dar una vuelta, que me diera el aire, pero tuve miedo. Miedo de que se me cayera el pelo a cada paso que diera y quedarme calva en mitad de la calle, quedarme desnuda ante el cáncer delante de la gente.

Me fui a mi habitación y me hice un ovillo. La Z del Tetris.

Jaime no tardó en entrar a verme.

—¿Se te está cayendo el pelo? —preguntó.

Yo no respondí, sólo me encogí un poco más bajo las sábanas. Mi hermano cerró la puerta y me dejó en paz.

Salí de mi habitación para cenar. Ni mi madre ni mi hermano me habían molestado en toda la tarde. Sé que mi madre se moría de ganas de que le contara qué tal me había ido con mi padre, pero vio reflejado en mi cara que no tenía muchas ganas de hablar y no insistió.

Mi hermano se mostró nervioso durante toda la cena. Me miraba de reojo pensando a saber qué.

—Tengo una buena noticia —dijo finalmente.

Mi madre le miró con cierto brillo en los ojos. Aquellas palabras le cayeron como la lluvia en el desierto.

Yo intenté mirarle con esperanza, pero no me salía.

—Me han dado la beca de la Sorbona. En verano estudiaré un curso allí.

Para mi madre, la lluvia en el desierto se convirtió en un chaparrón. Se levantó de la silla y se comió a besos a mi hermano.

Yo le miré enfurecida. Solté la rabia que tenía dentro y golpeé con los puños en la mesa, pero tenía pocas fuerzas y apenas sonó con gravedad.

—No me lo puedo creer —dije.

Los dos me miraron atónitos.

—¿No te alegras? —preguntó mi madre.

—Mi hermano, el que me putea y vacila siempre que puede, a mí, a mi amiga, a todo el que se cruce por delante, mi hermano el cínico, mi hermano el cabrón recibe el premio de una beca y yo que intento ser buena gente, que hago deporte, que hasta me esfuerzo por hablar con mi padre tengo cáncer. ¡No es justo! —solté—. ¡No es justo! —repetí y me fui otra vez a la cama sin haber probado bocado.



Pequé mucho de eso durante todo el proceso. Como yo sufría, nadie a mi alrededor tenía derecho a ser feliz. Odiaba a la gente que hasta hacía unos meses quería. Odié a mi hermano por su beca; odié a Tere por su relación idílica con Rai; me odié a mí misma por odiar tanto, pero buscaba y buscaba en mi interior y no tenía otra cosa. Lo que fuera que tuviese antes lo habría echado por la taza del váter.

Me levantaba por las mañanas odiando. Me creía con derecho a ello. Cualquiera lo hubiera hecho si se levantara con mechones de pelo en la almohada.

En un intento por animarme, mi madre me sugirió que hiciera una videoconferencia con mi hermano y su mujer. Ella se pensaba que ver a mi hermano me animaría, pero lo que realmente me empujó a hacer esa videoconferencia fue ver a mi cuñada. Gertha era una alemana espectacular: rubia, ojos azules, tipazo, sonrisa perfecta, con un carácter que me volvía loca. No se podía decir que fuera cálida, pero su calculada amabilidad me parecía tremendamente atractiva desde el primer día que la conocimos.

Me maquillé y me recogí el pelo en un pequeño moño. Se me notaban las calvas en la cabeza así que cogí un pañuelo de mi madre y lo anudé a un lado. Rematé el look repasándome las cejas con lápiz de ojos.

Lo hacía por Gertha, pero le sirvió más a mi hermano Darío.

—¡Se te ve estupenda! —exclamó Darío nada más verme.

Gertha sonreía a su lado.

—Estás muy guapa, Carla —dijo ella con un marcado acento alemán. Dirán del francés o el italiano, pero a mí, ese acento alemán me hacía tilín.

—Gracias... —dije pasándome la mano por la cabeza.

—A ver si pillamos unos días libres y vamos a verte —dijo Darío.

—Carla, ¿cómo llevas la universidad? Ya sabes que aquí en Alemania buscan ingenieros para servir las cervezas —dijo Gertha con socarronería.

Yo reí tontamente.

—Mi amiga Tere me ayuda mucho, pero me temo que tendré que dejarme unas cuantas para septiembre o para el año que viene. Falto muchos días a clase, la quimio me deja mal cuerpo durante un par de días o tres y ahora...

Quería decirle que ahora con la caída del pelo aun iría menos a la facultad, pero me corté. Había hablado más de mi enfermedad en aquella llamada que en los últimos dos meses. Y no sabía si era por Gertha o porque por fin asumía que era una enferma de cáncer. Me acordé entonces de la señora del primer día de quimio, aquella que intentó sacarme algunas palabras. Comprendí entonces lo que quería esa señora. Quería hablar, o que yo hablara. Quería dejarse de tabúes, de palabras prohibidas.

La conversación con Darío y Gertha desvarió cuando entraron en escena Jaime y mi madre.

Aquella tarde me reí mucho. Ya casi no recordaba cómo sonaba mi risa, ni la de mi madre. La miraba a ella y me preguntaba si había vuelto a la caja de las fotos de su viaje de novios.

Esa misma noche, mi hermano vino a mi habitación.

—No tengo ganas de enredar, Jaime. Déjame en paz.

—Ven —me pidió en un tono tranquilo.

Le acompañé al baño y sacó una caja de una bolsa de plástico.

—La he comprado esta mañana.

Pude ver que era una maquinilla de afeitar. Me horrorizó más que el momento en que se me cayó mi primer mechón.

—Ni de coña. Estás loco si piensas que me voy a rapar la cabeza.

Miró por encima de mí, directamente a mis calvas.

—No te queda mucha opción.

Pero yo seguí sin reaccionar. Él se encogió de hombros y se puso frente al espejo. Conectó la maquinilla al enchufe y comenzó a raparse el pelo.

—Sé que es un cliché —dijo mientras su pelo caía al suelo—, pero, te guste o no, somos mellizos. Si te vas a quedar calva, yo también.

Se me encharcaron los ojos. Intenté no llorar, pero me dolía la garganta. Él continuó rapándose el pelo hasta que no le quedó ni un mechón.

—Te toca —me dijo pasándome la maquinilla.

No pude cogerla.

—A ti te empezará a crecer mañana —le dije.

—Me volveré a rapar.

Seguía llorando. Mi hermano se puso detrás de mí y le vi pedirme mi aprobación en el reflejo del espejo. Asentí y enchufó la maquinilla. Cerré los ojos y me concentré en la respiración de mi hermano. El suave cosquilleo de las cuchillas al contacto con mi cuero cabelludo me reconfortó de alguna manera. Cuando acabó, tocó mi cráneo.

—Lista —dijo Jaime.

Abrí los ojos y me vi completamente calva. Si el espejo se hubiera roto en aquel momento y un par de cristales se me hubiesen clavado en el pecho no habría dolido tanto como aquella imagen.

—Parecemos mis pelotas —dijo Jaime antes de que yo me arrancara a llorar.

Reí y lloré a la vez. Lo hice tan alto que mi madre vino al baño a ver qué ocurría. Soltó un grito al vernos a los dos, calvos, igual que el día que nacimos. Rió. Luego lloró. Luego volvió a reír.

Por la noche me pareció oírle rebuscar en los armarios, en busca de un tiempo feliz, pero no encontró nada. La noté entrar a mi habitación, me acarició la cabeza y me dio un beso.

Fue a mi escondite secreto. No podía creer que lo conociera. Encontró la caja de las fotos y se la llevó.

ENERO

|

Las palabras compañero y compasión tienen la misma raíz y no puede ser casualidad. El de Letras es mi hermano así que se me escapa el significado, pero me di cuenta de ello cuando fui a la universidad.

Tere me seguía tratando normal aun cuando me rapé el pelo. Sin embargo, el resto de mis compañeros se mostraron más atentos y solícitos que nunca. Más aún, cuando comencé a ir a clase con el pañuelo en la cabeza.

—Hola, Carla —se presentó un chico un día. Era bastante guapo y tenía los ojos claros—. Si necesitas cualquier cosa, apuntes clases personales o lo que sea, dímelo. Este es mi número —dijo, y me dio un papel.

Cuando el chico se fue, Tere me miró con los ojos como platos.

—Le llamarás, ¿no? ¡Menudo yogurín!

Yo hice una bolita con el papel y la tiré a la basura.

—Si no estuviera pasando el cáncer, ni se habría fijado en mí.

Tere no dijo nada. Nos quedamos en silencio un rato hasta que Tere vio llegar por el pasillo a Rai.

—Le he dicho que viniera —dijo tras saltar como un resorte—, para que os conocierais en plan formal.

Rai llegó a nuestra altura y le dio un beso a Tere.

—Bueno, ya os conocéis, pero ahora te lo presento como mi novio —dijo mi amiga.

—Hola, Rai —Me puse de puntillas para darle dos besos.

—Encantado. Tere me ha hablado mucho de ti.

—¿Te ha contado también que ahora estoy en plan insoportable porque tengo cáncer, estoy calva y todo el mundo se compadece de mí?

—No, eso no... —titubeó el pobre chaval.

—Carla, no te pases —me regañó Tere.

Incliné la cabeza y junté las manos a modo de disculpa.

—Perdona, Rai. Sólo quería tratarte con la misma familiaridad que con Tere. Me estaba saltando unos cuantos pasos —Sonreí y contenté a la pareja.

||

Las palabras compasión y profesor no tienen la misma raíz, pero también noté en ellos una actitud más relajada hacia mí. A veces me aprovechaba de ello. Otras veces me daba asco a mí misma por hacerlo.

El cáncer no es sólo una batalla a nivel físico, también lo es a nivel mental. Me ponía a prueba constantemente para construir la persona que quería ser. No me consideraba ninguna luchadora. En realidad, la mayoría de los días sólo quería dejar de luchar, hacerme una bolita en mi cama y que el mundo me dejara en paz. No luché por mi vida, luché porque me lo pedían otras personas.

Esto lo descubrí el día que me pillé una gripe. Para un enfermo de cáncer, un resfriado puede ser catastrófico porque las defensas están bajas y el más leve catarro campa a sus anchas por un cuerpo que apenas opone resistencia.

En mi caso, el resfriado se convirtió en gripe y la gripe me llevó al hospital.

Estaba tan consumida por el cáncer, la quimio y la gripe que debía ser un shock verme. Yo no me veía en los espejos, les cogí aversión desde que mi hermano me rapara la cabeza. Pero me veía en los ojos de las personas de mi alrededor.

Por ejemplo, vi el horror en los ojos de Tere cuando vino a visitarme durante mi ingreso en el hospital. Intentó disimularlo pero eran muchos años ya como para andarnos con caretas. Se lo hice saber y ella no tardó en vengarse y sacarme la mía.

—¿Cómo estás? —preguntó alargando la mano para coger la mía.

—Tal como ves.

—Pues te veo estupenda —A Tere le tembló el labio superior.

—Deja de mentir, por favor, que nos conocemos.

Tere acarició mis dedos y constató cuánto se me marcaban los huesos. Suspiró con languidez y evitó mi mirada hueca un buen rato.

—¿Te aferras a algo? —soltó finalmente.

La pregunta me dejó en fuera de juego. Tardé unos segundos en procesarla para intentar comprender a qué se refería. Me encogí de hombros.

—Con lo que tú eres, debes pensar que la vida no tiene sentido y creo que deberías aferrarte a algo. Te dejo ser yo. Hay mucho donde agarrar —dijo en un tono que mezclaba la tristeza con la ironía.

De mi garganta salió un estertor que en otro momento hubiera sido una risotada.

Entró un enfermero a hacer la ronda. Era joven y se movía con parsimonia. Miró los goteros y tomó nota en un trocito de papel. Tere le interrumpió.

—¿Sabes, enfermero? —le dijo—, mi amiga se cree que no la conozco, pero la conozco.

—Estoy seguro de que sí —contestó el enfermero sin dejar de tomar sus notas.

—Hace tiempo que sospecho que no le gustan los chicos, sino que prefiere a las mujeres.

El enfermero sonrió al escuchar aquello mientras ajustaba la válvula del gotero.

A mí se me subieron los colores. No sé si entre tanta palidez llegaría a apreciarse, pero noté una bola de fuego que me subía de la boca del estómago a las mejillas. El monitor cardíaco pitó enloquecido.

—Será mejor que no alteres a tu amiga si no quieres que venga una horda de médicos y enfermeros a la habitación —le regañó el enfermero a Tere.

Mi amiga contuvo la risa y asintió como cuando asiente a los profesores que nos echan la bronca en clase por hablar.

—Lo siento.

Los pitidos de la máquina volvieron a su ritmo habitual y quedamos en silencio un rato hasta que el enfermero salió de la habitación.

—¿Pensabas que no lo sabía? —me preguntó mi amiga.

—No sé... —acerté a decir.

—Vamos, Carla, ¿por qué no me lo contaste? ¿No confías en mí?

Fruncí el ceño y bajé la mirada. No sabía qué responder para excusarme.

—¿Lo sabe alguien más?

—No.

—Sabes que puedes contar conmigo. Para lo que sea. Soy tu amiga.

Tere no podía ocultar su decepción. Separó su mano de la mía y se sentó en la butaca que había junto a la cama. Cruzó las piernas y se quedó mirándome fijamente. Yo tenía la cabeza ladeada pero no alcanzaba a verla.

—Hay una chica... —comencé a contarle.

Tere se incorporó en la butaca para escucharme con más atención.

—No sé por qué no te lo he contado antes. Temía que se lo contaras a mi hermano.

—Eso me da igual. Sigue con lo de la chica —me ordenó Tere.

Cerré los ojos e intenté transportarme al metro, a nuestro vagón. Las imágenes se habían vuelto borrosas, apenas podía recordar cómo era la cara de la chica del metro.

—La veía todas las mañanas. En el metro. Era demasiada casualidad que siempre, siempre, coincidiéramos en el mismo vagón. Es decir, es normal que coincidas con algunas personas porque llevas rutinas parecidas. Pero con la chica del metro era siempre. No nos perdíamos ni un día.

Tere asintió en voz baja.

—Cuando la veía me dedicaba a mirarla, a estudiarla. No me atrevía a mirarla directamente, me daba vergüenza que nuestros ojos se encontrasen. Vergüenza o miedo a encontrarme una mirada vacía y descubrir que todo era humo.

—Entiendo —dijo mi amiga.

Tere esperaba que continuara hablando, pero no dije nada más.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Nunca has hablado con ella?

—No.

Se reclinó sobre la butaca un poco decepcionada.

—Es decir, lo pensé, pensé en acercarme a hablar con ella o algo, pero luego vino esto y no creí que tuviera sentido.

Quedamos de nuevo en silencio hasta que a Tere le dio un espasmo y se levantó de la butaca de un salto.

—¿Dónde y cuándo quedabais?

—¿Cómo?

—Voy a ir. Iré y le diré algo.

—¡No!

—¿Por qué? —preguntó indignada.

—¿Para qué? No tiene sentido. ¿Qué le vas a decir? ¿A mi amiga le gustas pero está pasando por un cáncer y está calva?

—Lo de que estás calva no se lo diría.

Resoplé con impaciencia.

—Olvídalo, Tere.

Pero mi amiga no es de las que se conforman fácilmente.

—Dime cuándo y dónde quedabais. La quiero conocer.

—No sabrías quién es. No tengo ni una triste foto de ella.

—Pues la que tenga pinta de bollera. Venga, dime cuándo y dónde quedabais y te dejo en paz con el tema.

Se lo dije. No sé por qué, pero se lo dije. Intenté describir cómo era, pero apenas podía recordarla.

—¿Y qué piensas hacer? —me preguntó.

—¿Sobre qué?

—Con esta chica.

—Nada. Como podrás comprobar, ahora estoy a otras cosas —dije señalando la larga sábana que me cubría.

—Ya, pero hasta ahora solías ir a clase. ¿No te la encontraste?

—¿Y que me vea así? ¡Ni de coña! Recuerda que sé en qué vagón se mete y a qué hora lo hace. Suelo evitarlo y así no me ve.

—Ya, no te ve, pero tú tampoco la ves a ella.

Asentí con tristeza.

—¿No has dicho que me ibas a dejar en paz con el tema? —Empezaba a sentirme agotada.

Tere levantó las manos en son de paz y volvió a sentarse en la butaca. Nos

quedamos en silencio, pero ella no tardó en sacar el tema de nuevo.

—Sólo digo que ella puede ser ese algo a lo que aferrarte para salir de esta.

Entorné los ojos e hice un esfuerzo para girarme hacia ella y mirarle a la cara.

—¿No ibas a ser tú ese algo?

—Lo siento, pero ya estoy pillada.

Aproveché aquello para cambiarle de tema y le pregunté por Rai.

—Bueno, como tú me has contado tu historia te contaré yo la mía — concedió.

Pero su historia no distaba de ser la típica de chica conoce a chico, se gustan, se enamoran y tienen una vida normal y tranquila. Yo era consciente de que la mía, con la chica del metro o con quien fuera, entre el "se enamoran" y el "tienen una vida normal y tranquila" habría serios problemas, muchos de ellos ajenos a nosotras como pareja.



Pocos días después de aquella conversación, me dieron el alta y mi madre quiso celebrarlo comprándome un regalo.

—¿Se puede? —preguntó instantes después de llamar a la puerta de mi habitación.

Sonreí y le invité a pasar con un gesto de la cabeza.

—He ido al centro y he visto esto —dijo al tiempo que sacaba de una bolsa de papel una blusa de color aguamarina—. No he podido evitar imaginarte con ella puesta. Es un color precioso, ¿no crees?

La tenía cogida por los hombros. El tejido era como de seda y no tenía mangas.

—¿Es para mí? —le pregunté. Aquello sí que no me lo esperaba.

—Sí. ¿Te lo quieres probar?

Di un salto de la cama y le arrebaté la camisa de las manos. Me quité la parte de arriba del pijama y me la puse. Mi cara de felicidad cambió al vérmela

puesta. Primero porque el olor perfumado de la prenda me resultaba insoportable; y segundo porque, aunque la blusa era preciosa, el color acentuaba todavía más mi palidez y el corte dejaba demasiado a la vista los huesos de mis hombros y codos.

Mi madre vio reflejada la frustración en mi cara. Se colocó a mi espalda y me ayudó a quitármela. La puso del derecho y buscó una percha en mi armario para colgarla.

—La dejamos aquí y para más adelante, ¿vale? —sugirió mi madre.

Asentí con tristeza.

FEBRERO

El cáncer es una fuerza gravitatoria que curva el tiempo. Lo que eran días, me parecieron años de lo lentos que pasaban, pero a lo que me quise dar cuenta, llevaba casi una decena de sesiones de quimio. Parecía que cada sesión la llevaba mejor que la anterior.

—¿Por qué es eso? —le pregunté en una ocasión a una enfermera que se esmeraba en encontrarme la vena para ponerme la vía.

—Es buena señal. El cáncer remite y las sesiones son cada vez menos agresivas.

La enfermera me enchufó el gotero por el catéter que ya llevaba puesto desde que ingreé en el hospital y me lo dejaron puesto. Llevaba tanto tiempo con aquello que no sabía dónde acababa la vía y dónde empezaba mi piel.

—¿Dónde está la mujer que solía venir?

—¿Cuál?

—Esa que sonreía todo el rato, y que solía llevar pañuelos de colores.

—Ah, Eva —dijo cuando cayó en la cuenta. Al instante siguiente, su semblante se tornó gris.

—No me digas que no superó el cáncer —le pregunté alarmada.

Entonces no caí, pero luego imaginé que había puesto en un aprieto a la enfermera. No tanto por informar acerca de un paciente como por decirme a mí, que estaba luchando contra el cáncer, que otro enfermo no había conseguido superarlo.

—En realidad, sí lo superó —rectificó la chica—. Pero al salir del hospital le atropelló un autobús y murió.

Mi mente se inundó con una sola expresión: Vaya puta mierda.

Aquellos días estuvieron llenos de idas y venidas al hospital. Desde Oncología me reclamaban para las últimas sesiones y, finalmente, los análisis que determinarían si me podían operar ya o no.

MARZO

|

Después de meses desde el diagnóstico, Darío y Gertha lograron juntar un par de semanas de vacaciones para venir a España.

La mañana que llegaron amaneció cálida y luminosa aunque afuera, en el mundo real, estuviera lloviendo.

Gertha asomó la cabeza por el pasillo de la planta de Digestivo tímida y dubitativa.

—Ah, estáis aquí. No sabía si había entendido bien las indicaciones —dijo al vernos con su precioso acento alemán.

Mi madre y yo estábamos esperando en el pasillo a que nos atendiera el doctor Sillares que nos había convocado para una cita.

Gertha se acercó y me dio un abrazo. Me inundó su olor y su cariño, y metí mi nariz en aquella melena rubia hasta que me hizo cosquillas. Si le impresionó ver mi imagen cadavérica, lo disimuló muy bien.

—Hola, Lourdes —saludó a mi madre con otro abrazo y un par de besos.

—¿Y Darío? —le preguntó.

—Está buscando dónde aparcar y diciendo muchas palabrotas. No creo que tarde en subir.

Mi cuñada se sentó a mi lado y me cogió mi mano huesuda y blanca.

—¿Qué tal estás?

—Te lo digo cuando salga de la consulta —le respondí.

Gertha arrugó la nariz.

—A ver qué nos dicen de los análisis que le hicieron. Si el tumor ha menguado lo suficiente, la operarían. —le informó mi madre.

—Seguro que sí, eres una chica fuerte, ¿verdad, Carla? —dijo Gertha.

Tenía agarrada mi mano y acariciaba mi dedo corazón con su pulgar.

—A ver si con esos análisis es suficiente para verlo. Como me quieran hacer otra colonoscopia... —dije y me pegué un tiro con una pistola imaginaria.

—Bueno, ahora tu culo es propiedad de la Seguridad Social —dijo Darío llegando por el pasillo.

Abrí los brazos y él se abalanzó sobre mí. Estuvimos un rato largo abrazados.

—¿Qué tal estás, pequeña?

—Bien. Me siento muy débil, pero estoy mejor. ¿Cuánto os quedáis?

—Un par de semanas.

—A ver si podéis estar para la operación —deseó mi madre.

—Y si no, que nos pongan una videoconferencia con el quirófano —bromeó Gertha.

—Sí, y la cámara conectada con la colonoscopia —añadió mi hermano.

Las tres gritamos de asco.

—Buenos días —dijo el doctor Sillares después de abrir la puerta de su consulta—. Veo que estás bien acompañada.

Nos invitó a pasar. Mi madre y yo nos sentamos mientras que Darío y Gertha se quedaron de pie.

—Son mi hermano y su mujer, han venido desde Berlín... —quise justificar así que me acompañaran tantas personas a la cita.

El doctor les sonrió con su cara rechoncha.

—Bien, Carla, te veo mejor.

Asentí.

—¿Te sientes con fuerzas?

—Depende de para qué —respondí.

El doctor volvió a sonreír. Puso una carpeta abierta frente a él.

—Esta vez les llamo yo antes que Oncología —dijo, y se puso unas gafas para leer los folios—. Los datos que nos han pasado son buenos. Podremos operarte y extraerte el pólipo.

Suspiré de manera exagerada. La operación. Llevaba tanto tiempo oyendo hablar de ella que no me creía que ya estuviera aquí. El doctor debió ver reflejado en mi cara el pánico que eso me producía.

—Es una operación grande —comenzó a explicarse—. La cicatriz también lo será, pero trataremos de hacerla lo más fina posible.

En aquel momento me daba igual la cicatriz.

El cirujano levantó una hoja de papel con un cuerpo humano impreso en ella. Tenía ya dibujadas las líneas de corte.

—Guau —dijo mi hermano.

El doctor dejó la hoja sobre la mesa y continuó con la explicación.

—Tengan en cuenta que tenemos que quitar un tercio de colón y luego empalmar los extremos —Hizo un gesto con las manos como si estuviera empalmando dos tubos.

Sentí como si me dieran un sartenazo en la cara.

—Un tercio de colon —recalcó Gertha.

Aunque aquello me estaba poniendo muy nerviosa, me divertía ver al doctor mirando a unos y a otros en función de quién le preguntaba.

—Sí, así nos aseguramos de que eliminamos todo.

—¿Y no lo pueden sacar... ya sabe... por el ano? —preguntó mi madre.

El doctor negó con la cabeza.

—Las paredes del colon también están infectadas. No hay otra manera de hacerlo.

Los cinco nos quedamos en silencio unos segundos hasta que el doctor rompió el hielo y dijo algo sobre que nos llamarían para darnos cita.

—En menos de lo que piensas, todo esto habrá pasado —me dijo Gertha con su tono más dulce una vez salimos de la consulta.

||

No tardaron en llamarme para el ingreso. No comí nada desde entonces. Todo iba por vía intravenosa. El aparato digestivo tenía que estar lo más limpio posible para el momento de la colonoscopia.

Las tripas se me comían por dentro cuando Tere apareció por la puerta.

—Hola, churri.

Mi madre dio un respingo en la butaca.

—Mira, aprovechando que estás aquí, me bajo a tomar un café —dijo.

Las dos seguimos con la mirada a mi madre hasta que desapareció por la

puerta.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que estar en clase cogiéndome los apuntes.

—Tengo una sorpresa para ti.

Me incorporé en la cama.

—Sorpréndeme.

Tere sacó con parsimonia el móvil de su bolso.

—Estoy aquí porque esta mañana he ido en metro. Tu metro. Vuestro metro.

—¿El metro de quién?

—¡De la chica del metro y tuyo! —gritó con entusiasmo.

—¿Qué? ¿La has visto? —pregunté ansiosa.

La sonrisa de Tere se borró de su cara repentinamente.

—Pues la verdad es que no lo sé. Yo buscaba a alguien con pintas de bollera, pero esta moda que hay hoy en día es toda igual, todas las chicas parecen lesbianas. ¿Yo parezco lesbiana? —dijo Tere, que dio una vuelta sobre sí misma.

—Tere... —le apremié.

—Lo que he hecho para resolver el enigma es hacer una foto a todas las chicas que me parecía que encajaban con la descripción que me diste.

—¿Que has hecho qué?

—Mira a ver si está aquí.

Tere me acercó su móvil para retirármelo al instante siguiente.

—Antes de que te quejes de la calidad de algunas de las fotos, quiero que sepas que no es nada fácil hacer una foto en un tren en hora punta y de manera disimulada.

—Calla y dame el móvil.

Empecé a pasar las fotos, fijándome detenidamente en cada una de ellas, pero ninguna me parecía la chica del metro.

—Esta está buena —señaló Tere.

Ladeé la cabeza y asentí.

—Sí, pero no es ella.

—¿Esta? —señaló a otra chica.

Miré con detenimiento, pero tampoco era ella.

—No, creo que no.

Pasábamos fotos y fotos pero en ninguna aparecía la chica del metro.

—¿Pero cuántas has hecho?

—Unas pocas.

Le dije que parara en una.

—Espera.

—¿Es esta?

La chica llevaba una trenza, tenía un look un poco más agresivo de lo que recordaba, parecía más segura de sí misma.

—Creo que sí.

—¿Estás segura?

Sí, era ella. Quizá no estaba segura del todo, pero quería creerlo.

—Sí, pásamela.

De manera instantánea, me convertí en una yonki de aquella foto. De la foto y del enchufe junto a mi cama, porque la batería del móvil se gastaba enseguida de tanto mirar la pantalla.

Tere tenía razón y aquello se convirtió en algo a lo que aferrarme. Pensar en ella, en verla de nuevo, pensar en que podría llegar a hablar con ella y quizá hasta tocarle otra vez con el meñique o con la mano entera, saber que estaba ahí, que seguía yendo al metro, aunque no fuera por verme a mí sino simplemente por su propia rutina, me daba fuerzas para seguir adelante.

III

Los momentos previos a la operación fueron un calco a los de la colonoscopia. Un celador sonriente me llevó a quirófano, me anestesiaron, esta vez con mascarilla, y me operaron. Soñé con una foto fija de una chica apoyada en las puertas de un vagón de metro y con una trenza cayéndole por el pecho. Como en mi imaginación, salimos del vagón y nos encontramos en la playa, las dos descalzas y en bikini. Tenía ganas de acariciar su piel.

—Hazlo —me decía la chica del metro.

Yo extendía mi mano y le acariciaba el brazo que era dorado por el efecto del sol. Pero allá donde pasaba mi brazo, la imagen de la chica se pixelaba. Ella seguía sonriendo ajena a lo que estaba ocurriendo. Cuanto más la miraba, más se pixelaba, más borrosa se hacía su imagen. Y no podía dejar de mirarla.

—¡No, no, no! —gritaba.

—Tranquila, tranquila —me decía una voz a lo lejos.

Todo se fue a negro poco a poco al tiempo que la voz lejana se acercaba. Abrí los ojos un poco y vi a una mujer de blanco.

—Estás en la sala del despertar. No intentes hablar. Estás intubada.

Su sonrisa me ayudó a tranquilizarme.

IV

A diferencia que cuando la colonoscopia, tras la operación tenía que pasar un par de semanas de ingreso.

—Tengo una buena noticia y una mala —dijo el doctor Sillares tras analizar los resultados.

Mi madre y yo le miramos con cara de circunstancias.

—La buena es que la operación ha sido un éxito.

—Bien —soltó mi madre.

Yo le agarré la mano antes de que se emocionara en exceso. El doctor respiró con resignación antes de soltar la mala noticia.

—La mala noticia es que tendrás que permanecer ingresada. El postoperatorio es un poco duro porque tendrás dolores y necesitarás calmantes.

Suspiré con resignación. Aquello me parecía eterno y tenía ganas de que el agujero de gusano me llevara ya al otro extremo del espacio-tiempo.

V

Mis días transcurrían como en el día de la marmota. Visitas del médico,

curas y atenciones de las enfermeras, el pasar de las páginas de las revista de mi madre...

Aun no me había visto la cicatriz. Cada vez que venían a hacerme una cura, me cuidaba mucho de bajar la mirada. Pude hacerme una idea de cómo era cuando vi la expresión de horror de mi madre al verla.

Gertha y Darío se irían en unos días. Me entristecía perder de vista a Gertha, pero el dolor era menor ahora que tenía a mi virgencita, a la que rezaba todas las noches a través de la pantalla del móvil.

Un día, Gertha me pilló rezando. Pensaba que dormía en la butaca porque era la hora de la siesta. Debí suponer que los alemanes no tienen por costumbre dormir después de comer.

—¿Quién es? —La pregunta de Gertha rompió el silencio y me volcó el corazón.

Oculté el móvil bajo las sábanas pero ya era tarde.

—Nadie.

—Pues para no ser nadie llevas un buen rato mirándola.

—No es nadie, de verdad.

A Gertha no le convenció la respuesta, pero mi madre entró en la habitación y no siguió preguntando.

Cuando nos volvimos a quedar a solas, me propuso salir a pasear por el pasillo. Acepté aunque no tenía ganas. El médico me lo había aconsejado y me gustaba la idea de caminar del brazo de mi cuñada.

Avanzábamos muy lentas porque me resultaba muy duro dar varios pasos seguidos. Me agotaba y se me subía el pecho.

—La chica del móvil... ¿es tu novia? —preguntó Gertha.

—¡No! —grité con una risa nerviosa. Las piernas me flaquearon y mi cuñada me sostuvo antes de caer.

No mentía. No lo era. Que me gustaría que lo fuera, sí. Pero entonces no lo era.

—Hay veces que se ven más cosas con la perspectiva de la distancia —dijo Gertha.

Me detuve y me agarré en una barra atornillada en la pared del pasillo.

—¿Me estás diciendo que ves más de mí desde Berlín que desde Madrid?

Gertha asintió al tiempo que tiraba de mí para que siguiera caminando.

—Ya te lo he dicho, la distancia te da perspectiva.

Le miré y levanté una ceja.

—Os voy conociendo ya a todos y empiezo a saber de qué vais cada uno —comenzó a decir—. Tu madre es la madre entregada que sufre en silencio su divorcio. Tu hermano Jaime es el cínico, en el sentido filosófico de la palabra. Y tú...

—¿Yo qué?

—Tú eres la romántica, la que crees en el amor a primera vista, en el bien, en la recompensa...

—Lo era.

—Bueno, yo creo que aún queda algo de esa Carla.

—Nein. Desapareció. La quimioterapia destruyó todas esas células felices —le informé.

—Entonces... ¿por qué guardas esa foto?

Me quedé mirándola con todo mi odio hacia ella que era más bien escaso, a decir verdad. ¡Cómo me tenía calada la cuñada alemana! Reflexioné sobre la respuesta mientras ella esperaba en silencio. Era un amuleto, un anclaje, una estampita a la que rezarle, un motivo para darle sentido a aquellos días.

—Si no tuviera esta foto, me ahogaría en la nada. No sé explicarme mejor

—Entiendo —dijo Gertha.

Temía que empezara a ametrallarme con preguntas de las que no tenía respuesta, pero sólo sugirió una solución.

—Tendrás que decírselo a tus padres.

—¿El qué?

—Lo de que eres...

—¡Ya! —le interrumpí antes de que dijera la palabra que empieza por ele.

Traté de suspirar hondo pero apenas me llegaba el aire a los pulmones.

—No estoy para muchos trotes ahora. ¿Volvemos a la habitación?

Gertha me sujetó mientras dábamos media vuelta.

—Ellos tienen derecho a saberlo.

—Y yo a decírselo cuando lo crea conveniente, ¿no? —empezaba a alterarme.

—Está bien. Como veas.

—Disculpa, Gertha, pero es que desde fuera lo veis todo muy fácil, pero soy yo la que está así.

—¿Te refieres al cáncer o a...?

—A las dos cosas —volví a interrumpirle—. Y ahora, si me disculpas, quiero descansar un poco.

Entramos a la habitación y me metí en la cama. Gertha no dijo nada más.

Me quedé dormida y cuando desperté ya no estaba. La siguiente vez que la vi, era cuando vinieron a despedirse antes de volver a Alemania. La despedida fue fría: un beso y un seco «Cuídate». Nada que ver con aquella bienvenida de hacía un par de semanas.

VI

Pocos días antes de que me dieran el alta, mi padre llamó a casa y contestó Jaime. Como el objetivo último que tiene mi hermano en la vida es ver cómo explotan las cosas, le dijo que viniera a verme entre las 5 y las 6 de la tarde que era cuando mi madre solía bajarse a merendar a la cafetería y yo estaría sola en la habitación. Era una trola gordísima, obviamente.

Mi padre entró decidido a la habitación, convencido de que no se encontraría con mi madre. El color desapareció de su piel cuando nos vio a las dos allí.

Nos quedamos los tres petrificados. Nadie sabía cómo reaccionar. Caí en la cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que mis padres estaban juntos en la misma habitación. Desde que se divorciaron, tenía que contar las cosas dos veces, con la misma ilusión o tristeza o el sentimiento que fuera porque tenía miedo de que me pillaran siendo más entusiasta con uno que con otro. Normalmente, se lo contaba todo a mi madre antes, pero eran cosas pequeñas: notas, viajes, compras... Las grandes noticias de mi vida, que me

habían admitido en la universidad y que había aprobado el carné de conducir, se las había contado a los dos juntos. Pero eso fue antes de que se divorciaran. Ahora que estaban separados, era imposible pillarles juntos, así que ahí vi mi gran oportunidad.

—Disculpad, ya vendré en otro momento —dijo mi padre.

—No, ya me bajo yo a la cafetería —propuso mi madre airada.

—¡No! Esperad...

Los dos me miraron extrañados porque les había parecido un buen acuerdo el no coincidir en la misma habitación.

—Tengo algo que deciros ahora que estáis los dos aquí.

No lo había meditado, ni lo había ensayado por lo que me arrepentí en ese mismo instante de haberles retenido y generado tanta expectación.

—Yo...

Mis padres estaban confundidos porque no imaginaban qué podría contarles que fuera tan novedoso o importante si había hecho vida hospitalaria durante todo un mes.

Empujada por la conversación con Gertha, lo solté.

—Soy gay.

Reconozco que dije la palabra «gay» porque era más corta que decir «homosexual» o «lesbiana» y quería que aquello acabara cuanto antes.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

«Vamos, no me hagáis repetirlo», pensé, pero lo habían comprendido a la primera. Se les veía en las caras. Estaban pasmados, helados. Compartían un mismo sentimiento de confusión y aun así eran incapaces de mirarse a la cara.

—Eso —dije.

—¿Es porque nos hemos divorciado y nos quieres castigar? —soltó mi madre cuando pudo reaccionar.

—¡No, claro que no! —respondí indignada. Me sobrevino un aparatoso ataque de tos que parecía más escandaloso de lo que era.

Los dos se acercaron a mí y me acomodaron la almohada aunque estaban más pendientes de que sus manos no se tropezaran con la del otro que por otra cosa.

—Bueno, ahora no hablemos de eso. Tú coge fuerzas para la operación y ya lo vemos cuando te den el alta —dijo mi padre.

Le miré con los ojos afilados.

—No, papá. Soy gay ahora y lo seré después, y lo he sido cuando me estaban operando y cuando me tengan que dar masa quimio. Y si finalmente me muero, moriré gay.

No sé por qué dije lo de que me iba a morir. ¡Ah, sí! Por despertar el sentimiento de compasión de los demás.

—No te vas a morir, hija —dijo mi madre—. Lo que tu padre quiere decir es que ya lo hablaremos con más calma en otro momento.

—Pero es que no hay nada que hablar, mamá. No es algo que vaya a cambiar, ni es un castigo.

—Esto es por tu culpa —me interrumpió mi madre dirigiéndose a mi padre—. Tanto fútbol y tanto deporte cuando apenas era una cría. Le habrá desordenado la mente.

—¿Qué? —soltó mi padre—. El deporte es bueno para la salud.

—¿Ah, sí? —dijo mi madre señalando a su hija postrada en una cama de hospital. Encogió la mano inmediatamente.

—Basta ya. No es culpa de nadie. No es nada malo —les acallé—. Es jodido, pero malo no.

Alcancé una revista del corazón que había en la mesilla y me puse a ojearla.

—Y ahora id a merendar a la cafetería y dejadme en paz.

Los dos obedecieron. Desconozco si mi padre se quedó, si merendaron juntos y qué se dijeron. Yo ya había dicho lo mío, había levantado una losa que me oprimía el pecho y me sentía liberada.

Dejé la revista sobre la mesilla y encendí el móvil hasta que la batería y mis ojos dijeron basta.

Debí dormir sólo unos minutos porque cuando desperté seguía sola y la batería del móvil apenas se había cargado un 10%.

Decidí mirarme la cicatriz. Tarde o temprano lo iba a tener que hacer y pensé que sería mejor verla a propósito en lugar de por un descuido cuando me estuvieran lavando o cuando me cambiaran de pijama. Solía cerrar los ojos

cuando pasaba eso lo que divertía bastante a los auxiliares que me ayudaban con esas cosas.

Me desabroché un par de botones del pijama y despegué con cuidado el apósito que tapaba el trabajo del doctor Sillares. Vi una mancha anaranjada a lo largo de mi vientre con unos puntos negros que supuse que eran los de sutura. Me dio un vahído del impacto y me recosté en la cama sin tapar la cicatriz.

—Hija mía, ¿pero qué haces? —gritó mi madre nada más entrar a la habitación. Me puso el apósito con cuidado y me abrochó el pijama—. Es menos de lo que parece. Luego te quedará una línea muy finita. Ya lo verás.

Yo sólo pensaba en que mi verano en la playa se había terminado antes incluso de empezar.

ABRIL

|

—Hola, sis. Bienvenida a casa —dijo Jaime. Le había crecido el pelo y no había cumplido su promesa. Oh, sorpresa.

A pesar de eso, le sonreí. Nunca me había alegrado tanto de verle. Le abracé con las pocas fuerzas que tenía. Jaime no ocultó su estremecimiento al comprobar al tacto cuánta Carla había perdido.

Había pasado lo peor. Ahora necesitaba recuperar peso (y pelo) para poder salir a correr como antes, sentir el aire en mis orejas, el pulso golpeándome las sienes, la ducha de después, el camino hasta el metro y... Y... ¿Y si no estaba ya la chica del metro? ¿Y si estaba pero no quería nada conmigo? ¿Y si no me salían las palabras?

Me había aferrado a una foto en un móvil. Un montón de bites de información, de luz captada en un momento dado para atrapar unas siluetas, unas formas apenas torneadas por píxeles que no eran más que unos y ceros interpretados por miniprosesores más potentes que el que llevó al primer hombre a la Luna. Podía replicar la foto tantas veces como quisiera: subirla a la nube, pasarla a mi ordenador, mandársela de nuevo a Tere o a Gertha con el mensaje «¡Ya se lo he dicho a mis padres! ¿Contenta?», pero aquella foto no era nada. Sólo la constatación de la existencia de un fantasma, de un sí y un no, de una vida en vilo por una mirada o un roce con el meñique.

Estaba física y mentalmente agotada y lo último que necesitaba era darle vueltas a una hipótesis peregrina.

Estuve tentada de borrarla muchas veces. Mi pulgar planeaba sobre el icono de la papelera una y otra vez. Creía que debía hacerlo, liberarme de aquella esclavitud y seguir adelante. Pero había construido un castillo de naipes, ¿qué me quedaba si quitaba una carta? De nuevo, la nada.

Me entraban náuseas.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó mi madre al otro lado de la puerta del

baño.

—Sí, mamá, sólo es un poco de bilis.

La poca fuerza que había conseguido reunir en el hospital comenzó a fallarme semanas después. Ni las visitas de Tere, con sus clases particulares y sus cotilleos de universidad me reconfortaban. La estricta dieta tampoco ayudaba.

—La facultad es una mierda sin ti. Hasta calva y flacucha le das mil vueltas al resto. Los profesores me preguntan por ti. Están preocupados. Estás perdiendo muchas clases y creen que no podrás sacar el curso adelante.

—Repetiré. Lo tengo asumido.

—Pues yo también —decía Tere.

—Ni de coña. Tú a tu ritmo. Nos veremos por los pasillos y en la cafetería. Al final, donde menos rato estaremos será en clase. Y así me concentro, que con esas tetas me lo haces imposible.

Todo fachada. No sé si Tere se lo tragaba, pero por dentro estaba hecha mierda.

—¿Qué tal tu chica del metro? ¿Has ido a verla?

—No —respondí con un hilo de voz.

—¿Por qué?

Tere obtuvo un encogimiento de hombros por respuesta.

—Estamos en pendiente, en menos de lo que te des cuenta, se acaban las clases. Si esa chica es estudiante, no dispones de mucho tiempo porque, a lo que empiece septiembre, igual le han cambiado de horario, o se ha mudado y coge otra línea o...

—¡Que sí, Tere! Ya iré —le grité.

Tere se separó un poco de mí. Aquel día no me había ganado uno de sus abrazos. Y con razón. Pero es que entre unas y otros me ponían de los nervios. Necesitaba mi tiempo y sabía que tiempo era precisamente lo que no tenía.

||

Empezaba a notarse que la primavera pululaba por el ambiente, aunque

todavía no se atrevía a posar con su tiempo cálido, sus flores y su brisa suave. A pesar de eso, yo me notaba rara, confusa, cansada, cabreada y un montón de cosas más. Con aquel batiburrillo de sentimientos, acudí a la consulta de Oncología con la mejor cara que pude sacar.

—Vamos, Carla. Seguro que todo estará bien —dijo mi madre.

Entramos en la habitación y el doctor nos invitó a sentarnos en las sillas.

—Buenos días. Lo son realmente

Tras este spoiler poco espacio había para las sorpresas.

—Los análisis nos indican que no hay rastro de células cancerosas en el colon.

Mi madre no pudo contenerse y dio un pequeño respingo en la silla. Yo, sin embargo, apenas enfocaba la mirada.

—Aun así... —continuó—, aun así esto no ha acabado. Repetiremos análisis dentro de dos meses.

—Claro, doctor. Lo que usted mande —dijo mi madre que contenía los nervios como podía.

Se le veía contenta, pero no paraba de mirarme. Supongo que se preguntaba por qué no estaba dando saltos de alegría. Le vi por el rabillo del ojo y le di un poco de tregua con una ligera sonrisa.

—Está bien—dije.

El Oncólogo, sin embargo, estaba empeñado en amargarme la existencia.

—Pásate por la segunda planta. La psicóloga te está esperando —soltó antes de que nos fuéramos de su consulta.

—¿Psicóloga? ¿Qué psicóloga? —preguntó mi madre.

—Es conveniente que pase por una —insistió el médico—. Necesita herramientas que le ayuden a sobrellevar lo que viene ahora.

Mi madre y yo nos reímos porque “ahora” precisamente no necesitábamos ninguna ayuda psicológica.

—Un poco tarde para eso, ¿no? —le dije al médico.

Él me miró con paciencia.

—Ve a la segunda planta, por favor.

Veía la luz al final del túnel. Debería haber sido la tía más feliz del universo, pero no. Estaba triste y malhumorada todo el rato. Mi madre se encargó de dejárselo muy claro a la psicóloga, una mujer oronda y con un pelo rojo y alborotado que contrastaba con las paredes y muebles blancos de su consulta.

La capacidad de un cuerpo para volver a su forma anterior tras un impacto se le llama resiliencia. Eso fue lo que yo entendí cuando la psicóloga me dijo que tardaría un tiempo en volver a recuperar mi vida anterior.

—Has pasado por mucho estrés.

Resistencia del cuerpo a una fuerza externa que actúa sobre él», traducía yo.

—Cuando acabe el proceso, tendrás que acostumbrarte a dejar de ser paciente para volver recuperar tu vida.

«La tensión ha deformado mi estado original. Veamos cuán elástica soy y si soy capaz de recuperar mi forma anterior».

Tras la consulta, mi madre quiso invitarme a un chocolate con churros pero no podíamos. Hubiera sido una bomba para mi sistema digestivo. Gimoteé. En serio, ¿qué sentido tenía la vida si no podía tomarme una taza de chocolate con churros?

—Podemos salir a dar un paseo por el parque —sugirió mi madre.

—La verdad es que no me apetece. Quiero meterme en la cama. Estoy cansada.

—Tienes que obligarte a salir, que te de el aire fresco, coger color y algo de fuerzas...

—Que ya, mamá. No seas pesada. Ya saldré.

Mi madre agachó las orejas y no dijo nada más en todo el camino de vuelta.



Al llegar a casa, abrí el ordenador para poner al día a mi hermano y mi cuñada.

—Hola —dije con desgana.

—¡Hola! —saludaron al otro lado de la pantalla mi hermano y mi cuñada—.
¿Qué tal ha ido con el Oncólogo?

—Está todo bien. No hay células cancerígenas.

—¡Eso es genial! —exclamó mi hermano.

—Sí —contesté sin aportar más detalles.

Los dos asintieron.

—¿Volverás a la facultad? —quiso saber Gertha.

—Sí. Igual la semana que viene. Ahora no me encuentro con fuerzas.

Darío y Gertha estaban entusiasmados con mis noticias pero se miraron confusos al ver que yo estaba más apática que nunca.

—¿Ocurre algo, Carla? —preguntó Darío—. Está todo bien, ¿no?

Le respondí encogiéndome de hombros.

—Me estáis mintiendo, ¿verdad? —saltó mi hermano—. Lo hacéis para que no me preocupe, pero seguro que sigues con cáncer y te vas a morir.

Mi hermano se puso dramático. Gertha intentó calmarle, pero sin éxito. Yo le miré como a un bicho raro.

—Sí, mira, me muero y voy a andar con miramientos hacia ti —respondí—. No, todo está bien. De verdad.

Darío respiró con más calma.

—Entonces, ¿por qué estás así? —preguntó mi cuñada.

Volví a encogerme de hombros.

—La psicóloga dice que puede que sea depresión, que es normal.

—¡Pero si deberías estar la mar de contenta! —exclamó Darío.

Gertha le hizo un gesto con la mano para que se calmara.

—Ahora que lo dices, creo que a una persona que conozco y que pasó por un cáncer también le pasó —dijo mi cuñada.

—Pues yo no lo entiendo, ¿qué queréis que os diga? —dijo mi hermano.

—Mira, tato, parece mentira que sea tu hermana la que te diga esto pero me he dado cuenta de que la vida es una mierda y que no tiene sentido, que sólo es una sucesión de acontecimientos y que nosotros vamos a la deriva, dejándonos llevar bajo una falsa sensación de control. Pero sólo nos engañamos a nosotros mismos.

Se hizo el silencio. Nunca había expresado un pensamiento así delante de nadie.

—Ah, claro, claro —dijo Darío con ironía—. ¿Estás diciendo que, por ejemplo, mi amor por Gertha es mentira?

—Más o menos —le respondí desafiante—. Si no te llegas a ir a Berlín a trabajar, si te hubieras ido a, qué sé yo, Londres o París, te aseguro que tu amor por Gertha no existiría.

Darío hizo un amago de saltar y defender su honor de caballero español pero se quedó parado.

—Tú no eres mi hermanita —dijo con tristeza.

—Lo soy, tato. A eso me refería. Soy la misma persona que hace un año, pero soy muy diferente.

Desde Berlín sólo recibía miradas confusas y un poco extrañas. De verdad que sentía que era una persona diferente, que no pertenecía a aquella familia, o que, si pertenecía, era por algo circunstancial, casual. Hasta sentía cierto desapego hacia mi madre, a la que seguía pillando mientras miraba las fotos de su viaje de novios.

Si no hay mal que por bien no venga, aquello me sirvió para comprender a mi hermano Jaime, el filósofo, que quizá ya había llegado a estas mismas conclusiones mucho antes. Le hubiera preguntado a él, pero pasaba de darle el gustazo de negarme una respuesta. Así que acudí a mi padre.

IV

Ir a la casa de mi padre me supuso dos retos: el primero de ellos es que nunca había ido a su nueva casa. Es más, apenas conocía a su novia más que por un par de encuentros obligados por la formalidad.

El otro reto era ponerle una excusa a mi madre. Le había negado anteriormente varios paseos porque no me apetecía salir de casa, así que le dije que iba a casa de Tere a estudiar. Debió verme muy segura de mí misma porque no dijo nada. Hasta pareció alegrarse por mis renovadas ansias de salir de casa. Me puse un pañuelo en la cabeza y me fui en autobús. Noté las

miradas compasivas de la gente, los codazos, la lástima. Un niño me señaló con el dedo.

—¿Qué le pasa, mamá?

—Shhh, calla.

Me puse los auriculares y clavé mi mirada en la ventana. Me gustaría decir que la música me aísla y me transporta a lugares lejanos pero no es así. Cuando la escucho a través de unos cascos no logro abstraer la idea de que son sólo un par de pequeños altavoces, minúsculos transductores electroacústicos que transforman la electricidad en sonido. Si es en estéreo, una oreja recibe diferente señal que la otra y es tu cabeza la que lo une todo y le da sentido. Como todo en la vida, en realidad.

La casa de mi padre olía un poco a incienso que en un primer momento no me molestó, pero que al final de la tarde empezó a atorarme un poco la cabeza.

Mi padre me recibió en ropa de ir por casa, tranquilo al saber que mi madre no aparecería por ningún lado.

Me invitó a sentarme en el sofá de su salón y se ofreció a prepararme un té que decliné.

Fui a su casa sabiendo que quería respuestas, pero no tenía listas las preguntas, así que solté aquella que llevaba tiempo rondándome la cabeza.

—¿Por qué os separasteis?

A mi padre aquello no pareció pillarle de sorpresa. Se tomó su tiempo para saborear el té que se había servido y dejó lentamente la taza sobre la mesa.

—Sencillamente, dejé de querer a tu madre.

—Ya —dije dejándole claro que aquella respuesta era obvia—. Pero, ¿cómo se deja de querer a una persona?

Ahí mi padre torció un poco el gesto.

—Pues... no sé. Muchas veces, nos dejamos llevar por la inercia, ¿no?

La inercia. Otra fuerza de la naturaleza que conocía perfectamente. Para que un cuerpo tenga movimiento es necesario aplicarle una fuerza, de lo contrario, permanecerá en reposo. A su vez, es necesario aplicar de nuevo la fuerza para

detener este movimiento. La inercia mueve el mundo. Y no sólo en sentido físico sino también metafórico. La fuerza inicial que movió al cuerpo en reposo de mi padre fue la del amor por mi madre. Así, se dejaron llevar por la inercia casi 25 años hasta que otra fuerza la detuvo.

—¿Te enamoraste de otra?

Mi padre se incomodó en el sofá.

—Sí y no —respondió.

—¿Sí y no?

—A ver, sí me enamoré de Luna, pero supongo que no me habría enamorado de ella si hubiese seguido queriendo a tu madre.

Bebió de un sorbo lo que le quedaba del té y se levantó del sofá para llevar la taza a la cocina. Yo me quedé sentada, insatisfecha por su respuesta. Mi padre volvió al salón con la mente un poco más ordenada.

—Hay veces que nos dejamos llevar por la costumbre y tenemos miedo al cambio. Por eso, seguimos haciendo cosas que en realidad, mirándolas fríamente, han perdido todo el sentido. Cuando tu madre y yo nos mudamos a nuestra casa, los primeros meses, los primeros años, todo era estupendo. A tu madre le encantaba hacer la comida y a mí me encantaba comérmela. Probaba recetas nuevas, plantábamos macetas para verlas crecer, teníamos hijos...

Asentí sin decir una palabra por miedo a que perdiera el hilo.

—Con los años, seguíamos haciendo las mismas cosas, pero ya no tenían el valor original, eran cosas que se habían... encallecido. Estaban duras, sin ternura. Nosotros estábamos duros y curtidos. Ya nada de lo que hiciera el otro nos sorprendía, ni para bien ni para mal. Ni qué decir tiene que ya no había ilusión.

Mi padre se levantó de nuevo del sofá, fue hasta la puerta de la terraza y la abrió.

—Ven —me invitó a salir a la terraza.

Le acompañé. Tenían una terraza magnífica, amplia, espaciosa y soleada. Mi padre se agachó y sacó uno de los ladrillos de la pared con cuidado. Lo dejó en el suelo y metió la mano en el hueco. Cuando la sacó, sujetaba un paquete

de tabaco.

—No me juzgues —dijo mientras recolocaba el ladrillo en el hueco.

Yo hice como que me cerraba la boca con una cremallera.

Se encendió el cigarro con parsimonia, deleitándose en las dos primeras caladas.

—No me gustaría que perdieras la fe en el amor. El amor existe.

Le cuestioné con un resoplido.

—Es verdad. Existe. Yo me he enamorado dos veces. Si no soy prueba viviente de ello, yo ya no sé.

Nos quedamos mirando el atardecer mientras él fumaba el cigarro cuidando de que no me llegara el humo.

Se notaba que los días alargaban; aún no había caído el sol del todo cuando llegué a casa.

Me encontré a mi madre viendo las fotos de su viaje de novios, pero ya no me dio lástima. Comprendí que estaba reviviendo una explosión, una fuerza que la hizo moverse felizmente durante años.

Supe también que la fuerza del amor que mi padre sentía por Luna era menor que la que sintió por mi madre, puesto que la fuerza de Luna detuvo la inercia de la de mi madre cuando esta ya estaba desgastada por el roce que produce el paso del tiempo. Así cualquiera se enamora de nuevo.

V

Sentí mariposas en el estómago cuando Gertha me mandó un mensaje para que me conectara a Internet y tuviera una videoconferencia con ella.

—¡Hola! —saludó Gertha.

—Hola —le respondí con mi cara de vinagre—. ¿Y mi hermano?

—Esta vez seremos solas tú y yo —dijo mi cuñada con su fuerte acento.

No puedo negar que aquello alegró un poco mi semblante. Puede que hasta levantara ligeramente las comisuras de los labios.

—Te llamo porque tengo algo que decirte.

—¿El qué?

—El otro día nos dejaste un poco tristes a tu hermano y a mí con tu discurso de que la vida no tiene sentido, bla, bla, bla. Pues bien, quiero ayudarte.

Si aquello no iba a acabar con mi cuñada enseñándome las tetas me iba a llevar una decepción muy grande.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Es posible que la vida no tenga sentido, que sea absurda y que nos engañemos a nosotros mismos. Pero para que no tengamos esa sensación de vacío tenemos que darle sentido a nuestra existencia.

Entre el acento y que no se expresaba muy bien no acabé de comprender qué me estaba diciendo. Lo que ya sabía seguro era que aquello no iba a acabar en un *top-less*.

Me quedé mirándola mientras parpadeaba de manera exagerada a la espera de la segunda parte de su explicación.

—La chica del móvil —dijo con alegría al tiempo que daba una palmada.

—Perdona, ¿qué?

—La chica del móvil, es el sentido que da a tu vida.

A Gertha se le veía ilusionada con esa idea. Por eso traté de expresarme con toda la dulzura posible.

—Gertha, la chica de la foto no existe.

Sin éxito, claramente. A mi cuñada se le rompió el corazón. Pude verlo. Se le subió el labio de arriba y bajó una ceja.

—Es decir —aclaré—, existe pero no la veré de nuevo nunca. Ahora es sólo un puñado de píxeles.

—Pero, ¿quién es?

—Pues... —eché la cabeza hacia atrás en un intento de que los recuerdos me golpearan el cogote—, era una chica a la que veía todas las mañanas en el metro, camino de la universidad —comencé a contarle—. Era muy guapa. Al menos a mí me lo parecía, claro —dije y se me escapó una sonrisa entre los dientes. —Digo que quedábamos porque cada una subíamos en una estación diferente pero siempre, siempre coincidíamos. Unos días pensaba que era mera casualidad y otros que era demasiada casualidad para que no fuera

buscado. Desde luego, yo la buscaba cada mañana. Una vez en el mismo vagón nos dedicábamos a esquivarnos la mirada, muertas de vergüenza.

Gertha se contagió de mi sonrisa. La señal se perdió unos segundos, la pantalla se fue a negro y vi mi reflejo en la pantalla. Llevaba puesta una bata de franela a cuadros y un pañuelo de flores en la cabeza. Aunque tenía mejor aspecto, seguía teniendo el rostro chupado, se me marcaban los pómulos y los ojos estaban hundidos en las cuencas. Pero lo que más llamó mi atención fue mi expresión: estaba sonriendo y hasta tenía cierto brillo en los ojos. Al recordar mi historia con la chica del metro, me había ilusionado de nuevo.

La señal volvió y mi gesto cambió.

—Olvidalo. Ya no creo que esté.

—¡Claro que sí! —exclamó Gertha—. ¡Tienes que ir a por ella! ¡Mañana mismo!

Me llevé la mano a la cara y negué con la cabeza.

—Vamos a ver, que no lo has entendido bien. Iré y no estará. Y se me romperá el corazón.

—Eso no lo sabes. Igual está. Igual sigue esperando a que vuelvas algún día.

—Sí, claro. Ahí lleva medio año dando vueltas en el metro. Si vio que no aparecía en un par de semanas, supondría que cambié mi rutina y siguió con su vida. Como debería hacer yo.

Gertha ladeó la cabeza y me miró.

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo?

—Así de coñazo.

Puse los ojos en blanco.

—Oye, me encanta que me llames desde Alemania para llamarme coñazo.

Muy bonitas tendría que tener las tetas para que lo arreglara con un *topless*.

—En serio, Carla. Creo que deberías ir. Por si está. Ve con la idea de que no va a estar y así no te llevas una decepción.

Intenté comprender ese parche que nos ponemos a veces y que

resumimos en la expresión «el "no" ya lo tienes». Es un poco como ir por ensayo y error. El error ya lo tienes. Prueba hasta que salga. Cuántos chispazos me habré llevado yo por errores de cálculo.

Me encogí de hombros.

—Puedo intentarlo —cedí.

—Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes —dijo Gertha.

Le miré confusa y aclaró.

—Es de Yoda, de *La Guerra de las Galaxias*.

—Me equivoqué. Mi hermano y tú sí estáis hechos el uno para el otro.

VI

No sabía cuántas clases había perdido, y dudaba de que consiguiera pillarle el ritmo al curso. Tere me ayudó muchísimo a fijar conocimientos y comprender cosas, pero no me sentía con la suficiente moral como para presentarme a ningún examen. Además, había pisado poco la facultad. No ya por las razones obvias de haber estado ingresada, sino porque muchas veces no tenía fuerzas para levantarme de la cama, ni para aguantar miradas, ni para que me preguntaran por qué no me ponía peluca cada vez que me veían con el pañuelo.

Ahora empezaba a salirme algo de pelo. Lo bueno era que me crecía rápido. Lo que antes era un incordio para mí porque tenía que ir a la peluquería cada pocas semanas, ahora se convertía en mi principal ventaja.

—Cada vez te pareces menos a mis pelotas —me dijo mi hermano una vez que me pilló mirándome al espejo del baño y acariciándome la pelusilla del cráneo.

—¿Y tú cuándo dices que te piras?

—¿Tienes ganas de perderme de vista?

Le miré con una ceja levantada.

—El 1 de junio empiezo las clases.

Jaime se apoyó en el umbral de la puerta con los brazos cruzados y

expresión de autosuficiencia.

—Qué rápido va todo... —susurré.

Por fin había cruzado al otro lado del agujero de gusano y me estaba dando cuenta de que no era muy diferente a como era antes.

—A lo que vuelva, ya tendrás esa melenaza tan bonita que tenías —dijo y sonrió.

A pesar de su dulzura, no caí en la trampa. Solía hacer eso: halagarme para luego pegarme un corte que me hacía sentir más estúpida. Simplemente, le devolví la sonrisa.

Aun así, él soltó su corte.

—Oye, ¿qué es eso de que eres bollera?

Me giré hacia él con la mandíbula en tensión.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Adivina.

—¿Tere? Qué hija de perra.

Me puse roja de la ira. Se iba a enterar.

—Entonces... ¿lo eres? —me preguntó mi hermano cuando pasé por su lado al salir del baño.

—Sí, ¿algún problema? —le respondí levantando la barbilla con chulería.

—Ninguno. Por mí guay.

Ya me iba a encerrar en mi habitación cuando mi hermano me volvió a llamar. Me giré hacia él para escucharle. Craso error.

—Cuando quieras te doy algunos consejos para... —dejó de hablar, hizo el símbolo de la victoria con los dedos y jugó con su lengua lascivamente.

—Argh.

Cerré mi habitación de un portazo.

Agarré el móvil y escribí a Tere. No me veía capaz de llamarla y hablar con ella.

«Pero, ¿cómo has podido decírselo? Yo confiaba en ti», escribí acompañando el mensaje con un montón de emojis enfurecidos. De los rojos.

Casi al instante, Tere leyó mi mensaje y contestó: «¿Decirle qué a quién?».

«Que soy gay, a Jaime», le envié.

«Ay, peque, pero si yo no le he dicho nada de eso a Jaime. Ni a Jaime ni a nadie. Ni siquiera a Rai». Emojis de angelitos.

Me sentí fatal por haber dado más credibilidad a mi hermano que a mi mejor amiga.

«Lo siento, Tere. Se me ha ido la olla».

Me lanzó unos besitos y ahí quedó la cosa.

«Oye, Tere», le escribí antes de zanjar la conversación definitivamente. «Ya sé que es un poco tontería, pero mañana iré a clase».

«¡Bien! ¿Y por qué iba a ser una tontería?».

«Porque estamos en abril y he estado como dos meses sin ir. No tiene mucho sentido».

«Buah, es igual, así se nota que tienes interés. No te van a aprobar, pero les caerás simpática. Eso siempre da puntos».

Quizá Tere ya sospechase cuál era mi motivación real para ir al día siguiente a clase. Empujada por los ánimos que Gertha me había mandado desde Alemania, decidí comprobar si la chica del metro seguía existiendo en ese plano espacio-temporal que compartíamos.

La que no tenía ni idea era mi madre.

—Te acompaño —me dijo cuando le comenté que al día siguiente iría a clase.

—No hace falta. Sé ir sola.

Ella me miró con impaciencia.

—Ya sé que sabes. Pero tengo miedo de que te de un chungo en el trayecto.

—No me va a dar ningún chungo, mamá.

—Por si acaso. He leído estos meses muchas cosas raras que le pasan a los enfermos de cáncer. Mañana te acompaño.

—¿Y tu trabajo?

—Entraré más tarde y lo recuperaré luego.

A mi madre se le había metido entre ceja y ceja que el haber superado un cáncer me había reducido la edad e insistía en tratarme como a una niña.

—Mamá, que no hace falta, de verdad.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

Podríamos haber estado así toda la tarde así que acabé contándole mi objetivo real.

—Tengo que ir sola. No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

Resoplé con fuerza.

—Al empezar las clases, me fijé en una chica en el metro —carraspeé un poco. Mi madre me escuchaba atenta—. Sabía cuándo se subía y en qué vagón, así que todos los días podía verla.

Se apoyó en la encimera de la cocina para escucharme mientras le contaba el resto de la historia. Nunca había visto esa expresión en ella, pero tampoco sabría decir a qué se debía. Quizá era la primera vez que me escuchaba con atención en lugar de a gritos de una habitación a otra.

—Quiero ir mañana para comprobar si sigue estando ahí.

Nos quedamos un momento en silencio hasta que, al final, ella rompió el hielo.

—Vale. Iremos.

Bajé los hombros derrotada.

—A ver, que no lo entiendes. Que no puedes venir.

—Ahora con más razón, iré contigo.

—¿Pero por qué? ¿Desde cuándo te parece bien lo de que me guste una chica? —pregunté alterada.

Mi madre se acercó a mí y me sujetó la cara con las manos.

—Desde que me he dado cuenta de que pueden pasarte cosas peores—. Luego me soltó repentinamente—. Quiero conocerla.

Si hubiera tenido pelos en la cabeza, me los hubiera arrancado.

—Quiero conocer a la chica de la que te has... enamorado —dijo mi madre que desvió la mirada un instante.

El fluorescente de la cocina parpadeó y nos dejó a oscuras dos segundos.

Aquello eran palabras mayores.

—Pero una cosa, Carla. Supongo que tendrás preparada una reacción, tanto si la ves como si no la ves.

Pues no, no tenía pensada ninguna reacción en ninguno de los dos casos. Ni un plan b, ni una estrategia, ni nada por el estilo. Mi madre me lo leyó en la cara.

—No quiero que te duela. No quiero que nadie te haga más daño. Ya has sufrido demasiado.

—Ya, mamá.

—Pues eso. Esta noche, te lo piensas.

Fue hacia la nevera para preparar la cena.

—¿A qué hora dices que salimos? —dijo con la cabeza metida en el frigo.

VII

Aquella noche apenas dormí. Me dolía el estómago de los nervios. Intenté pensar en ese plan a y plan b que tenía que tener preparados por si veía o no a la chica del metro. Si no la veía, se me rompería el corazón. Si la veía, yo estaba calva, fea, flaca e insegura. Un desastre. No sería capaz de acercarme a ella, ni mucho menos hablarle. ¿Para qué ir entonces? Gertha me había comido el tarro. Aquel capricho era una tontería supina. La misión tenía que abortarse.

—¡Buenos días! —gritó mi madre abriendo las cortinas y subiendo la persiana de la ventana de mi habitación.

Oh, mierda. Se me olvidó comentarle el pequeño detalle de que la expedición al metro se había cancelado.

—Esto...

—Arriba el culo, perezosa —dijo mi madre levantando las sábanas de manera súbita.

—Mamá —le llamé.

Ella salió de mi habitación y empezó a moverse de un lado a otro de la casa.

—¡Mamá!

—¡Dime! —contestó desde el salón.

La vi pasar fugazmente por el pasillo.

—¡Que al final no vamos!

—¿Cómo? —preguntó desde la cocina.

—¡Que no vamos! ¡Que se cancela!

Mi madre asomó la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido.

—La niña del sexto sentido te voy a llamar, todo el día con el sentido para arriba, el sentido para abajo —dijo y salió de nuevo hacia otro punto de la casa—. ¡Dúchate mientras yo te preparo el desayuno!

Me resigné y posé los pies sobre el embaldosado del suelo. Un escalofrío me recorrió la espalda y no era por el frío.

Al salir de la ducha, limpié el vaho del espejo y me vi reflejada en él. Hacía mucho tiempo que evitaba los espejos. Tenía pelusilla en algunas partes de la cabeza, pero todavía no podía llamarse a eso pelo. Mi plancha llevaba meses cogiendo polvo en el cajón y sabía que aun estaría unos cuantos meses más hasta que pudiera necesitarla de nuevo.

Me acaricié el cráneo y se me revolvió el estómago.

—¿Te queda mucho, hija? —llamó mi madre desde afuera.

—No, ya salgo.

Seguía sin tener un plan, pero mi madre me arrastró casi literalmente hasta el metro.

—A ver si empiezas a correr otra vez porque estás muy lenta.

Esa era otra historia. Recordaba la sensación de correr, de superarme a mí misma cada día, pero no me apetecía nada, no me sentía con fuerzas y sabía que sería un trabajo durísimo volver a mis marcas de antes. Tampoco las necesitaba. Había ganado la carrera más dura de mi vida, ¿para qué quería ponerme más a prueba?

Mi madre me agarró de la muñeca y me miró el reloj. Un tren se oía de fondo.

—¿Es este?

Parecía más ilusionada que yo. Asentí. Seguía teniendo una sensación pegajosa en el estómago.

—No me encuentro nada bien, mamá. Volvamos a casa.

—De eso nada, Carla. Quiero ver a la chica del metro.

—¿Para qué? No vamos a hablar con ella.

El tren entró en la estación en ese instante y enmudeció mis palabras.

Apenas había acabado la frase, ella tiró de mi mano y me metió en el vagón. De manera instintiva, me escondí detrás de ella.

—¿La ves? —me preguntó.

Me asomé por encima de su hombro y eché un vistazo rápido. Enseguida la vi. Apoyada como siempre en la puerta, con la mirada y el aspecto distraídos. Estaba muy guapa. El dolor de estómago creció y me dio un pinchazo que subió hasta la garganta.

—¿La ves, Carla? —volvió a preguntarme mi madre.

—No, no está.

—¿Segura?

Quise disimular al tiempo que miraba lo máximo posible a la chica del metro, de retenerla en mi retina. Estaba ahí. No había dejado de acudir a su cita conmigo. «Conmigo», pensé. El pinchazo se aterciopeló en mi pecho. Me dejé llevar por la emoción y me subió el calor a las mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó mi madre.

—Sí, tranquila. Es sólo que aquí hace mucho calor.

—Un poco sí —dijo mi madre mientras se desabrochaba un botón de la camisa—. ¡Qué pena que no esté!

—Sí, bueno, no pasa nada. Ya lo tenía previsto.

Mi madre me dio un beso en la mejilla y empezó a hablar de sus cosas. Supongo que para distraerme, pero yo ya estaba dándole vueltas a lo mío con la chica del metro.

No era cierto. No tenía previsto no verla, pero tampoco verla. No tenía previsto nada de nada y la cabeza empezó a darme vueltas con conjeturas y suposiciones.

La chica del metro seguía ahí, como guardada en un cajón, dispuesto a abrirlo cuando yo me sintiera con fuerzas. Eso lo tenía. Ya fuera por su propia rutina o porque todavía me siguiera esperando, la chica del metro seguía siendo puntual a su cita. Yo hubiera desesperado si no la hubiese visto durante seis meses.

Vino a mi mente su gesto confuso cuando nos vimos por primera y última vez a los ojos, cuando ella me siguió hasta mi trasbordo y yo no respondí como esperaba. Lo único que se encontraron en aquel momento fueron unos ojos vacíos y una mirada triste.

Entre el calor y el recuerdo de aquella mañana me mareé un poco.

De vez en cuando la miraba disimuladamente. Seguía ahí. Las dos nos bajaríamos en un par de paradas, y luego nuestros caminos se separarían de nuevo.

Quizá debería abordarle, decirle algo como «mira, no sé si podrías esperarme un poco más, hasta que me crezca el pelo y desaparezcan las ojeras. Un par de meses y nos vemos aquí de nuevo». Mi pie se movió sólo, pero el resto del cuerpo no le siguió. Sentí un gran alivio y al instante siguiente, una tremenda rabia.

—Ya salimos, hija —me dijo mi madre que notó que me agobiaba de nuevo—. ¿Seguro que estarás bien en la universidad?

—Eh, sí, sí —respondí distraída.

Eché un último vistazo a la chica del metro. Deseé con todas mis fuerzas que me mirara, aunque sólo fueran unos segundos. Una mirada fugaz, lo justo para no caer inmediatamente en quién era yo, pero lo suficiente para saber que seguía ahí. Sin embargo, la chica salió del vagón casi sin levantar la mirada y le perdí la pista.

—Cualquier cosa, me llamas, ¿vale, Carla?

—Ve a trabajar tranquila. Estaré con Tere.

Mi madre me dio otro beso en la mejilla y siguió el mismo camino que la chica del metro para dar la vuelta e irse a su trabajo.

A mí me temblaban las piernas y hasta que no vi a Tere no me calmé un poco.

—¿Y a ti qué te pasa hoy? Cualquiera diría que la que tiene los exámenes a la vuelta de la esquina eres tú —me dijo Tere nada más recibirme en el *hall* de la facultad.

—He visto a la chica del metro, Tere.

Su cara pasó del asombro a la alegría en segundos. Dio unos saltitos y le botaron los pechos.

—¿Y qué le has dicho?

Le miré fijamente y con la ceja levantada.

—Nada. ¿Qué le voy a decir? —dije y le mostré mi pañuelo en la cabeza.

—Entonces, ¿no has hablado con ella?

—No —le contesté con un hilo de voz.

Bajé la cabeza hasta que mi barbilla me golpeó bajo el hueco que dejan las clavículas. Tere leyó mis deseos, me abrazó y me dejó reposar en sus pechos.

—Siento que la he perdido para siempre, pero a la vez, que sigue ahí. No estoy lista, Tere. No estoy lista.

Ella siseó mientras me acunaba entre sus brazos.

—Date tiempo, Carla. Y no le des más vueltas. Si no es ella, será otra.

Me arrancó de sus brazos para mirarme a los ojos.

—Ahora lo importante es que vuelvas a ser la Carla de antes. Trabaja ya para el siguiente curso, sal a correr de nuevo y ve pensando en unas vacaciones en la playa porque nos iremos tú y yo.

—Y Rai, ¿no?

—Sólo si quieres tú.

Volvió a acurrucarme en sus pechos hasta que el profesor nos interrumpió.

—Un placer volver a verte de nuevo, Carla —dijo nada más verme—. Me alegro de que vengas a clase estos últimas semanas.

Respondí con una sonrisa.

—¿Ves? —dijo Tere dándome un codazo mientras entrábamos a clase—. Ya te lo has ganado.

MAYO

|

Hice caso a Tere. Era hora de recuperar a la Carla de antes, física y anímicamente hablando, y dejar atrás la tristeza y el mal humor.

A pesar de que me sentía tremendamente orgullosa de mi pelusilla, tenía que afeitarme la cabeza para que el pelo creciera de manera uniforme y con más fuerza.

—¿Me la pasas?—me pidió Jaime señalando a la maquinilla.

—No hace falta que te afeites por mí. Puedo yo sola. Además, con lo pijos que son en la Sorbona, no te dejarían entrar totalmente calvo.

Jaime sonrió y se encogió de hombros. Le pillé echándole un ojo a mi nuca y leí en su mente lo que pretendía.

—Como me casques una colleja te parto la cara, chaval.

Mi hermano se marchó riéndose.

En casa se respiraba felicidad. Mi madre la esnifaba en el polvo de las fotos de su viaje de novios, Jaime en el aire que levantaban los folios de la matrícula de su curso de verano en París, y yo en el olor que desprendía tras unos minutos de carrera. Había vuelto a salir a la calle bien temprano. Sin pretensiones, sólo un paso tras otro, como cuando empecé la primera vez. Los primeros días llevaba puesto el pañuelo, pero me picaba y finalmente opté por salir con el cráneo despejado. Aprendí la lección de ponerme loción solar a fuerza de quemarme la calva un par de días. Sí, levantaba miradas a mi paso pero me daba igual. Después de una semana andando, ya hacía quinientos metros sin detenerme. Muy despacio, eso sí, pero los hacía.

De la rutina anterior, sólo me quedaba por cumplir el tema de la plancha del pelo, pero llegaría. También acudía puntual a mi cita con la chica del metro. No me dejaba ver, permanecía siempre agazapada a una distancia prudencial

que me permitía ver sin ser vista.

Casi la había olvidado. Tanto mirar aquella pantalla de móvil, la chica del metro había perdido tridimensionalidad y mi cabeza la había convertido en una figura perfilada en dos coordenadas aunque a una más que considerable calidad de 16 megapíxeles.

Tuve que volver a memorizarla parte por parte. Sus ojos, su boca, su pelo, los movimientos inconscientes de su cuerpo. Pensé que, cuando la conociera, no podría engañarme porque ya la habría visto tal y como era, sin caretas. Cuando conocemos a gente nueva, tratamos de esconder partes nuestras, fingir que no hacemos tal o cual gesto, contener nuestro lenguaje corporal, que es el más sincero de todos, para evitar que entren en nosotros a las primeras de cambio. La chica del metro estaba con la guardia baja durante su trayecto, así que pude conocerla mejor. Solía morderse los carrillos por dentro y le afeaba porque le obligaba a torcer el rostro. Cada día ella estaba más guapa, más sexy, más segura.

Tomé una determinación: no era justo para ella que yo la conociera tan bien y ella a mí no, así que, cuando me lanzara a hablarle, sería la Carla real a la primera, sin perder tiempo en guardarme cosas, en controlar mis gestos o en formalismos que sólo hacen que perdamos el tiempo. «Caretas fuera», me dije.

También seguía trazando planes sobre cómo abordarla. Concluí que lo mejor era acercarme a ella y presentarme, sin más. Y concluí que para eso necesitaba un poco más de pelo. O lo que es lo mismo, un poco más de tiempo.

Era tal la seguridad que tenía en que la iba a conocer que no pensé en la posibilidad de que un día dejara de ir al metro. Suponía que era estudiante, como yo, pero el fin de las clases se estaba acercando y mi pelo no había crecido lo suficiente.

«Un día más», me decía. Me levantaba de la cama, y rápidamente iba al espejo a mirar cuánto me había crecido el pelo, pero nunca era suficiente. «Otro día más».

Tanto esperé que un día no la vi. Me autoengañé. Me dije que habría perdido el tren o que tendría médico o cualquier cosa. Esperé paciente al día siguiente y tampoco la vi. Confirmé que tenía el reloj puesto en la hora correcta. Al tercer día, llegué un poco antes. Cuando llegó el tren anterior al nuestro me asomé para ver si estaba. Al comprobar que no, salí del tren y me quedé esperando al siguiente. Cuando llegó, hice lo mismo: me asomé, pero tampoco estaba en nuestro propio plano espacio-temporal. Salí y esperé al siguiente. Llegó, me asomé y seguía sin aparecer. Contrariada, entré definitivamente y me dirigí a la facultad.

—Tienes cara de amargada, tía. ¿No has cagado esta mañana? —me dijo Tere.

—Llevo tres días sin ver a la chica del metro.

—¡No jodas! Ves, te dije que le tenías que haber hablado antes.

—Ahora los reproches no sirven de nada —contesté molesta.

—Perdona, Carla.

Nos quedamos en silencio sin saber qué decir. No había plan b para esto.

—Habrá acabado sus clases —señaló Tere.

—Supongo.

—Quizá en octubre...

—Déjalo —le interrumpí.

No quería ni oír hablar de octubre. Eso significaba estar todo el verano en vilo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Seguir subiéndome al tren hasta que la volviera a ver? ¿Cuánto tiempo podría ser eso? ¿Un mes, dos? ¿Todo el verano?

—Vale, esto es lo que vamos a hacer —comenzó Tere—. Te olvidas de ella.

—Pero yo...

—Sh... —me interrumpió—. Te olvidas de ella. Vives el verano más loco de tu vida conmigo, que además puede ser el último porque al siguiente lo querremos dedicar a nuestras parejas. Y en octubre vuelves al metro. Si la ves, estupendo. Tendrás pelazo y le hablarás con todo tu morro. Y si no, pues sigues con tu vida y ya está.

—¿Y si me la encuentro tiempo después? —repliqué.

—Te la encontrarás cuando te la encuentres. Nunca es el momento, sino lo que hacemos nosotros con ese momento.

—¿Qué hablas?

—Yo me entiendo.

—Ya, pero yo no.

Tere se disponía a explicarme su teoría cuando un profesor nos llamó la atención.

—Pi y González, a clase, venga.

—Luego te lo explico.

Pero no hizo falta. Durante aquella clase en la que no me enteraba de nada por haber perdido el hilo hacía mucho tiempo caí en que eso que trataba de decirme Tere se lo había dicho yo a mi hermano y a Gertha. Si no era Gertha, habría sido otra persona. Acojona pensarlo. A veces, ligamos nuestros destinos a cosas que son completamente aleatorias, pero nunca lo reconoceremos porque sería admitir que no tenemos ni idea de qué estamos haciendo con nuestras vidas.

También recordé lo que me dijo Gertha. Puede que no tengamos poder sobre las cosas que nos vienen dadas, pero, dado que estamos pisando esta tierra, sí podemos darle un sentido a nuestra existencia con nuestros actos. Son nuestras acciones y lo que hacemos frente a esos sucesos aleatorios de la vida lo que nos define.

Conocer a la chica del metro fue un acto aleatorio, una casualidad. Pero cuando esa casualidad se repetía día tras día cobró sentido y se convirtió en causalidad. La causa de que coincidiéramos todos los días era porque nosotras habíamos decidido que así tenía que ser.

Es cierto. Aún quedaba algún hilo suelto en mi argumento. Si así era, la chica del metro seguiría subiéndose al tren, pero también es cierto que lo hizo pese a que yo había dejado de ir durante meses. Vale, vale. Coincidió con el curso universitario, pero... Tenía que ser. Tenía que ser. Tenía que ser. Me repetía esto como un mantra.

Entonces no lo supe, pero había caído en la trampa de creer en algo que

podía no existir por la mera necesidad de creer que existía. Ver todos los días a la chica del metro era, junto con lo de correr cinco kilómetros, lo único que me faltaba para completar mi resiliencia, para volver a convertirme en la Carla que era antes de la enfermedad y dejar de ser, por tanto, una enferma.

||

Jaime vino un día a mi habitación.

—Te voy a hacer el favor de tu vida —dijo—. Voy a celebrar mi despedida con los colegas en un bar de lesbianas. A ver si ligas que te noto de bajón.

Le miré de arriba abajo.

—Ya, claro, que lo haces por mí. Tú lo que quieres es ver a dos tías enrollarse.

Mi hermano se relamió ante la idea.

—No flipes —le pedí—. No te dejarán entrar.

—¿Por qué?

—Porque esos bares son exclusivos para tías.

—Eso es discriminación —protestó Jaime.

—Lo que tú digas, pero no te van a dejar entrar.

Jaime bajó los hombros disgustado.

—Bueno, pues iremos a uno mixto. O como se diga. Pero quiero que vayamos a Chueca.

—A ver, tato, ¿tú me ocultas algo? Porque esas ganas de ir a Chueca no son normales...

Mi hermano se rió a carcajada limpia y se acercó hasta mí. Estaba sentada en la cama, con el portátil sobre las piernas. Cerré la tapa antes de que le echara un ojo a la pantalla y viera que estaba haciéndome un perfil en una cuenta de contactoslésbicos.

—No, no tengo nada que ocultar. Sólo quería pasar un buen rato contigo antes de irme.

—No te vas a la guerra. Además, nosotros no somos de pasarlo bien juntos —le respondí.

Me rodeó con su brazo y me acarició la cabeza.

—Tú sí que parece que vas a la guerra con ese rapado. A ver, canta *Nothing compares to you*. Yo creo que te das un aire a la O'Connor esa.

Le noté extraño. No era habitual que estuviera de buen rollo conmigo. Y si lo estaba era porque quería algo o porque me iba a dar un corte a continuación. Pensé que quizá estaba sintiendo ya una morriña prematura de casa, de mí, de nosotras. Puse el gesto intenso de una estrella de pop y me lancé.

—*Cause nothing compares, nothing compares to you...* —canté—. Y ya, que no me sé más.

—La piel de gallina, tata. Uf —bromeó.

Jaime se puso en pie.

—Lo miraré con mis colegas y te diré algo. Dile a Tere que se venga. Y al chungo de su novio también, si quiere.

Le dije que sí porque estaba convencida de que aquello se quedaría en nada. Cuando salió de mi habitación, abrí el portátil y seguí completando mi perfil en la web de citas.



Cada mañana volvía a mi rutina de antes. Salía a correr, andar o trotar, lo que diera de sí mi cuerpo, cada día un poco más, me duchaba, desayunaba fibra y me miraba en el espejo cómo iba creciendo el pelo. Luego, bajaba al metro y esperaba que aquel día fuera el día en que volviera a ver a la chica del metro.

Se notaba que las clases se estaban acabando porque cada vez subía menos gente al tren, cada vez había más huecos, más espacio, más asientos libres.

Yo entraba en el vagón y echaba una ojeada. Nada. Ni rastro de la chica del metro. Por aquellas fechas me pillé un resfriado porque ponían el aire acondicionado a tope y yo nunca me acordaba de llevarme una gorra para taparme la cabeza.

—Carla, ¿qué vas a hacer cuando se acaben las clases? —me preguntó Tere. Me encogí de hombros. No es como si no lo hubiera pensado, pero tampoco le había dado muchas vueltas.

—Me he apuntado a una web de contactos lésbicos. No he puesto foto ni nada, es sólo para ver qué hay.

—¿Eso quiere decir que te vas a olvidar de la chica del metro?

—No sé. Tengo que ser un poco realista, ¿no?

Le conté a Tere la idea de mi hermano de ir a Chueca para su despedida.

—Pensaba que no se iba a atrever pero es este finde. Vente con Rai si quieres.

—Buah, a Rai le va a encantar. Dice que los gays le adoran, que es un osito —dijo Tere emocionada.

—A ver si te lo van a levantar.

—¡Que se atrevan! Igual ligo yo.

Le reí la gracia. Al fin y al cabo, yo había empezado con la broma. Pero me daba rabia que hablara con tanto desenfado sobre ligar con lesbianas. Yo, que lo era, no podía. No me salía. Seguía haciendo un mundo de aquello y sabía que tardaría mucho en poder tomármelo como algo normal.

Lo bueno de ir a Chueca con amigos hetero es que podía fingir que sólo estaba ahí para divertirme y bailar un rato, sin necesidad de sentir esa imperiosa necesidad de ligar. Me convencí a mí misma. Quería ir. Me picaba realmente la curiosidad, pero no quería ligar. No me veía preparada.

Con la chica del metro eso lo tenía superado de alguna manera. Había imaginado tantas cosas con ella que formaba parte de mi vida. Pero una chica de nuevas era otra historia.

Ahí estábamos Rai, Tere, mi hermano, los cuatro o cinco amigos de mi hermano y yo en un bar de Chueca. Fue sencillo entrar. Éramos un grupo numeroso, llamábamos la atención. Nos pilló un relaciones públicas, nos dio unos pases y nos invitó a chupitos en su bar.

—Por Jaime —dijo un amigo de mi hermano—. El próximo Sartre.

Todos levantamos nuestros chupitos y brindamos por Jaime. Si pensáis que los filósofos son gente aburrida, metedlos en un bar de ambiente con la música a todo trapo y un whisky en la mano y cambiaréis de idea.

—Yo bailo contigo —le dijo uno de los amigos de Jaime a un chico que se le había acercado—. Soy hetero, pero bailo contigo como parte de una teoría filosófica que estoy desarrollando.

El gay le dijo que sí y se lo llevó al centro de la pista. Al amigo de mi hermano le duró la camiseta puesta tres segundos.

Tere se mostraba muy cariñosa con Rai. Marcaba su territorio cada vez que se percataba de que un chico le ponía ojitos a su novio.

En un momento de la noche, Rai se fijó en un tío y se puso blanco.

—¿Qué pasa, cari? —le preguntó Tere.

Rai dejó el cubata en la barra y apoyó las manos sobre ella dando la espalda a la pista. Tere y yo nos acercamos cada una por un lado de su enorme cuerpo.

—Ese chico de ahí, el de la camiseta verde militar.

Nosotras miramos sin disimulo alguno hacia el chico. Era fuerte como Rai, barbudo como Rai, y con una pala mellada, como Rai.

—Es un compañero de mi equipo.

Tere y yo nos miramos. Rai no era homófobo, pero dimos por hecho que algún compañero sí lo era.

Mi amiga agarró a su novio de la cara y le obligó a mirarla.

—Rai, ve ahí y dile algo antes de que se de cuenta de que estás aquí.

—¡No puedo! —dijo Rai—. Si sabe que lo sé, ya no será lo mismo. Es mejor que lo ignore. De verdad.

Tere trató de convencerle pero era en vano, así que lo intenté yo.

—Rai —le llamé. Rai se giró hacia mí—. Hazle ese favor. Ve ahí, saludale, hazle ver que está bien, que por ti está bien, que puede confiar en ti y que le apoyarás en esto. Le quitarás un gran peso de encima. De verdad.

Rai desvió la mirada y la fijó en el espejo que había tras la estantería de bebidas. Ahí podía ver reflejado a su amigo bailando, disfrutando, dándose

besos con otro chico.

Volvió a bajar la mirada. Sus nudillos estaban blancos de tanto apretarlos contra la barra. Tomó aire.

—Está bien.

Se giró y caminó lentamente hacia su amigo. Cuando estaba a mitad de camino, este le vio. Tere y yo pudimos ver el terror reflejado en su cara. Entonces Rai dulcificó su rostro con una sonrisa y abrió los brazos. Sabía que Tere estaba mojando braga en ese instante. Hasta yo mojé. Rai y su compañero se dieron un abrazo y el chaval respiró tranquilo.

Desde la barra, Tere y yo miramos cómo hablaban. Se notaba que el compañero de Rai estaba pasando un mal rato, pero él no hacía más que tocarle el hombro y sonreírle, tratando de calmarle. Le presentó al chico con el que se estaba besando. Entonces, Rai señaló hacia Tere y le pidió que fuera hacia ellos. Tere se fue de mi lado y yo me quedé sola en la barra. Busqué a mi hermano entre las cabezas que había en el bar, pero no estaba. Me acababa de quedar sola y ya no tenía nada ni a nadie con quien disimular. No sabía dónde meterme y mi mirada perdida fue a parar a una chica al fondo del bar que me miraba sin disimulo. Había advertido mi indefensión y yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Nunca me he mirado a un espejo cuando estoy nerviosa pero debo resultar de lo más mona porque la chica malinterpretó mis gestos como una invitación a que se acercara.

Había bastante gente en aquel bar y había que hacerse paso casi a codazos. Inconscientemente, me acaricié la cabeza. Me tranquilizaba el tacto de mi pelo con corte militar sobre las yemas de mis dedos.

La chica estaba ya a un par de metros de mí cuando se cruzó como un vendaval otra chica con un precioso pelo largo de color negro que llamó mi atención. Me recordaba al que tenía yo antes de la quimio. Eso me entristeció. Me acaricié la cabeza de nuevo, mientras le seguía con la mirada hasta que la perdí de vista. La chica que se estaba acercando a mí se paró un momento al ver mi cara. Las comisuras de los labios se habían caído y se me puso un nudo en el estómago. La chica dudó si venir hacia mí o dar media vuelta, pero antes de que se decidiese, otra chica pasó como una exhalación entre nosotras en la

misma dirección que la primera. Supuse que la estaba siguiendo, porque esta segunda chica se hacía paso enfurecida con codazos y empujones para alcanzar a la morena. Cuando pasó por mi lado me fijé en ella más detenidamente. Las luces, el humo y la música lo distorsionaban todo pero pude verla. Pude ver a la chica del metro tratando de seguir a la chica del pelo largo.

Me quedé paralizada. No podía ser. Tanto esperar por ella en el metro y la iba a encontrar en un bar un fin de semana cualquiera. Era obvio que ella no me había visto a mí y dudé qué hacer. Dudé tanto que le perdí la pista.

—No, no, no... —dije.

—No, ¿qué? —preguntó la chica del fondo que ya no estaba en el fondo sino a dos palmos de mí.

Estaba tan centrada en la chica del metro que no me había dado cuenta de que había llegado hasta mí y se había presentado.

—¿Eh? —balbuceé volviéndome hacia ella.

Nos miramos confundidas.

—Lo siento. Tengo que irme —Le aparté de mi lado con la mano y me hice paso para salir del bar.

En la calle no tardé en localizar a la chica del metro. En realidad, fue sencillo porque llamaba la atención. Discutía a gritos con otra chica. Una pareja de amigos salió a su encuentro, le pusieron una chaqueta y se marcharon de ahí.

Les seguí a los tres con la mirada. Vi cómo se hacían cada vez más pequeños con cada paso que daban.

Mi mente mandó impulsos hacia mis piernas y echaron a andar. Dejé de seguirles con la mirada para pasar a seguirles a secas.

Sin perderles la vista, le mandé un mensaje a Tere: «He visto a la chica del metro y la estoy siguiendo. Estoy local, lo sé».

Tere me contestó al segundo.

«¡Me habías preocupado! ¿Qué piensas hacer?».

«No lo sé».

Seguí a la chica del metro y sus dos amigos. Ella caminaba sola y ellos le seguían a una distancia prudencial.

Yo cerraba la marcha varios metros por detrás de ellos sin saber muy bien qué iba a hacer cuando la procesión acabara.

—¡Nico! —llamó uno de los chicos a la chica del metro. La chica apenas se inmutó y el amigo aceleró el paso hasta alcanzarla.

Ya sabía otra cosa de la chica del metro. Se llamaba Nico. Curioso nombre para una mujer. Pensé que quizá era italiana y de repente, me convertí en una fan de la pasta y la pizza y deseaba recorrer junto a ella La Toscana.

El amigo de Nico le agarró del brazo y siguieron caminando mientras hablaban. Nico parecía triste. Supuse que la chica con la que había discutido era su novia o su ex novia. Todo apuntaba a que era lesbiana lo cual era bastante positivo para mi plan. Aunque todavía no tuviera ninguno.

Nico y su amigo se detuvieron frente a un portal. Me pilló un poco de sorpresa porque estaba inmersa en mis pensamientos. Me paré en seco y me escondí lo más disimuladamente posible en otro portal.

Podía escuchar lo que decían y lo que oí me rompió el corazón.

—Nico, ¿estás segura de que la chica del metro existe? —le preguntó su amigo.

Ella se quedó mirándole sin dar crédito a lo que decía. Yo tenía la misma expresión. ¿La chica del metro era yo? ¡Claro que existía! Pero, ¿qué se había creído el tipo este?

El amigo insistía en que nadie me había visto salvo ella, que no paraba de darle vueltas a la chica del metro y que temía que se perdiera persiguiendo a un fantasma.

—¿Piensas que estoy pirada? —le dijo Nico.

Era la primera vez que escuchaba la voz de la chica del metro y me sonó fuerte y hasta un poco agresiva, quizá debido a la situación. Lo que estaba claro era que no tenía acento italiano.

—Piénsalo fríamente —insistió el amigo—. En el mejor de los casos, existe, pero no es lesbiana porque no la hemos visto por el ambiente. Y no será porque no hayamos salido.

—La acabo de ver.

—No, has visto a una chica de espaldas que podría ser ella o cualquier otra

persona.

Me quedé helada. Hablaban de la chica de la melena larga, esa que pasó como una exhalación ante mis ojos en el bar y que me recordó a mi propio pelo antes de la quimio. Nico pensaba que era yo. Me estaba buscando. Me estaba buscando tan desesperadamente que hasta sus amigos se preocupaban por ella. Entonces, ¿por qué no hacía acto de presencia? ¿Por qué mis piernas estaban clavadas en el suelo? ¿Por qué, pese a que el corazón me iba a mil por hora, no era capaz de dar un paso al frente, salir de la oscuridad del portal y desvelar mi identidad bajo la luz de una farola?

Su amigo se acercó a ella y le abrazó.

Era el momento. Tenía que salir. Tenía que hacerlo o la perdería de nuevo.

Un aire frío me recorrió la nuca. Me pasé la mano por el cuello y me acaricié la cabeza. Me gustaba el tacto del pelo rapado, pero me gustaba más mi melena lisa y morena. Esa que buscaba tan desesperadamente la chica del metro.

Nico se metió en el portal de su casa y sus amigos se marcharon calle abajo.

Me quedé parada, agazapada, sin salir. Apoyé la espalda en la pared y me dejé caer hasta quedar sentada en el suelo. Los ojos me escocían por el aire. Parpadeé y se humedecieron. Parpadeé una vez más y una lágrima me hizo cosquillas en la mejilla.

Aunque era mayo, la noche estaba fresca. Me abracé las rodillas y permanecí unos minutos sentada en el suelo. Pensé que entre el aire acondicionado del metro y aquello me iba a dar un pasmo y, aunque estaba más fuerte y casi recuperada de las secuelas de la quimio, no quería jugármela con otra gripe. Me puse en pie y eché una ojeada alrededor.

No sabía muy bien dónde estaba. Sabía que había caminado un rato pero no me había fijado en las calles ni en las bocas del metro por no perder la pista a la chica del metro.

Deshice lo andado hasta que me ubiqué. Tenía que coger dos autobuses para volver a casa.

Siempre me ha resultado un poco extraño viajar de noche en un autobús. Afuera, la noche cerrada se resiste frente a las luces de la ciudad que dibujan estelas más allá de la ventana del bus. El movimiento en el interior es casi relajante, apenas hay tráfico y se puede circular con tranquilidad.

Mecida por el vaivén del autobús casi me quedé dormida. El aviso de alerta de un mensaje me despertó de mi letargo. Era Tere.

«¿Novedades?».

Lo leí. No quería decirle la verdad: que había seguido a la chica del metro hasta su casa para nada.

«Le perdí la pista», le puse y acompañé el mensaje con un emoji triste.

Le informé que iba de camino a casa y le dije que ya hablaríamos al día siguiente.

La verdad es que no tenía muchas ganas de hablar del tema. Era un fracaso consumado. Podía engañar a Tere, pero no a mí.

Me vi reflejada en la ventana. Mi cabeza estaba apoyada en el cristal y veía claramente el perfil de mi cráneo. A mi mente vino la canción de Prince con la voz de Sidney O'Connor. Nada se compara a ti. Por muchas melenas morenas que persiguiera la chica del metro, ninguna se comparaba a la mía. El problema era que esa melena que tanto anhelaba ya no existía.

Su amigo tenía razón: Nico estaba persiguiendo a un fantasma.

IV

Aquella noche soñé con ella. Fue un sueño agitado, incoherente e inconcluso que se borró de mi mente nada más abrir los ojos. Sabía que había soñado con la chica del metro, con Nico, pero no sabía exactamente qué. La sensación al despertar no fue buena así que imaginé que el sueño tampoco lo había sido.

Intenté buscar un hilo conductor que diera sentido a mi historia con ella, pero no lo encontré. No encontré hilo porque no había historia. Como en mi sueño, mi historia con ella sólo habían sido una serie de acontecimientos

inconclusos, una línea de puntos suspensivos que mi mente se esforzaba en hacerla continua y seguirla hasta que me llevara al punto final, donde se encontraría Nico.

Pero ni había línea, ni, mucho menos, punto final.

—¿Dónde te fuiste anoche? ¿Os perdí la pista? —pregunté a mi hermano al verle.

—Nos piramos de ahí y nos pasamos por Malasaña.

Jaime estaba tirado en el sofá viendo la tele. Me senté en un rincón, lo más alejada posible de él para que no me llegara el olor apestoso de sus pies.

—Oye, Jaime.

—Dime —dijo sin dejar de zapear.

—¿Qué es la vida? Es decir, ¿qué sentido tiene?

—Ninguno. La vida es una puta mierda.

—No va, en serio. ¿Qué es la vida?

Jaime se incorporó para sentarse y mirarme a la cara.

—Ahora te interesa tener a un filósofo cerca, ¿eh? Los políticos no han hecho más que destrozar las Humanidades y a la gente no le ha importado, pero cuando no encontramos el sentido de las cosas queremos que nos respondan así —chasqueó los dedos —, y así poder seguir con vuestras vidas.

—Mira, paso —le dije, y me levanté del sofá.

—Eso, vete, no aceptes tu parte responsable en el problema.

No sabía por qué le había preguntado a Jaime. Estaba segura de que me iba a responder como lo hizo. Lo que no me esperaba era que viniera a disculparse un poco después a mi habitación.

—¿Se puede? —dijo tras golpear con los nudillos la puerta.

—¿Me vas a echar la bronca?

—No. Te voy a decir el sentido de la vida.

—Deja de vacilarme y pírate. No estoy de humor.

Jaime ignoró mi petición y entró en mi habitación. Husmeó un poco en mis cosas. En ese momento, pasaba tanto de él que me dio igual lo que pudiera encontrar en mis estanterías.

—La filosofía y la ciencia están más cerca de lo que piensas

—dijo.

Sacó el tocho de *Física para Ciencias e Ingeniería, primer volumen* de uno de los estantes, lo abrió y pasó las hojas con rapidez.

—Los dos tendríamos que ir más de la mano, en realidad.

Cerró el libro y lo colocó de nuevo.

—No te he mentado antes. La vida es una puta mierda. Casi todo lo que tenemos delante de las narices lo ha inventado el hombre. Hasta conceptos intangibles como la justicia o la nobleza, por ejemplo. Y como son invenciones del hombre, también el hombre puede cambiarlos, y retorcerlos a su antojo.

Le escuché en silencio intentando comprender lo que me decía.

—El ser humano es un error. Así es como yo lo creo. Todo parecía estar preparado para que no hubiera vida ni en este planeta ni en otros, pero sin embargo, la hay. Es un puto milagro que estemos pisando este planeta. Y también es una maldición. Nos corroe las entrañas no saber qué pintamos aquí.

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

—Casas de varios pisos, carreteras, chimeneas —comenzó a enumerar—. Peluches, sillas, camas... —continuó señalando cada objeto que había en mi habitación—. Todo esto surgió de la más absoluta nada. Como en el Barroco, nos empeñamos en llenar nuestra vida de cosas, porque cuanto más sabemos del universo, más cerca sentimos el vacío.

Seguí escuchándole atenta pero noté que el ceño se me había fruncido ante la confusión que sentía por las palabras de Jaime.

—¿Quieres saber qué es la vida? Te lo diré. La vida es. Simplemente, es. Punto. Siento si no te satisface la respuesta pero, hasta el momento, no he encontrado una mejor.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Eso.

—¿El qué?

—El ser humano está en la Tierra para preguntarse qué hace el ser humano en la Tierra.

—¿Y cuál es la respuesta?

—42 —dijo, y a continuación se echó a reír—. Es lo que dicen en *La guía del autoestopista galáctico*. Si no la has visto, te la recomiendo.

—Has dicho que no me ibas a vacilar.

—Y no te vacilo. Es una peli muy buena.

Jaime se puso serio. Se sentó en mi cama y, después de un rato en silencio, siguió hablando.

—Me jode que me preguntes cuál es el sentido de la vida porque no lo sé. Te podría dar muchas respuestas de varios autores pero ninguna me convence. ¿Te imaginas cuál es mi frustración por no poder responder a esa pregunta después de años de estudiar Filosofía? También nosotros caemos en la trampa. Nos sacamos teorías de la manga para que nuestros estudios no caigan en balde. Esto, por supuesto, no lo admitiré más allá de estas cuatro paredes.

—Quizá en la Sorbona te ayuden un poco.

Jaime sonrió complacido.

—Quizá.

—¿Has hecho ya las maletas?

—Sí. En realidad llevo poca cosa.

—¿Me echarás de menos?

—Claro que no.

—Mejor, porque yo tampoco.

Pocos días después, acompañaba a mi hermano a Barajas para que se subiera al avión que le llevaría a París. Él ya había cumplido su sueño de estudiar en la Sorbona. Yo, por mi parte, ya había dejado de ir al metro.

JUNIO

|

No subía al metro en parte porque había perdido toda esperanza de volver a toparme con la chica del metro, pero también porque ya no tenía excusa. Las clases habían acabado.

—Te necesitaré el día 30 —me pidió Tere.

—¿Para qué?

—Tengo un examen. Es el más chungo de todos y necesito tu culito desestresante.

—¿Un examen el 30?

—Sí, hija. El profe se ha puesto enfermo este mes, pero no ha querido delegar el tema del examen, así que lo ha pospuesto hasta la última fecha que le permitían.

—Vale. ¿Y a qué hora dices que es?

Tere se mordió el labio y comenzó a mirarme con carita de pena.

—A primera.

Ella esperaba mi reacción así que se adelantó y se puso de rodillas.

—Porfi, porfi, porfi. Sólo será un madrugón de nada. Luego te invitaré a almorzar en la cafetería. Lo que quieras.

—Vaya caca. No puedo comer la mitad de las cosas que ponen.

—Pues te haré de profesora de apoyo en verano, para que saques unas notas buenísimas el año que viene.

—Eso ya me llama más la atención.

—Éxito asegurado.

—¿Cómo puedes asegurarlo si soy tu primera alumna?

—Porque sé que hay buena materia prima. Además, creo que me quiero dedicar a la docencia —confesó al final.

Tere me sorprendió al decirme eso. Con la enfermedad, con mi enganche a la chica del metro, había perdido el paso de lo que se suponía que tenía que

estar haciendo: pensar en una salida profesional, tener una pareja estable, divertirme, viajar...

—¿Vais a algún sitio este verano? Rai y tú, digo —cambié de tema.

—Sí, algo haremos, aunque no hemos mirado nada. ¿Te quieres apuntar?

—No sé... No quisiera ir de aguantavelas.

—Bueno, podemos ir nosotras dos solas. Nos vamos a la playa un finde. A Gandía, Denia... Donde quieras.

—Ya lo miraremos. Ahora concéntrate en los exámenes.

Tere dio unos saltitos de alegría y sus tetas botaron como dos pelotas de baloncesto. Ella me cazó mirándole fijamente a sus pechos y me dio una palmada en la cabeza.

—Tengo ojos.

—Ay, ya lo sé, pero son más pequeños que tus tetas. Es normal que me fije en aquello que ocupe gran parte de mi campo visual.

—Yo sí que te voy a dar campo visual.

Caí en la cuenta de que acompañar a Tere en su último examen era el único plan que tenía para aquel verano, así que me puse manos a la obra para llenar mi agenda.

Abrí el portátil, conecté la videoconferencia y esperé a que me contestaran desde Berlín.

—¡Hola! —Gertha hizo su aparición.

Aunque estuviera pixelada y la imagen se cortara, intuía que seguía estando tan guapa como siempre.

—Hola —saludé.

—¡Qué pelo tan guay! Ya te va creciendo —dijo la alemana.

Asentí mientras me acariciaba la cabeza. Seguía estando cortito pero ya podía agarrar algo de pelo. Además, Tere me había aconsejado secármelo con secador para que ganara volumen y que pareciera que tuviera algo más.

—¿Qué te cuentas? —me preguntó.

—Poca cosa. Llamaba para ver si me acogeríais en verano, unos días, para conocer la ciudad y eso.

—¡Por supuesto! —respondió ilusionada Gertha—. No sé si podremos hacerte de guías porque los dos estamos hasta arriba de trabajo, pero tengo una especie de manual de la ciudad para cuando viene gente de fuera —dijo entrecomillando con los dedos las palabras «manual de la ciudad»—. Ya sabes, horarios de autobuses, rutas, museos, qué se puede hacer, qué no, esas cosas que no salen en las guías oficiales y que sólo una berlinesa puede enseñarte.

—Pensaba que eras de Munich.

—Y lo soy, pero son muchos años viviendo aquí ya. Y también tengo un manual de la ciudad de Munich —apuntó con gesto de orgullo.

—Vale, vale. Es sólo una idea. Me encuentro con que no tengo nada que hacer este verano y he pensado que podría aprovechar que mis hermanos viven fuera para abrir mi mundo.

—Haces bien. Pero, ¿y la chica del metro? —preguntó mi cuñada con inocencia.

Comprendió que la había cagado cuando vio mi gesto de derrota.

—Me he visto obligada a pasar página.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Me encogí de hombros y a continuación le conté toda la historia de mi noche como espía persiguiendo a Nico y sus amigos.

—¡Pero eso es fantástico, Carla! Sabes dónde vive.

No llegaba a entender por qué era tan fantástico.

—Más o menos. No sé si sabría ir hasta allí —dije.

—Igual está de mochilera por Europa y coincidís en Berlín porque estáis predestinadas.

—Pero a ver, ¿no habíamos quedado que el destino no existía?

Gertha se echó a reír.

—Destino, necesidad... Son palabras que se nos escapan. Vestimos de destino lo que es necesidad y de necesidad lo que es destino. Pensamos que son dos cosas diferentes y al final es lo mismo.

—Me he perdido.

—Yo también. No tengo un manual para eso. Lo siento —dijo mi cuñada y volvió a echarse a reír.

Cuando paró insistió en el tema de la chica del metro.

—No te rindas. Seguro que vuelve y la podrás conocer.

—Sí, ¿pero cuándo? ¿Cuánto tiempo más tengo que esperarla? No puedo dejar mi vida colgada por algo tan remoto.

Gertha me miró con melancolía y traté de animarla de alguna manera.

—En ese manual de Berlín, ¿incluyes los bares de la zona gay?

La boca de mi cuñada se extendió más allá de las comisuras de sus labios y mostró sus dientes perlados.

—No, pero investigaré. También puedo presentarte a chicas, si quieres.

Asentí un poco ruborizada encantada con la idea.

—Estaría guay. Gracias, Gertha. Por todo.

—No tienes por qué darlas. Eres mi hermanita.

Cerré la tapa del portátil con una sonrisa bobalicona y tardé un rato en comprender que mi cuñada me había metido encerrado más allá de la *friendzone*: en la *sisterzone*.

||

La propuesta de Tere, y mi consiguiente promesa, me obligaba en cierta manera a permanecer en Madrid hasta que acabara junio. Tere tenía los exámenes finales y no era raro que me llamara de urgencia para desestresarla. Y cuando digo desestresarla quiero decir dejarme tocar el culo.

Era una relación simbiótica: ella me tocaba el culo, yo posaba mi cabeza sobre sus generosos pechos.

—¿Rai no tiene un culito como el mío? —le pregunté en una ocasión.

—El culo de Rai es como tocarme el mío. Nuestros culos son grandes y fofos. Además —añadió—, tocar el culo de Rai no me tranquiliza sino todo lo contrario.

Durante aquel mes trabajé en volver a ser la Carla de antes. Salía a correr y estaba muy cerca de conseguir correr los 5k en el tiempo que lo hacía antes de enfermar, pero todavía parecía una meta inalcanzable.

Nunca comprendí porqué. Mis primeros 5k no me costaron tanto como

me estaban costando aquellos. Supuse que para la primera vez partía de un cuerpo sano y ahora mi cuerpo salía de una escombrera llamada cáncer. Tampoco era algo que me agobiaba. Me daba mi tiempo y disfrutaba cada mañana con la suave brisa del viento en mis orejas. Pese a que el objetivo era correr cinco kilómetros en menos de 25 minutos, sabía que conseguirlo iba a ser una carrera de fondo. A cada paso me notaba más fuerte, respiraba mejor y me ahogaba menos, pero una ligera frustración me invadía cuando miraba el reloj y el crono subía de los 25.

«Mañana lo conseguiré», me repetía todos los días.

Me propuse premiarme con unas zapatillas nuevas, con colores muy llamativos para que los perros que me ladraban tras las rejas me olieran, oyeran y también me vieran desde lejos.

Me encantaba oírles ladrar y desgañitarse tratando de cazarme. Notaba su frustración tras los barrotes. Me odiaban porque deseaban correr como yo lo hacía.

A su paso, imaginaba que abría las puertas que les encerraban, y que salían disparados detrás de mí, intentando alcanzarme. Yo escuchaba su respiración, sus babas, su lengua salivando. Con esa tontería conseguí meterle un buen bocado a mis tiempos, aunque seguían sin ser los de antes.

Volvía a casa, me tomaba mi tiempo para ducharme, me ponía cómoda y me dedicaba a ver la tele, leer ficción o alguna publicación de ingeniería y a descubrir música nueva. De vez en cuando, me metía en la app de citas, pero seguía sin encontrar nada interesante. A grandes rasgos, era un ser sin oficio ni beneficio. Y empezaba a sentirme culpable.

Le di muchas vueltas a esto también, hilando con mis pensamientos sobre el sentido de la vida. Tanto si la vida tenía sentido como si no lo tenía, ¿por qué trabajábamos? ¿Por qué nos encerrábamos de esta manera en la rueda de hámster? Es como si pensáramos que estamos en una carrera por ver quién llega antes, pero en realidad no nos movemos del sitio. Caí en eso porque tenía tiempo. También caí en que la gente no suele tener tiempo y cuando lo tiene no lo dedica a pensar en qué está haciendo. Simplemente, usa ese tiempo para hacer cosas, sacarse un selfie y hacer sentir al resto de personas

miserables por no hacer tantas cosas como ella. A eso se refería mi hermano con el miedo al vacío. Pensamos que dar sentido a nuestra vida es hacer cosas sin parar, pero lo único que hacemos es huir del vacío. Como hacían en el Barroco pero con Instagram.



Mi madre y yo fuimos a la consulta del Oncólogo, con el que teníamos cita. En la sala de espera, yo estaba metida en la aplicación para citas. Mi madre echó un vistazo a mi móvil por el rabillo del ojo y me vio dándole sin parar a la equis a cada chica que salía. Ella pensó que se trataba de un juego nuevo.

—Eres muy rápida, les estás ganando a todas.

Le miré con gesto extraño.

—Sí, las eliminas antes de que ellas te eliminen a ti, ¿no? De eso va el juego.

Solté una carcajada que resonó en toda la sala. Una señora al fondo me regañó con la mirada y señaló al cartel de la enfermera pidiendo silencio.

—No, en realidad es un poco diferente —le expliqué, aunque luego pensé que tampoco era muy diferente a como se pensaba mi madre—. Aparece una chica. Si no me gusta le doy a la equis. Si me gusta le doy al corazón. Si ella le ha dado al corazón también al ver mi perfil, nos podemos mensajear y quedar.

—A ver, déjame ver... —. Mi madre buscó en su bolso las gafas de ver, se las puso y me quitó el móvil de las manos—. Pero si son muy guapas todas.

—Claro, no vas a poner tu foto de perfil más fea —le dije y le arrebaté el móvil.

—¿No le has dado a ninguna nunca?

Torcí la boca.

—No.

—¿Por qué?

—No sé —dije y me encogí de hombros.

Mi madre me quitó el móvil de nuevo y le dio al corazón a la primera chica que salió.

—¿Pero qué haces? —grité.

La mujer del fondo volvió a pedir silencio con un siseo.

—Sssshh, tú —le dije.

Mi madre guardó despacio sus gafas en el bolso.

—Tranquila, que con lo antipática que eres ninguna le dará al corazón.

Le levanté medio labio y guardé el móvil en la chaqueta.

—Me pregunto si habrá algo así para gente de mi edad —soltó.

La enfermera nos llamó para que entráramos a la consulta y el comentario se quedó en el aire.

A un oncólogo le cuesta horrores decir que el cáncer ha desaparecido. Su frase favorita es: “Dentro de seis meses, veremos”. Así que, pese a que los marcadores habían salido limpios, nos citó de nuevo para dentro de medio año.

IV

La mañana del 30 de junio llegó. Tenía una misión que cumplir: ceder unos minutos de mi culo a Tere. Las dos sabíamos de sobra que no era mi culo lo que ella quería. Ella quería apoyo moral, ánimos, saber que, si falla, yo iba a estar ahí. Tere es demasiado inteligente como para creer en supersticiones extrañas relacionadas con las posaderas de alguien. Al menos, eso espero.

Madrugué como solía hacerlo antes de la enfermedad y salí a correr.

La brisa se enredaba en mi pelo. Sin darme apenas cuenta, había pasado del corte militar a un corte a lo *garçon* que podía resultar incluso moderno. ¡Hasta tenía bucles!

Aquella mañana fue la mañana.

Empecé a correr a buen ritmo sabiendo que tarde o temprano tendría que bajarlo porque mi cuerpo no daría para más, pero justo cuando me iba a entrar la pájara, pasé distraída por unos almacenes. El perro que los

custodiaba saltó hacia la valla y comenzó a ladrarme como un loco. Parecía que entre ladrido y ladrido decía: «Te voy a comer, te voy a comer». Me di un susto tremendo y el corazón comenzó a bombear cada vez más rápido. Mis piernas reaccionaron al instante y se pusieron a correr con gran potencia. Yo apenas podía sentir nada. Era como si mi cuerpo y mi mente se hubieran disociado. A lo que me di cuenta, estaba muy lejos del almacén y del perro. Oí una voz familiar y me detuve en seco.

—Ha corrido cinco kilómetros en veinticuatro minutos y cincuenta y dos segundos. Nuevo récord personal —dijo la aplicación del móvil que usaba para correr.

Tardé en comprender lo que me decía. Mi mente era incapaz de transformar aquellas palabras en números. Saqué el móvil del brazalete y lo vi reflejado en la pantalla: 00:24:52.

Di un grito de alegría y volví a casa con una sonrisa en la boca.

Me recreé en la ducha. No, no me toqué. Quiero decir que estuve un rato más de lo habitual bajo el agua. Ahora que no tenía que plancharme el pelo, podía dedicar ese tiempo a otras cosas. Como por ejemplo, a relajarme y malgastar agua. Aunque si siento tan bien como me sentó aquella ducha no creo que sea malgastar. Cuando salí de la ducha todavía me palpitaban los muslos de la carrera.

Desayuné sola que es uno de mis grandes placeres. No había nadie dándome conversación matutina, ni robándome los cereales, ni perturbando mi paz interior.

Con la misma sonrisa con la que llegué a casa salí de ella camino de la universidad. Prometía ser un día cálido y pensé que el pelo corto me iba a ir genial aquel verano para ir un poco más fresca.

Me subí al metro sin pensar y miré el reloj distraídamente pero no me fijé en la hora, lo hice más bien como un acto reflejo. Me apoyé en la pared y saqué el móvil para ver los mensajes y notificaciones. Les eché un ojo, comprobé que iba bien de tiempo y lo metí de nuevo en el bolsillo. Fruncí el ceño. Algo había hecho clic en mi cabeza pero tardé en caer qué era. Miré el reloj. Ante la duda, saqué el móvil y miré la hora. Estaban perfectamente sincronizados. Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—No puede ser —susurré.

Claro que podía ser. No había hecho sino repetir la rutina previa a la enfermedad, aquella que me llevaba todas las mañanas a ver a la chica del metro. Y ahí estaba yo. En nuestro vagón a nuestra hora señalada. Estaba fascinada por la casualidad del momento, como si el mundo quisiera reírse de mí por haberme reído yo de él y su supuesto azar.

Clavé la mirada al suelo. No quería levantarla para buscar a alguien que sabía que no iba a estar. No quería hacerme daño de esa manera tan gratuita. Había pasado página. Era la Carla pre-cáncer. Más o menos. Sólo me faltaba el pelo largo y la chica del metro. Lo primero no lo echaba en falta y a la segunda... A la segunda... No sabía qué suponía ya para mí la chica del metro. Llevaba sin verla más de un mes y aún me dolía pensar en cómo la perdí. ¿La tuve algún día? De alguna manera sí: metida en un vagón de lunes a viernes a primera hora de la mañana.

Levanté la cabeza porque el cuello empezaba a dolerme de tanto mirar al suelo. No quise mirar nada en concreto. Mis ojos paseaban distraídos por los detalles superfluos del vagón del metro: señales, barras, mecanismos de apertura de ventanas, carteles...

Me acaricié la nuca y giré un poco la cabeza. Fui bajando poco a poco la mirada, enfocando hacia algunas personas al azar. Quería encontrarla, pero sin mucho interés, como si así pudiera protegerme de la fatalidad de no verla. Mi corazón latía con fuerza.

Frente a mí tenía a un par de chicos que se reían mientras miraban el móvil de uno de ellos. Vestían de verano, con camiseta de tirantes y pantalones cortos. Se movían sin parar, dándose golpes el uno al otro, y convulsionando

por las risas. En un momento dado, se separaron un poco y pude ver a una chica de espaldas a mí, con la frente pegada a la puerta del metro y una gran mochila de viaje a los hombros. Era ella. Nico, la chica del metro, estaba delante de mí. Se daba pequeños cabezazos contra el cristal, como si algo le frustrara. Me agarré a la barra porque temía perder el equilibrio.

Estábamos las dos allí, como solíamos estar antes, pero ella no me había visto. Quizá no me había buscado.

Me agarré con más fuerza a la barra.

Recordé los ánimos de Gertha y me imaginé la cara que pondría Tere cuando le contara que había visto a la chica del metro.

—Pero, ¿le has dicho algo? —me preguntaría.

—No... —contestaría yo con las orejas agachadas.

Tere se enfurecería, o se entristecería, o todo a la vez. Y con razón, porque Tere sólo sentiría lo que yo le proyectase.

No quería eso. No quería seguir enfadada conmigo misma, ni estar triste por perder una nueva oportunidad. Estaba viva y aquella chica, se hubiera percatado de mi presencia o no, era lo único que me faltaba para volver a ser la Carla de antes.

Me abrí paso entre los chicos que seguían riéndose y golpeándose, y me acerqué a ella sin saber qué iba a decirle.

Me detuve cuando llegué a ella. El pulso me palpitaba en los oídos, como cuando se taponan al subir una montaña. Tragué saliva con fuerza, cogí aire y le hablé.

—¿Vienes o vas? —le pregunté.

Nico se giró y me vio. Era una mirada confusa, casi vacía. Me entró el pánico. No parecía reconocerme y era porque, por mucho que me engañara, no era la misma Carla que ella conocía. Había cambiado. Era otra persona y ella lo intuía.

Tras unos segundos que me parecieron interminables, enfocó la mirada y me ubicó.

—No te había reconocido —dijo. Sonrió y la sangre volvió a correr por mis venas.

—Ha pasado mucho tiempo —contesté yo en un alarde de falta de originalidad.

Nico miraba por encima de mi cabeza.

—Tu pelo...

Me puse roja cuando lo mencionó. Era por eso por lo que no me reconocía. Era por eso por lo que intuía que no era la misma chica de antes.

—Sí, no es la melena de entonces —le dije.

Dudé si contarle porqué. No quería asustarla, pero me había hecho una promesa hacía tiempo y pensaba cumplirla. "Caretas fuera".

—Se me cayó por la quimio.

Sabía lo que iba a recibir entonces: una mirada de condescendencia. El cáncer nunca se va de tu vida. Y esas miradas siempre le acompañan.

Sin embargo, no dijo nada. Nos quedamos durante un rato mirándonos en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Han sido unos meses muy malos pero por fin ha pasado todo —le hice un resumen.

Quise cambiar el tono lúgubre que estaba manchando nuestra primera conversación.

—Ahora estoy muy feliz porque por fin he conocido a la chica del metro.

Me sentí estúpida porque mis frases, aquella conversación, no alcanzaban a ser lo épicas que tenían que ser. Sonaban cursis y flojas y casi desesperadas, pero es que lo estaba. Estaba desesperada por hablar con ella, por tocarle, por que me devolviera a la Carla que era antes.

—¿Puedo...? —le pregunté.

No había acabado la pregunta cuando ella ya me respondió que sí, como si fuera a decirme que sí a cualquier cosa que le dijera.

Extendí la mano y le acaricié la cara. En ese mismo instante, no sabía ni porqué lo hice ni porqué ella no se apartó, pero las dos lo intuíamos. Era algo que hacía mucho tiempo que deseábamos hacer. Estaba tan anonadada que no me daba cuenta de que nuestro encuentro se iba a acabar porque mi parada estaba a punto de llegar. Tuvo que ser la voz de la megafonía la que

me lo advirtiera. Los viajeros escucharon la cantinela de siempre: «Próxima parada...»; pero yo escuché: «Carla, estás llegando a tu parada. O le pides el número de teléfono o la pierdes otra vez». Y aun así no era capaz de reaccionar.

—Tengo que bajarme —le dije.

—Yo también —respondió ella.

No era verdad. Sabía que iba a casa, y sabía dónde vivía.

—No es verdad —le dije con una risa floja—. Tienes que coger un bus...

Empecé afirmando y cambié el tono a una pregunta en mitad de la frase. Más o menos sabía qué tenía que hacer Nico para llegar a su casa, pero ella no sabía que yo lo sabía.

—Tengo que darte una cosa —dijo. La chica del metro estuvo más rápida que yo y sacó un papel de su cartera. Me lo dio y leí lo que ponía: su nombre y su número de teléfono.

—Nico —leí—. Curioso nombre para una chica.

—Es una larga historia —se justificó. Y yo estaba deseando escucharla.

Salí del vagón y me guardé el papel en el bolsillo.

—Te llamaré —dije—. Yo me llamo Carla.

—Encantada, Carla —dijo Nico antes de que las puertas del metro se cerraran.

El tren reanudó la marcha y yo me quedé un rato embobada mirando cómo desaparecía por el túnel hasta que finalmente se lo tragó y sólo quedó la oscuridad.

La nada.

Sonreí. Metí la mano en el bolsillo y saqué de nuevo el papel. La letra era horrible, pero sentía que tenía algo valiosísimo entre los dedos. No había sentido tanta emoción por un papel pintarrajeado desde que Vega me firmara un disco.

Extasiada como estaba llegué a la facultad con una enorme sonrisa pintada en la cara.

—Y tú qué contenta estás hoy, ¿no? —dijo Tere—. ¿Has follado y no me lo has dicho?

Yo me reí ante su ocurrencia.

—No, no he follado. —Quería contarte mi encuentro con la chica del metro, pero Tere estaba muy nerviosa y no quería distraerla, así que le dije una medio verdad—: Hoy he batido mi record corriendo.

—Genial, peque. Es un buen presagio. Tú bates tu record y yo apruebo este examen. Lo veo.

Estábamos en la puerta de clase. Tere seguía repasando sus apuntes como casi todos los alumnos que se presentaban al examen.

La respiración se cortó cuando el profesor apareció al fondo del pasillo.

—Corre, ven aquí —me apremió Tere con los brazos abiertos.

Yo fui hacia ella y me dejé tocar. Escuché su corazón: iba a 200 pulsaciones por minuto.

—Lo vas a hacer muy bien, ya verás —le animé.

—Señorita Pi, cuánto tiempo sin verla —me saludó el profesor—. Te veo estupenda.

—Gracias.

—¿Te vas a presentar al examen?

—No, no. Al año que viene.

—Muy bien —dijo—. Ahora, aléjese de la puerta —ordenó con tono de villano.

—Adiós, mi amor—. Tere fingió ser un caballero que se iba a las Cruzadas —. Te echaré de menos. Deséame suerte. Ahora tengo que luchar por nuestro futuro.

—Oh, mi amor —le seguí el juego—, ten mucho cuidado. Te esperaré con ansia.

Extendimos las manos hasta casi tocarnos ante el gesto de impaciencia del profesor.

—Ni se te ocurra quitarte el cinturón de castidad —dijo Tere instantes antes de entrar a clase.

—Bueno, ya vale, Pi y González —dijo el profesor, que cerró la puerta tras de sí.

Tere estaba nerviosa, pero yo no lo estaba menos. El papel que me había dado la chica del metro me quemaba en el bolsillo. Tenía unas ganas tremendas de llamarla. Me senté en un banco de hormigón. Sabía que la espera iba a ser larga. Saqué el móvil y el papel con el número de teléfono de Nico y lo añadí a mi agenda. Comprobé hasta tres veces que era el número correcto y guardé el papel.

¿Cuántas cosas no haremos por miedo al qué pensarán? Se suponía que no debía llamar a una chica poco tiempo después de que me diera su número porque me haría parecer desesperada, pero es que me daba igual parecerlo. Sólo quería hablar con ella, escuchar su voz otra vez, asegurarme de que seguía ahí.

—Vamos allá —me dije y di a la tecla de llamada.

Empezaron a sonar los tonos del móvil. Uno, dos, tres... cuatro... cinco. Estaba a punto de colgar cuando contestaron al otro lado.

—¿Sí?

—¿Nico?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Carla.

Mi corazón bombeó tan fuerte como cuando el perro me ladró mientras corría por la mañana. No sabía qué iba a decirle, ni qué tono debía usar. Al otro lado de la línea oí varios golpes, como de una caída de objetos o algo así. Cuando Nico empezó a decir palabrotas y a cerrar el grifo supuse que le había pillado en mitad de la ducha y se había caído.

—Hola, Carla —dijo Nico casi sin aliento.

—¿Te pilló en buen momento? Parece que... ¿Te has caído o algo?

—No, no... Bueno, un poco. Estaba en la ducha pero ya he salido.

—Lo siento, no quería...

—No, no, está bien. Sólo estoy un poco sorprendida —dijo Nico—¿Quién de nuestra generación llama por teléfono?

Joder, era verdad. Le tenía que haber mandado un mensaje. Estaba quedando de desesperada y de antigua por llamar al móvil.

—Yo sólo quería oír tu voz —confesé—. ¿Pensabas que no te iba a llamar? Quería quitarte la incertidumbre cuanto antes.

Su voz, que la primera vez que la oí cuando le gritó a su amigo me resultó casi desagradable, era ahora música para mis oídos.

Nico me agradeció el gesto y después nos quedamos un momento en silencio escuchando nuestra respiración distorsionada por el eco del auricular.

—Ponte una toalla, por favor. Que parece que te veo que me estás hablando en pelotas —dije para romper el hielo. Y funcionó. Escuché a Nico reír nerviosa y buscar una toalla a tientas por el baño, haciendo malabares para que no se le cayera el móvil.

—¿Quedamos esta tarde? —le solté sin más.

—Sí —respondió Nico con decisión.

—Me apetece hacer una cosa que no he hecho todavía y tiene delito.

—¿El qué?

—Ver atardecer en el Templo de Debod —dije.

Sabía que era una cursilada, pero quería experimentar esa cursilada por mí misma. A Nico también le apeteció así que quedamos para aquella misma tarde.

El frío asiento de hormigón me pareció suave y cálido, y las horas de espera hasta que Tere saliera del examen se me pasaron volando mientras imaginaba las escenas y diálogos que iba a tener aquella tarde con Nico.

Estaba en una de estas ensoñaciones cuando Tere salió de clase como una exhalación.

—Toma, toma, toma, que lo he clavado —dijo al verme.

Me levanté nada más verla y le abracé fuerte.

—Me alegro mucho, Tere.

—Ahora te invito a almorzar, que yo cumplo mi palabra.

Tere enfiló el camino a la cafetería. Yo le llamaba por detrás, intentando alcanzarla, pero ella estaba tan extasiada que no me oía.

—¡Tere! —grité.

Mi amiga se paró en seco y miró hacia atrás.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Vamos!

—No tengo hambre.

—Ay, peque, pero yo sí, ¿me acompañas? —dijo Tere, y sin dejarme responder volvió a caminar hacia la cafetería.

Corrí hasta ella y me interpose en su camino.

—Carla, te quiero mucho, pero no es buena idea interponerse entre la comida y yo.

—He visto a la chica del metro —le solté.

Tere me agarró por los hombros.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Esta mañana, en el metro, a la misma hora de siempre.

—¡Perra! ¿Y por qué no me lo has dicho?

—No quería ponerte nerviosa.

—Has hecho bien —dijo Tere y me soltó—. Bueno, ¿y qué ha pasado? ¿Le habrás hablado, no? Dime que sí, por tu madre.

—Sí, hemos hablado, me ha dado su número y hemos quedado esta tarde para ir al Templo de Debod.

Tere me escuchaba en silencio. Sus cejas se levantaban en la parte del entrecejo y el labio de abajo le empezó a temblar.

—¿Vas a llorar?

Mi amiga empezó a gimotear.

—Ay, Carla, es que me alegro tanto por ti —dijo, y acto seguido me abrazó. Quedé invadida por sus pechos—. Me alegro por todo: por haber superado el cáncer, porque te has hecho una tía muy fuerte, por haber conocido por fin a la chica del metro. Quiero que seas feliz.

Tere lloraba y sus lágrimas caían en mi coronilla.

—Te quiero mucho, Carla.

—Y yo a ti, Tere —le respondí contagiada por sus lágrimas.

A nuestro lado pasó el profesor que no pudo evitar sonreír ante la escena.

VI

Aquella tarde hacía calor. Rebusqué en mi armario qué ponerme. Seguía estando delgada, pero mis piernas empezaban a coger músculo y ya no era la Carla cadavérica de meses atrás. Me puse el short negro pero dudaba qué ponerme arriba. Iba de un lado a otro del armario en busca de algo que me tapara aquella horrible cicatriz que la operación me había dejado.

Recibí un mensaje y me lancé a leerlo. No sé por qué pensé que era Nico para cancelar la cita.

No me equivoqué. Era de Nico, pero no para cancelar nada sino para decirme que estaba nerviosa.

“Yo no. Sé que todo va a salir bien”.

Pequé de sobrada. Estaba tan insegura como ella, pero pensé que al menos una de las dos tenía que ir con decisión porque si no, nos comeríamos los mocos.

Pensaba en esto cuando la vi: la camisa que me regaló mi madre hacía unos meses y que me quedaba tan mal. Me la puse. Qué buen ojo tuvo mi madre: me favorecía, era fresquita y sexy.

—Mamá, me voy. He quedado —le dije. A continuación, di una vuelta completa para enseñarle el modelito—. ¿Estoy guapa?

Mi madre levantó la mirada de la revista que leía y me miró por encima de las gafas.

—Preciosa, hija. ¿Con quién has quedado? ¿Con Tere?

Suspiré y dudé un momento si decirle la verdad.

—¿Te lo puedo contar luego? Tengo prisa.

—Vale, pero no debo preocuparme, ¿no?

—No, de verdad —respondí con impaciencia.

Ella se quedó contenta con la respuesta y me siguió con la mirada mientras iba y venía del baño a mi habitación para acabar de arreglarme.

Cogí las llaves y le di un beso.

—Carla —me llamó.

—Dime —le dije bajo el umbral de la puerta del salón.

—Espero que sea simpática la chica con la que has quedado.

Me puse roja y salí de allí antes de que se me notara.

Antes de ir al lugar donde me había citado con Nico, pasé por un supermercado. Quería comprar algunas bolsas de aperitivos y bebida. Me sudaban tanto las manos que se me resbalaban las latas de refrescos. Se me cayeron un par de latas al suelo. Una de ellas se abrió y empezó a derramarse el líquido por el suelo. Recoloqué la otra disimuladamente en la estantería y fui a la caja directa para que me cobraran.

—Son 3,35 euros —me dijo la cajera.

Mientras sacaba el dinero del monedero, una trabajadora se acercó a la caja.

—¿Puedes avisar a los de la limpieza? Hay coca-cola por el suelo del pasillo tres.

La cajera gruñó.

—Joder, con la gente. Es torpe de cojones, eh—dijo la cajera que me miró en busca de mi complicidad.

—Sí, ya... —logré decir. Le di 3,50 euros y me fui de allí sin esperar las vueltas.

Caminé despacio. Iba sobrada de tiempo y no quería parecer ansiosa. Por eso me llevé una sorpresa cuando llegué al lugar de la cita y vi que Nico ya estaba allí, como en el metro, siempre esperándome.

Nos dimos dos besos. Ninguna de las dos podíamos ocultar nuestros nervios.

—¿Te importa si nos hacemos un selfie?

Me dijo que era para un amigo y, cuando nos lo hicimos, le pedí que me lo pasara.

—Es para una amiga, ¿sabes?

—Ya, ya... —dijo Nico antes de echarse a reír.

Caminamos un rato hasta dar con un buen sitio para poder extender la toalla. Saqué las cosas que había comprado y nos sentamos una frente a la otra. Empezamos a hablar de manera desordenada, saltando de una cosa a otra: el tiempo, los estudios, amigos...

—¿Te acuerdas cómo nos esquivábamos la mirada en el metro? —le dije.

Nico resopla y echa la cabeza para atrás. Su tráquea se le marca bajo la piel.

—Es que me moría de la vergüenza, del miedo, no sé.

—Ya, sé cómo te sentías. Yo era la otra mitad.

Quedamos un rato mirándonos, como si intentáramos condensar en un momento todas las miradas que nos habíamos negamos durante semanas.

—Aquel día en que me perseguiste por el metro, te hubiera matado — comencé a relatarle—. Ese día, empezaba la quimio y cambiaba mi rutina. Yo también fui valiente una vez y me decidí a hablarte, pero aquel mismo día me detectaron cáncer de colon y todo cambió. No quería dejar de verte, pero tampoco podía ir a más contigo. Sentía que no tenía derecho a empezar con una chica para que nuestra relación al final se centrara en mi enfermedad. ¿Y si no salía de aquella? Moriría con un cargo enorme en mi conciencia.

—Entiendo... —dijo Nico.

Veía el terror en su cara, así que intenté aligerar la conversación.

—Se me hubiera olvidado tu cara si no hubiese sido por esto.

Saqué el móvil y le enseñé la foto que le hizo Tere.

—¿Me hiciste una foto? —pregunta Nico atónita.

—Espeluznante, lo sé. Pero me ha salvado en muchas ocasiones. Pierdes un poco la cordura entre goteros. Miraba la foto casi con devoción. Tú eras mi virgencita.

—Siento mucho haber dudado de tu existencia —dijo la chica del metro después de un rato en silencio.

—Chica mala.

—Tengo excusa: iban todos contra mí.

—No querían que sufrieras —le dije.

—Eso decían. Van a flipar cuando te vean.

—Eh, ¿ya me quieres presentar a tu gente? Vas un poco rápido. Ni siquiera nos hemos besado —solté. Me arrepentí nada más decirlo porque pensé que sonaba al típico truco barato para que te besen. Pero ella salió a mi rescate.

—Eso se soluciona rápido —dijo.

Yo me reí.

—Perdón, he sonado un poco babosa —rectificó Nico—. La verdad es que no quiero ir rápido contigo. No quiero cagarla.

—Yo tampoco. Pero confieso que tengo unas ganas locas de besarte.

En su momento dije adiós a las caretas, a los preámbulos innecesarios, a alargar las cosas cuando ambas estábamos deseando hacerlo y pensaba cumplirlo. Me puse de rodillas y me acerqué a su cara. Iba a besarla, iba a besarla, iba a besarla. Iba a besarla, por fin.

Nuestros labios chocaron y descubrí en ese instante el secreto del Big Bang. Aquel beso fue igual de denso y caliente que el universo en su origen y se expande a día de hoy de la misma manera. No quiero que se detenga esta inercia. No quiero que se pare nuestro mundo.

EPÍLOGO

Nico y yo estamos tomándonos una cerveza en un bar de moda. La música no está muy alta y podemos hablar y seguir conociéndonos. Aun así, estamos muy cerca la una de la otra. La luz es de un ámbar muy tenue y dulcifica su rostro.

—Así que como como el Big Bang, eh —me dice Nico.

—¿Ya lo has leído? —le pregunté.

Ella asiente tratando de contener la risa.

—Escribo horrible, lo sé. No te rías. —le digo y le golpeo en el hombro.

—Ay —se queja—. No me río, es sólo que ahora me gustas más que antes. Si cabe.

Yo me ruborizo y agacho la cara, pero Nico no me deja. Me agarra la barbilla y me obliga a mirarla. Creo que me va a decir algo pero simplemente se me queda mirando. Yo veo sus pupilas bailar de un lado a otro. Supongo que las mías estarán haciendo lo mismo. Sonríe y se muerde los labios.

—¡Qué pasada!—dice, y me besa suave.

Llevamos un par de semanas quedando casi todos los días. Creo que nos hemos quedado sin vernos sólo un día. Y ni siquiera eso porque el día que no pudimos quedar, Nico se acercó a mi casa y me obligó a bajar al portar sólo para darme un beso.

Me pierdo en sus labios. No lo aparenta pero son tiernos y jugosos. Su lengua juega con la mía que se muestra todavía tímida.

Un carraspeo nos interrumpe. Es el camarero que se quiere cobrar las dos cervezas que nos hemos pedido.

—Perdonad, chicas, pero es que cobramos las consumiciones en el acto.

Rebusco en el bolso mi cartera, pero Nico es más rápida y paga ella.

—La siguiente la pago yo —le digo.

Advierto una lucecita en el fondo del bolso. Tengo un mensaje en el móvil. Lo miro disimuladamente. O eso creo yo. Se me cambia la cara al verlo y Nico me pregunta qué ocurre. Dudo si decírselo.

—¿Es algo malo? —insiste.

—Malo, malo, no. Pero inoportuno sí.

Ella me mira extrañada y me veo en la obligación de explicárselo.

—A ver —comienzo a relatarle—. Me hice un perfil en una aplicación para citas. En realidad para nada porque nunca daba al corazón.

—¿El corazón?

—Sí, ¿no conoces esta aplicación? —le digo y le mostré el móvil.

Ella lo mira un poco por encima y niega con la cabeza.

—Nunca me ha hecho falta algo así.

—Ya —le respondo cortante. Ya me ha contado su pasado como folladora nata y no me ha gustado nada —. Pues bien, te haces un perfil y te van apareciendo perfiles de otras personas.

—¿De chicas?

—En mi caso sí, pero eso también lo puedes configurar a tu gusto —continúo—. Si no te gusta el perfil, le das a la equis y te pasan otro. Y si te gusta le das al corazón. Si la otra persona también le ha dado al corazón al ver tu perfil, la aplicación te deja mandarle un mensaje.

—Entiendo.

—Lo que pasa es que yo le daba todo el rato a la equis.

—¿Por qué? —pregunta Nico antes de darle un trago a su cerveza.

—Porque ninguna eras tú, mi amor —le digo. Me ruborizo al instante. Nunca antes le he dicho “mi amor” o “cariño”. Le doy un beso rápido en los labios para que no diga nada ante mi desliz.

Ella cierra los ojos unos segundos y se relame los labios. No sé si por la cerveza o por el beso.

—Un día, esperando en la consulta, mi madre me preguntó por qué no le daba al corazón a ninguna chica, si eran todas muy guapas. Entonces no pude responderle. Apareció una chica en el móvil y le dio al corazón.

—¿Tu madre? —Nico pestañea sin parar, incrédula.

Asiento en silencio con las orejas agachadas.

Nico suelta una risotada y fruto de esa sacudida se le sale un poco de cerveza le sale por la nariz y le pican los ojos.

—Eso es un castigo. Por reírte de mí.

Coge un par de servilletas del servilletero que hay en la barra y se limpia la nariz.

—Perdona. Es gracioso. No me lo negarás.

—¿Te lo parece? —le pregunto indignada.

Ella asiente mientras se recoloca el pelo que le ha quedado un poco alborotado tras el percance con la cerveza.

—A ver si esto te parece igual de gracioso —le digo y le pongo el mensaje de la chica delante de sus narices. Aparece junto a su foto donde deja patente que o bien es tremendamente guapa o bien tiene acceso a un banco de fotos de modelos muy guapas.

—Hola, Carla —comienza a leer Nico—. Me encanta tu corte de pelo. A mí también me gusta salir a correr. Si quieres, quedamos un día y nos echamos unas carreras por el Retiro.

Le miro desafiante, con la cabeza un poco ladeada y una ceja levantada. A Nico le ha cambiado el gesto por completo y ya no se ríe.

—¿Qué le vas a decir?

Me encojo de hombros. Tenía que haberme borrado el perfil hace días, pero me había olvidado de él por completo.

—Le voy a decir que ya estoy con alguien.

Nico sonrío y le da otro trago a su cerveza. Yo guardo el móvil en el bolso y bebo de la mía. Ella me mira de nuevo a los ojos y otra vez comienza el baile de pupilas.

—Pero, ¿cómo estamos? —pregunta.

—¿Cómo que cómo estamos? —repregunto sin comprenderla.

—Quiero decir, ¿sólo estamos o somos algo más?

Ahora soy yo la que no puedo evitar reírme.

—Tú eres la experta, ¿no? —le pregunto divertida.

Nico se ríe y desvía la mirada. Se le ponen unas arruguitas muy graciosas en los ojos cuando sonrío. Vuelve a mirarme.

—Quiero ser sincera. No sé cómo se hacen bien estas cosas. No sé si tendríamos que ser prudentes o ir a saco —dice—. Lo que sí sé es que quiero

estar contigo todo el rato y que me dolería mucho que esta complicidad que tenemos, esta historia que estamos construyendo, la tuvieras con otras personas, porque entonces ya no sería especial.

Me tiemblan las piernas y necesito agarrarme a la barra. Le doy otro trago a mi cerveza para ganar tiempo y pensar en una respuesta, pero no la tengo.

—Yo también —digo.

—¿Tú también qué? —pregunta Nico.

—Que yo quiero estar contigo todo el rato. Contigo y con nadie más.

Nico sonrío con la boca abierta y abre sus brazos.

—Anda, ven aquí.

Yo le obedezco y le abrazo. Nos besamos en el cuello, luego en la mejilla y finalmente en los labios donde permanecemos un rato jugando con nuestras bocas.

—¡Qué pasada! —repite Nico entre besos.

No sé cuál es el sentido de la vida, ni si el sentido de mi vida está ligado a Nico por el azar o por la necesidad. Sólo sé que no quiero soltarla y que quiero compartir cada segundo de mi vida con ella, porque somos esos dos engranajes diseñados con precisión de relojero para encajar y dar la hora exacta.

Sólo espero estar lo suficientemente atenta para saber cuándo estamos perdiendo el compás.

Fin

CAROLINA EN EL POZO[1]

(un relato)

I

No tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí. "Hasta aquí" significa en lo más profundo de un pozo. Metafórico y literal.

El literal es fácil. Iba con una bici vieja y destartalada que he encontrado en el garaje de casa, he tropezado con una piedra y he salido volando por los aires con tan mala fortuna de caer en un agujero. Lo que viene a llamarse un "hole in one" en golf. He caído, he rodado un par de metros hasta que mis piernas se han colado por el agujero de un pozo abandonado. He tratado de agarrarme al borde pero me han flaqueado las fuerzas y no he podido hacer otra cosa que cubrirme la cabeza y esperar la caída.

Tampoco es un pozo muy grande. Tendrá unos tres metros. Cuatro como mucho. No tanto como para que la hostia no haya sido muy gorda, pero lo suficiente como para que no pueda salir por mis propios medios.

He tratado de escalar apoyando un pie en cada pared del pozo, pero es demasiado ancho y aunque soy espigada, no me han llegado las piernas. Además, las paredes son muy lisas y apenas hay recovecos que pueda usar para agarrarme y subir por ellas.

Me sangran las rodillas y los codos. O me sangraban, más bien. Ahora la sangre se ha secado. También tengo rasguños por todo el cuerpo. Es verano y he salido a pasear en pantalón corto y tirantes.

Joder. Son las siete de la tarde. Como no encuentre ayuda pronto, me veo pasando la noche aquí.

Saco el móvil del bolsillo. Tiene la pantalla reventada y apenas aprecio nada. Hago una rellamada al último número que marqué. Sé que no va a ser una llamada agradable. Eso si la interesada me contesta.

Me pego el móvil a la oreja y escucho los tonos. Titubean porque el móvil sabe que no van a descolgar y no sabe cómo decírmelo.

No me lo coge. La pantalla está tan destrozada que no puedo siquiera escribir un mensaje.

Me lo merezco. Me merezco que Paula no me coja el teléfono. Es el último capítulo de la historia que me ha metido en este pozo. En este caso, el metafórico.

II

Yo era lo que viene a llamarse un "zorrón" aunque yo prefiero definirme como una lesbiana liberada. Tardé 21 años en salir del armario y cuando lo hice quise recuperar todo el tiempo perdido, conocer a todas las chicas y aprender todas las maneras de hacer el amor.

Mi mandíbula afilada, mis ojos claros y mi corte de pelo rubio y a lo chico me dan un aspecto bastante atractivo para las chicas. Poco a poco fui ganando seguridad y llegó la época en la que me las ligaba con un simple chasquido de los dedos. Todas esperaban mi entrada al local de turno, se me acercaban, me invitaban a copas, les hacía reír y luego les hacía gozar.

Tenía una especie de ranking para saber cuán bueno había sido el polvo según el grado de ardor que sentía en el pecho nada más acabar. Como la escala Scoville para el picante, pero en versión sexual.

Todo iba genial hasta que un día me crucé con Nico. Nico es una chica y también es conocida en el ambiente por sus artes amatorias, pero ella llegó más tarde que yo y pretendía entrar en un terreno que no era el suyo. Le tuve que parar los pies.

—Tú y yo, mañana, en este mismo bar, sabremos quién es la dueña del cotarro —o algo así le dije.

Sonó estúpido, pero ella, que entonces era más estúpida todavía, aceptó el reto.

Nico y yo compartíamos algo más que una gran habilidad para ligar. Compartíamos una ex. Sí, el ambiente es así: la ex de mi ex también es mi ex. O la tuya.

El caso es que nos retamos a la noche siguiente. Fue un fracaso absoluto. Se había corrido la voz y ninguna chica nos entró al trapo. Nico y yo nos

picamos y empezamos a pelearnos, pero una cosa llevó a la otra y acabamos en mi cama.

Paula no sabe nada de esto pero debería saberlo. Para lo cual necesito que me coja el móvil y me saque de este pozo. No quiero pasar la noche aquí. Pero no hay manera. Me cuelga nada más ver mi nombre aparecer en su pantalla.

III

Fue Nico quien me recomendó venir aquí. Aquí es el pueblo de sus tíos. Un día le vi por Madrid, paseando de la mano con su novia. Se les veía felices, como dos soles de mediodía. Nos saludamos, me presentó a su novia. Conocía su historia así que me alegré de ponerle cara a aquel fantasma que era la chica del metro.

—Me alegro mucho. De verdad —le dije con franqueza.

—No fue fácil. Tenía que quitarme muchas losas que tenía encima —me confesó.

Nico supo quitar la capa que escondía mi sonrisa y vio reflejada en mi cara la tristeza. La reconoció porque ya la había visto aquella vez que no nos acostamos.

—Llámame cuando quieras, flaca —me dijo—. Te puedo recomendar un sitio adonde ir.

Y así lo hice.

No puedo evitar reírme cuando recuerdo mi primer día en este pueblo, aunque en aquel momento no me hizo ninguna gracia. Los tíos de Nico son muy hospitalarios, no en vano acogieron a una desconocida en su casa. Pero también son bastante despistados. Se suponía que me tenían que venir a buscar a la parada del autobús pero allí no apareció nadie. Traté de llamar a Nico pero no me lo cogía, así que caminé hacia el pueblo.

Me resguardé a la sombra de unos pequeños riscos que protegen el camino y volví a llamarla.

—¿Dónde narices están tus tíos? —le pregunté.

—En un crucero, ¿por? —respondió Nico.

—¿Y qué cojones hacen en un crucero? Se suponía que iba a pasar unos

días en su casa.

—Sí, pero en julio, ¿no?

—¡No! ¡En junio, con ene!

Estaba sulfuradísima y cuanto más me pedía Nico que mantuviera la calma peor me ponía. Iba a soltarle una reata de improperios cuando escuché una voz haciendo travelling de arriba abajo a mis espaldas.

—¿Estás perdida? —preguntó la voz.

Me giré soltando sapos y culebras por la boca. La receptora de mi característica amabilidad era Paula, una chica algo más joven que yo atada a la cintura por un arnés que sujetaba la cuerda por la que acababa de bajar del risco. Paula se puso roja de ira cuando me escuchó.

—No te conviene enfadarla —me dijo Nico al otro lado del teléfono—. Es la única joven que encontrarás por ahí.

—No jodas —contesté temblando. A punto estuvo el móvil de escurrírseme de las manos.

—No lo parece a primera vista, pero es maja. Vamos, lo mismo que tú —dijo Nico.

Menos mal que Nico dijo que era maja porque el gesto que me estaba dedicando Paula en aquel momento me indicaba todo lo contrario.

—Hola —dije con una voz apenas audible.

Paula recogió la cuerda airada y se marchó de ahí. Yo hice lo que haría el resto de mis días en aquel pueblo: seguirla en silencio.

Llevaba las cuerdas al hombro. Al llevar el arnés todavía puesto le impedía cerrar bien las piernas y entre eso y el nervio que tenía para andar, bien sea por el enfado o por su carácter, tenía unos andares un poco de pato.

Paula debió darse cuenta de que le seguía porque fue directa a la casa de los tíos de Nico. Al llegar a la puerta empezó a dar patadas a las piñas que habían caído del pino de un siglo que daba sombra a la entrada de la casa. Una de aquellas piñas se resistió a la patada y Paula se agachó para desenterrarla. Tiró de ella hasta sacar el pequeño bote de plástico que tenía pegado. Desenroscó la tapa-piña y sacó la llave del interior.

Se acercó a mí y puso la llave entre sus ojos y los míos. Me miró con

desprecio y la dejó caer. Tuve los reflejos suficientes para cogerla al vuelo, pero no tantos como para pedirle perdón antes de que se marchara calle abajo.

Sin embargo, no es por esto por lo que Paula no me coge el teléfono.

Estoy sentada en el pozo pensando cómo salir de aquí. Hay barro en el suelo así que se me ocurre una idea. Hago unos agarres para las paredes del pozo y poder escalar, como me enseñó Paula, pero el barro no se seca bien debido a la humedad y es inútil. Además, las paredes son de hormigón o algo parecido. No hay apenas hendiduras donde poder meter estos agarres.

Estoy empezando a desesperar.

IV

No empecé con buen pie con Paula, y quería hacer las paces con ella. Reconozco que no se me da nada bien. Por lo general, me cuesta admitir que he hecho algo mal o que tengo la culpa de algo. Esto lo he aprendido a base de hostias, y aún hay veces que me cuesta verlo.

Fui al pueblo de los padres de Nico porque estaba agotada. Agotada físicamente porque llevaba días sin parar por casa, sin descansar bien, sin centrarme en nada. Aunque no soy una gran bebedora, si salgo caen tres o cuatro birras. En mi cuerpo delgadito, la tripa cervecera se nota más. Me costaba hasta subir las escaleras a mi casa.

También estaba agotada mentalmente. Y lo peor de todo es que hacía días que no sentía el fogonazo en el pecho después de un polvo. Lo hacía mecánico, por cumplir el papel que tanto tiempo me había currado. Era una responsabilidad que me había autoimpuesto. No tenía obligación de cumplirla pero no veía ninguna salida. Mis padres estaban más que enfadados conmigo. Enfadados no, inquietos más bien. Fue entonces cuando le pedí ayuda a Nico.

No es que el pueblo tenga poderes mágicos. El único poder que tiene es que está lejos de todo aquello que conozco y me obliga a redefinirme. El hecho de que no haya población joven, salvo Paula, también ayuda.

Me pasaba los días vegetando y asaltando la despensa de los tíos de Nico. Probablemente me maten cuando vuelvan del crucero, pero estoy dando buena cuenta de los embutidos ibéricos y de las latas de conserva. La tripa

cervecera se está convirtiendo en tripa tripera.

Dios, lo que daría ahora por unas rodajas de chorizo y pan. Me rugen las tripas.

Por las tardes paseaba hasta los riscos donde veía a Paula escalar. Me sentaba y la observaba en silencio. Ella sabía que yo estaba allí, pero durante varios días no hizo mención de venir a hablar conmigo.

Un día me acerqué al escarpe cuando ella estaba en lo más alto, cogí un palo y escribí "perdón" en el suelo bien grande para que lo pudiera ver desde arriba. Ella bajo en cuatro o cinco grandes saltos. Se puso a mi altura y esbozó una ligera sonrisa.

—Me llamo Paula —dijo, y me extendió la mano.

—Yo Carolina —respondí y se la estreché. La tenía llena de talco y callos.

No dijimos mucho más y nos volvimos en silencio al pueblo.

Al día siguiente vino a recogerme a casa. Llevaba dos cuerdas y dos arneses.

—¿No pretenderás que me ponga a escalar?

Paula no dijo nada, me colgó una de las cuerdas al hombro y se puso a caminar. Cuando llegamos a la base del risco, se agachó delante de mí y puso el arnés a mis pies.

—Venga —dijo.

Quise decirle que no quería, que tenía miedo, que no lo había hecho nunca. Ella lo vio reflejado en mi cara.

—Confía en mí.

Me subí el arnés a la cadera y ella lo apretó con fuerza. Del ímpetu, nuestros cuerpos chocaron. Su aliento se metió en mi boca. Puro tomillo y romero. Y un toque de lavanda.

Pasamos esa tarde y las siguientes escalando. Bueno, ella escalaba; yo me peleaba con la pared del escarpe. También me salieron callos en las manos.

Cada vez que me resbalaba, me daba un vuelco al corazón. Pero ahí estaba ella para agarrar mi cuerda ante mi falta de reflejos. Me salvo en más de una ocasión de estamparme contra el suelo.

Puede ser que la culpa fuera mía. Me resultaba complicado concentrarme

en la escalada teniendo a Paula al lado. Escalando se le veía feliz y sonreía sin parar. El sol rebotaba en su piel y acentuaba los músculos de sus brazos. El arnés le marcaba el culo y el aire le despeinaba la coleta.

Empiezo a tener frío. Se nota la cercanía de la sierra madrileña. Además, debe haber agua entre las paredes del pozo, o bajo tierra, porque noto la humedad en mis huesos.

Intento llamar a Paula de nuevo. Apenas veo. Estoy a oscuras, y la pantalla está muy rota. Además, creo que empiezo a quedarme sin batería.

Paula sigue sin cogerme el teléfono. Voy a insistir hasta que el teléfono o su paciencia se agoten. Gana el teléfono.

—¿Qué quieres, pesada? Deja de llamarme —contesta Paula—. ¿No entiendes que no quiero hablar contigo?

—Paula, Paula, escúchame, por favor—le ruego—. Siento lo de esta mañana, pero olvídale un momento. Estoy metida en un pozo.

—Sí, en un pozo de perversión —dice y cuelga.

Maldita la hora en que la besé.

V

Después de escalar durante toda la tarde solíamos pasear hasta el río. Allí nos sentábamos en la orilla y hablábamos de cualquier cosa.

—Hablar contigo es muy fácil. No está mal para ser una persona que apenas interactúa con la gente.

Paula se encogió de hombros.

—Para hablar no se necesita a nadie—. Consciente de que lo que acababa de decir no parecía tener mucho sentido, se explicó: —Quiero decir que yo hablo todo el rato, conmigo misma. No en plan loca de la vida, sino diálogos interiores. No estoy tan aislada del mundo. Tengo datos en el móvil, leo la prensa, veo la tele... No soy una paleta.

—No quería decir eso.

—Ya lo sé.

Nos quedamos en silencio escuchando el rumor del río y el aire colándose entre los árboles.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por lo mismo que Nico?

—Sí, más o menos. Necesitaba descansar, cortar con el tipo de vida que llevaba.

—Entonces, también te irás.

—Sí.

—No sabéis estar solas —sentenció Paula con tristeza.

Agachó la cabeza. Se fijó en una piedra del suelo y la cogió. La lanzó un par de veces para cogerla al vuelo. Un pájaro graznó en lo alto.

—Mira lo que sé hacer —dijo Paula mientras se levantaba del suelo. Tomó impulso y lanzó la piedra. Acertó de lleno al pájaro—. ¡Toma!

Yo me levanté del suelo.

El pájaro perdió el control sobre su vuelo, sus alas se agitaron en el aire y cayó en espiral. Pero instantes antes de chocar con el agua, retomó el control de su cuerpo con bastante esfuerzo y siguió volando.

Paula celebró el golpe y buscó mi mirada de aprobación, pero todo lo que se encontró fue un gesto atónito.

—¿Cómo has podido hacer eso? —le pregunté.

—No creas, mis años me ha costado. Todo es ensayar y un poco de puntería, claro —explicó Paula con cierto orgullo.

—No, no, quiero decir que cómo has podido pegarle una pedrada a un animal que no te ha hecho nada.

Paula me miraba sin comprender mi indignación.

—Bueno, tampoco hace falta que te pongas así, al final no ha sido nada. Sólo estará magullado unos días.

—¿Es que lo haces a menudo? —le grité.

—Oye, tampoco hace falta que te pongas así, tú haces algo parecido todos los fines de semana. Sales por ahí, engañas a cualquier pava, te la tiras y luego si te he visto, no me acuerdo.

—¿Pero de qué vas? ¡No es lo mismo! En lo que yo hago hay consentimiento.

—Lo que tú digas, pero las utilizas como si fueran un pañuelo de papel.

—¡No las utilizo!

—¿Ah, no? —Paula me encaró—. ¿Has repetido alguna vez con alguna chica?

Intenté hacer memoria para demostrarle que no era como ella, pero de la indignación pasé a la desmemoria y de ahí a la frustración.

—Ya me parecía a mí —dijo Paula. Se dio media vuelta y se marchó.

Corrí hacia ella y le cogí del brazo.

—Te propongo un trato —dije.

—A ver..

—Tú no vuelves a tirar más piedras a ningún pájaro, ni pez ni cualquier otro animal, y yo prometo no volver a utilizar a las chicas.

Paula me miró de arriba abajo.

—Está bien. Si me entero de que lo vuelves a hacer, te daré una pedrada —dijo y extendió su mano para cerrar el trato.

—Y si yo te veo tirarle una piedra a alguien o algo, cortaré todas tus cuerdas de escalar.

Apretamos nuestras manos callosas para sellar el trato.

VI

Siento que estoy dentro de un botijo. Fuera aun hace calor, pero aquí abajo, entre el hormigón, la humedad y que no llega la luz del sol tengo bastante frío. No se me ocurre otra cosa que hacer para mantenerme caliente que meter los brazos bajo la camiseta. No tapa mucho pero algo es algo.

Intento una llamada más a Paula pero tiene el móvil apagado. Además, la batería está a punto de fundirse. Mi única esperanza es que alguien me encuentre por la mañana y aguantar viva hasta entonces. Supongo que me dará una hipotermia o algo así. A lo mejor pierdo la conciencia. Si no me encuentran, dejaré un bonito cadáver en este pueblo.

En realidad, no se está tan mal. En el pueblo, digo. Lo del pozo es un coñazo. Hace un par de noches invité a Paula a casa. Igual me estaba tomando demasiadas confianzas, pero realmente me sentía como en mi casa. Hay un patio interior donde paso las noches. Me pongo una hamaca, un vino y algunas aceitunas y veo las estrellas. La primera vez que las vi sentí una especie

de epifanía. Nunca las había visto tan nítidas, ni tan abundantes. Supongo que las luces de la gran ciudad eclipsan a las estrellas. Me bajé una aplicación en el móvil para que me dijera qué constelaciones eran las que veía todas las noches, me interesé por cosas del espacio, viajes de la NASA y todo eso. Cuando empezaba a sentir la angustia ante lo ínfimo de mi existencia frente a la vastedad del universo, recogía la hamaca y me iba a dormir.

—Un autobús me venía a recoger todos los días y me llevaba al pueblo de al lado —me contó Paula—. Mi madre me retenía en casa todo lo que podía por las mañanas porque sabía que si llegaba cinco o diez minutos antes a la parada, que estaba a la entrada del pueblo, allí donde nos conocimos por primera vez, ¿te acuerdas? —me preguntó.

—Dios sí —le contesté roja de vergüenza.

—Bueno, pues si llegaba antes a la parada, me ponía a escalar hasta que veía aparecer el autobús. Luego llegaba a clase con las uñas sucias y heridas y callos en las manos. Como puedes imaginar no encajé muy bien en el cole, pero no se les ocurrió mejor mote que ponerme que Spiderman.

—Ya, y desde entonces no sólo te han crecido los callos en las manos sino también en el carácter —le solté.

Paula rió a carcajada limpia.

—Bueno, tampoco nadie se ha molestado en conocerme.

—Es que hay que subir muy alto para poder hacerlo. Da miedo —le confesé.

—Bueno, tú lo has hecho muy bien.

Paula extendió su mano y alcanzó a tocar mi brazo. Yo me giré y le sonreí. Sus ojos brillaban en la oscuridad de la noche. Dejó rodar su mano hasta la mía, puso mi palma hacia arriba y acarició mis callos. La retiré deprisa.

—Tengo que ponerme crema hidratante o algo —le dije mientras me frotaba las manos.

Ella se quedó un rato mirando las palmas de sus manos, como si en aquel momento tomara conciencia de que aquello era algo más que instrumentos para escalar. Por el rabillo del ojo le vi acariciarse el brazo. La aspereza del tacto se reflejó en su gesto.

La noche era cálida pero de vez en cuando se colaba un remolino de brisa por el patio que nos erizaba la piel.

—Me encanta mirar las estrellas. En Madrid apenas se ven —dije.

Ella asintió, pero no dijo nada.

—Me pegaría aquí toda la vida. Se está tan tranquilo.

Paula se removió en la hamaca.

—Ojalá esto todo el rato.

Paula bufó y le pregunté si había dicho algo que le hubiera molestado.

—Puedes dejar de desear y convertirlo en realidad.

—¿El qué?

—Este momento de paz y tranquilidad. De felicidad, con una cerveza, una buena cena y... conmigo —dijo al final.

—No es tan fácil, Paula. Yo en Madrid tengo cosas, planes, gente...

—Ya. Entiendo —sentenció Paula.

Estuvimos unos diez minutos en silencio y luego ella se marchó a su casa.

VII

Sólo espero que Paula no se sienta culpable si muero. No me lo perdonaría jamás. Es la única chica que me ha hecho sentir cosas. Cosas más allá de un orgasmo, quiero decir. Me imagino cómo sería hacer el amor con ella. De paso, entro un poco en calor. Siento sus manos callosas sobre mi cuerpo. Son fuertes, aprietan mi piel con ansia porque llevan mucho tiempo deseando acariciar una piel como la mía. Tengo material del que partir en mis fantasías: el beso.

Vale, no ha sido un beso muy romántico, pero lo tengo muy reciente porque ha sido esta mañana. El escenario era el ideal. Estábamos de nuevo en el risco. Ya conseguía dominar el arte de la escalada y ya no me daba asco escupirme en las manos para agarrar la cuerda. Habíamos hecho una carrera para saber quién bajaba el risco más rápido. Obviamente, ha ganado ella, pero por muy poco.

—No deberías retar a una profesional. Me conozco este risco como la palma de mi mano.

Entonces se lo he dicho.

—Paula... Mañana me vuelvo a Madrid.

A Paula le ha cambiado la cara. Estaba risueña, disfrutando de su afición con una amiga y entonces le he jodido. Se ha desenganchado la cuerda del arnés y se ha marchado, dejando atrás todo el material de escalada.

—Paula... ¡Paula!

He corrido tras ella y me he puesto a su altura.

—¿Qué esperabas? No puedo estar aquí siempre. Tengo gente que me espera en Madrid.

—Ya lo sé —ha refunfuñado. En realidad, sólo actuaba como una niña cabreada.

—Vendré a verte.

—Lo siento, pero no me vale —Paula vuelve para recoger el material—. Venís aquí a pasar unos días y no os dais cuenta del daño que hacéis. Habláis de las heterocuriosas que os usan para probar, pero conmigo hacéis lo mismo.

—No, Paula, eso no es así. Me importas. De verdad.

—Te importo una mierda.

Con todo el material recogido ha vuelto a darse media vuelta e irse hacia el pueblo. Otra vez he corrido tras ella y le he agarrado del brazo para obligarle a parar. No se ha resistido. Si hubiera sabido lo que le esperaba, hubiera usado su fuerza para zafarse de mí y dejarme ahí.

Me he acercado a ella hasta notar de nuevo su aliento de tomillo y romero y una pizca de labanda. Sin darle tiempo a reaccionar la he besado. Un beso breve, minúsculo, casi imperceptible. Me ha sabido a poco y Paula seguía clavada delante de mí, así que le he dado otro, esta vez un poco más firme y prolongado atrapando sus labios entre los míos. Paula seguía sin moverse, y yo le he dado otro beso. A mitad de camino, Paula ha reaccionado, me ha agarrado de la nuca y me ha llevado hacia sus labios. Me ha besado con rabia, con ansia, con la impaciencia contenida durante años. Yo estaba completamente perdida en su boca, abandonada en sus manos. Notaba que algo inconcreto subía por el estómago y se depositaba en el pecho. Cuando he estado a punto de atraparlo, Paula se ha separado de mí con brusquedad.

—Ahí lo tienes. Tu promesa incumplida. Has vuelto a besar a una chica a la que no volverás a ver.

Había fuego en sus ojos, pero, al igual que aquel que tenía en el pecho, no sabía determinar si su origen era la pasión o la rabia.

Ha vuelto a marcharse y esta vez no he ido tras ella.

Pierdo fuerzas con cada recuerdo. La noche ha caído y el frío se apodera de mí. Dormiré. Espero poder despertar.

VIII

Carolina empezó a temblar. Su piel y sus labios estaban amoratados por el frío. Cayó inconsciente y no pudo ver lo que pasó a la mañana siguiente.

Se perdió el sonido del tractor a lo lejos. Cómo viraba al ver un objeto extraño en el suelo. Las pisadas del agricultor al bajar del tractor y ver la bici tirada.

El hombre se asomó al pozo. En lo hondo vio a Carolina inerte. Si hubiera estado consciente habría notado la gota de sudor que había resbalado de la sien del agricultor y que le cayó en su hombro desnudo y magullado.

El motor del tractor rugía con furia campo a través dirección al pueblo. Necesitaba una cuerda para poder sacar a la chica de allí. Pero antes de llegar, encontró a alguien que podía ayudarlo. Subida en el risco estaba Paula.

—Paula—le llamó—, baja rápido, necesito tu cuerda. Hay una chica en el pozo.

La última vez que Paula escuchó la palabra pozo fue cuando habló con Carolina y se temió lo peor.

El agricultor y Paula llegaron al pozo. Paula se asomó y vio a Carolina morada, ensangrentada e inmóvil.

Ató su cuerda al tractor y la enganchó al arnés. Bajó hasta Carolina. Le acarició la cabeza, y le besó el pelo rubio cuyas raíces empezaban a notarse. Le tomó el pulso pero era tan débil que no estaba segura de si lo sentía o si lo quería sentir.

Desde abajo, pidió al hombre que moviera el tractor despacio hasta que las dos pudieran salir del pozo.

Un tractor no es tan veloz como una ambulancia, y una ambulancia no llega tan rápido a un pueblo perdido como a una ciudad.

—¿Y qué cojones hago mientras llega la ambulancia? —preguntó Paula a gritos cuando le dijeron que la ayuda tardaría bastante en llegar.

—Lo primero mantenga la calma y no me grite —le dijeron al otro lado de la línea—. Lo segundo, haga entrar en calor a su amiga.

—Que la haga entrar en calor, dice —Paula colgó el teléfono.

Habían llevado a Carolina a casa del agricultor y este, al oír aquello, buscó todas las mantas que tenía por casa. Cuando volvió a su habitación, donde reposaba Carolina, se encontró a Paula metida en la misma cama y abrazando a su amiga. El hombre les tendió un par de mantas por encima.

—Creo que oigo su corazón. Muy despacio, pero lo oigo —dijo Paula.

—Es buena señal —contestó el agricultor, que cerró la puerta de la habitación por fuera.

IX

El calor que le proporcionaban las mantas hizo que Paula cayera dormida, mientras Carolina despertaba poco a poco.

Tardó en ubicarse y comprender qué había pasado. Lo primero es que ya no estaba en el pozo, sino en una cama. Lo segundo es que ya no estaba sola, sino que Paula dormía a su lado; Y lo tercero es que ya no estaba a la intemperie sino que tenía dos mantas por encima y una sudadera puesta que olía a Paula. Aun así, seguía tiritando un poco.

Sacó una mano de debajo de las mantas y acarició la mejilla de Paula con el dorso de la mano. Le hizo cosquillas en la nariz y Paula se despertó refunfuñando. Cuando vio que era Carolina la que le había despertado dejó de quejarse.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Carolina asintió con la cabeza.

—Voy a avisar... —comenzó a decir Paula pero su amiga le interrumpió.

—Ven —susurró Carolina.

Paula se acercó a ella para escucharla mejor. Carolina se incorporó un poco

y le besó. Las mantas empezaron a sobrarles.

—Esto para que veas que soy una chica de palabra —dijo Carolina.

Paula rió y le devolvió el beso.

—No quiero que beses a ninguna chica más.

Carolina negó con la cabeza y besó de nuevo a su amiga.

El romero y el tomillo inundaron su vida.

Contacto

Deseo de corazón que te haya gustado la historia y hayas disfrutado tanto de ella leyéndola como yo escribiéndola.

Puedes compartir tus impresiones en las redes sociales o dejar una reseña en Amazon y Goodreads. Cualquier aportación es buena para ayudar a los autores indie en su promoción.

Por si no lo sabías, Nico también contó su historia en la novela *Nico, por favor*. Si no la has leído, te recomiendo que lo hagas. Puedes encontrar más información en nicoporfavor.com

Allí también encontrarás la manera de contactarme por diferentes vías, pero por ahorrarte unos clics te digo que estoy en Twitter [[@nicoporfavor](https://twitter.com/nicoporfavor)] y por email [hola@nicoporfavor.com].

Muchas gracias :)

[1] Carolina, también conocida como “la flaca”, es un personaje que aparece por primera vez en *Nico, por favor*.